



INFORME ESPECIAL #LMAntifascista

lamarea

INFORMACIÓN Y ANÁLISIS
PARA DESMONTAR LOS
MENSAJES DE LA

ULTRA DERE- CHA

[SELECCIÓN DE ARTÍCULOS
PUBLICADOS EN LA MAREA]



+DE **20H**
DE FORMACIÓN

CHARLAS,
TALLERES, DEBATES Y
ACTIVIDADES CULTURALES

METODOLOGÍA
ON-LINE

INSCRÍBETE EN:
CLIMATICA.LAMAREA.COM
BECAS DISPONIBLES

LA UNI CLIMÁTICA

13-16 DE JULIO 2020
Y DESPUÉS DISPONIBLE ON-LINE



PRORROGAMOS: MATRÍCULAS ABIERTAS HASTA EL 31 DE AGOSTO



ÍNDICE

1. ANTIFASCISMO, UNA REVISIÓN EN CLAVE HISTÓRICA
2. EL ANTIFASCISMO QUE NACIÓ PARA COMBATIR A LA NUEVA ULTRADERECHA
3. ALBA SIDERA: "FALTA CULTURA PERIODÍSTICA ANTIFASCISTA"
4. CON EL FASCISMO, NI DIÁLOGO NI DEBATE
5. ANTIFASCISMO Y ANTIRRACISMO: UNA ALIANZA NECESARIA
6. LA EXTREMA DERECHA Y LA INSTRUMENTALIZACIÓN DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES
7. VOX Y EL DILEMA DE LAS DERECHAS
8. FASCISMO 'MAINSTREAM' O CÓMO LA EXTREMA DERECHA HA USADO LAS REDES SOCIALES PARA CONQUISTAR EL PODER
9. LA GUERRA SUCIA DE LOS TROLLS FACHITAS
10. K-POP O 'THIS MEME KILLS FASCISTS'
11. «LA EXTREMA DERECHA VIOLENTA Y EL YIHADISMO COMPARTEN UNA MISMA COSMOVISIÓN»
12. LA AMENAZA IGNORADA DEL TERRORISMO ULTRADERECHISTA
13. CRECEN LOS ATENTADOS DE LA EXTREMA DERECHA CONTRA LA POBLACIÓN MUSULMANA EN LA UE
14. LA IZQUIERDA Y EL CUENTO DE LA ISLAMOFOBIA
15. DEBEMOS DERRIBAR ESTATUAS
16. ZONAS OFICIALES DE FASCISMO
17. PRIMEROS PASOS CONTRA LOS FASCISTAS DEL TERCER MILENIO
18. LA EXTREMA DERECHA EN GRECIA DESPUÉS DE AMANECER DORADO
19. EL CASO NETWORK: TORTURAS Y PERSECUCIÓN AL ANTIFASCISMO EN RUSIA
20. EL 'CENTRISMO DE EXTREMA DERECHA' SE IMPONE EN PERPIÑÁN
21. 'EL CREDO', EL DOCUMENTAL QUE RETRATA LA LUCHA POPULAR CONTRA LOS NEONAZIS DE MAR DEL PLATA
22. NUNCA MÁS: LA EXPERIENCIA POLACA EN EL ANTIFASCISMO CONTEMPORÁNEO
23. EL SOCIÓLOGO ANTIFASCISTA PANKOWSKY, SEÑALADO POR LA EXTREMA DERECHA POLACA
24. ENSEÑAR ANTIFASCISMO EN EEUU: LA MEMORIA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA
25. DE LOS MUELLES DE LIVERPOOL A LA BATALLA DEL EBRO
26. ¡QUE PERDURE LA SOLIDARIDAD!



Antifascismo, una revisión en clave histórica

EL PROFESOR DE HISTORIA CARLES VIÑAS REPASA LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO ANTIFASCISTA, DIVIDIDO DESDE SU ORIGEN ENTRE LA RESPUESTA PACÍFICA DE DENUNCIA Y LA ACCIÓN DIRECTA MEDIANTE ENFRENTAMIENTOS VIOLENTOS.

CARLES VIÑAS

redaccion@lamarea.com

Las movilizaciones masivas en Estados Unidos de repulsa al asesinato de George Floyd fueron capitalizadas, en buena medida, por las reiteradas tentativas del presidente del país por equiparar al antifascismo con una “organización terrorista”. Más allá del desconocimiento que supone, nada nuevo si nos atenemos a la revelaciones del ex asesor de seguridad nacional John Bolton, el hecho que Donald Trump aborde un movimiento plural y multiforme sin ninguna estructura formal como una organización de corte tradicional, lo cierto es que los tuits presiden-

Manifestación antifascista en València en respuesta a las agresiones de la ultraderecha del 9 de Octubre de 2017 8 (Acampada València)

ciales han vuelto a situar al antifascismo en el centro del debate a nivel global.

Sin embargo, el antifascismo no es un fenómeno nuevo. Para hallar sus orígenes debemos remontarnos a la contraposición al fascismo, aquella ideología que —según el historiador norteamericano Robert Paxton— fue la innovación política más importante del siglo XX y la fuente de gran parte de sus padecimientos. Evidentemente, no habría antifascismo sin fascismo, como no hay fascismo sin sufrimientos. Esto, que parece una obviedad, es el fondo de un debate —artificial e interesado a mi entender— que ha permitido (y permite) que el fascismo, y sus consiguientes variables y actualizaciones, se perciba por una parte de la población como



una ideología validada en toda democracia consolidada que se precie.

Cuando tratamos al fascismo (léase extrema derecha, neonazismo, neofascismo, post fascismo, identitarismo o cualquier nueva acepción con vocación modernizante derivada del original) no podemos rehuir que su concreción busca, precisamente, limitar los derechos colectivos conquistados gracias a los padecimientos a los que aludía Paxton. Y es que el fascismo nunca será un ideario como cualquier otro. Eso es algo que cualquier sociedad avanzada no puede perder nunca de vista. Así lo entendieron diversas generaciones que nos precedieron. Aquellas que no dudaron ni un instante en combatir, de modos diversos, la reformulación del odio en doctrina política.

Sin embargo, las respuestas pocas veces fueron corales o uniformes. Al contrario, el antifascismo adolece desde sus primeras concreciones de una disparidad de método. En los intentos de dificultar los esfuerzos organizativos de la extrema derecha han coexistido dos estrategias. Por un lado, las movilizaciones amparadas dentro de la legalidad (manifestaciones pacíficas de denuncia) y, por otro, el ejercicio de la acción directa (enfrentamientos violentos).

Más allá de las formas, el debate de fondo entre las dos principales tendencias del antifascismo se cierne sobre que método es más idóneo para limitar la actuación de los grupos ultraderechistas. Un sector opta por presionar a las instituciones para que se involucren y tomen medidas o, incluso, prohíban lo que denominan “formas extremas” de política. Otro, el sector más beligerante, se muestra disconforme dado su posicionamiento anti estatista, ya que entiende como habitualmente este tipo de prohibiciones pueden ser un arma de doble filo y acaben usándose —como podríamos interpretar actualmente en relación con los llamados delitos de odio— contra los colectivos que las promueven, ya sean los movimientos sociales, la izquierda alternativa o el antifascismo organizado.

¿Pero cuando surgió la necesidad de plantar cara a todo ello? Históricamente se suele asociar el fascismo con el periodo de entreguerras, cuando el mismo emergió en Italia de la mano de Mussolini. Siendo esto estrictamente cierto, la verdad es que desde finales del siglo XIX en Estados Unidos se empezaron a formar grupos armados para plantar cara a formas de protofascismo, como el supremacismo propugnado por el Ku Klux Klan. Pero no todas las respuestas hacían hincapié en la confrontación violenta, también por aquel entonces se llevaron a cabo campañas en favor de la libertad de expresión. Por tanto, desde el siglo XIX han coexistido las dos líneas de actuación apuntadas.

Previo al ascenso del nazi-fascismo hubo otros precedentes, como los grupos que en la Francia de los años veinte

se oponían a formaciones que flirteaban con el fascismo y el antisemitismo. Fue coincidiendo con la creación en 1919 de los *fasci italiani di combattimento* cuando hubo la necesidad de organizar una respuesta a la violencia escuadrista. Así, mientras los *Arditi del popolo* liderados por Argo Secondari plantaron cara a los *camisas negras*, en Alemania se crearon grupos similares de oposición a los nazis, como la milicia *Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold* o el *Roter Frontkämpferbund*, vinculados a socialdemócratas y comunistas respectivamente.

Aquí nos topamos con otra característica inherente del antifascismo del periodo como fue su incapacidad para conformar un frente común. Las disputas partidistas y la disparidad a la hora de asumir una misma estrategia impidieron, inicialmente, su concreción. Mientras unos planteaban una oposición física, el “terror de masas proletario”, otros apostaban por convocar huelgas. Formalmente, tanto el KPD como el SPD se desvincularon de la violencia, aunque su militancia más joven prefería enfrentarse en las calles a los miembros de las SA.

Debates similares existían en el seno del anarquismo germano, con las *Schwarze Scharen* abogando por el uso de la violencia, mientras en paralelo surgían formas de contrapropaganda más creativas basadas en el teatro callejero, los títeres o la música. La división persistió, Frente de Hierro Vs Acción Antifascista, y favoreció la debilidad de la oposición al nazismo, que este supo aprovechar en beneficio propio.

La derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial pareció certificar el fin del nazi-fascismo. En ese contexto las grandes familias políticas de la Europa occidental decidieron aparcar un antifascismo que creían superado gracias a la victoria aliada. Cuando este logró reorganizarse, en parte gracias a la connivencia de la que gozaron los derrotados a raíz del advenimiento de la Guerra Fría, los grandes partidos habían abandonado la trinchera antifascista. Solo grupos minoritarios, formaciones extraparlamentarias o partidos de corte radical asumieron los postulados antifascistas. Es por ello que, desde entonces, el denominado “antifascismo moderno” restó vinculado a la marginalidad política y a las propuestas extremistas.

A pesar de ello, el antifascismo siguió reproduciendo esquemas del pasado, basculando estratégicamente entre la presión social pacífica y la práctica violenta. Desde el Grupo 43, a la Anti Nazi League, pasando por Red Action, SCALP o Anti Fascist Action. De UCFR a Réflex, pasando por Antifaschistische Aktion o Direct Action Movement. Formas diversas de abordar la existencia de las recurrentes variables del fascismo.

En el siglo XXI el antifascismo continua erigiéndose como un movimiento poliédrico y mayoritariamente reactivo que no se circunscribe ni limita a unas características homogéneas. Por ello sigue evidenciando una disparidad estratégica que incluye desde movilizaciones no violentas hasta aquellas que apuestan abiertamente por la acción directa. Una dualidad intrínseca a su evolución histórica que explotan con cierto éxito aquellos que denuncian la práctica de la violencia para criminalizar al movimiento antifascista.



El antifascismo que nació para combatir a la nueva ultraderecha



Mural de Roc Blackblock en el barrio barcelonés de Poble Nou.

A FINALES DE LOS AÑOS 80, GRUPOS NEONAZIS MUY VIOLENTOS CAMPABAN A SUS ANCHAS POR BARRIOS Y PUEBLOS DE TODO EL ESTADO. LAS NUEVAS GENERACIONES DE ACTIVISTAS DE IZQUIERDAS SE ORGANIZARON PARA HACERLES FRENTE. ESTA ES LA HISTORIA DE VARIOS DE AQUELLOS COLECTIVOS, ALGUNOS TODAVÍA ACTIVOS TREINTA AÑOS DESPUÉS.

MIQUEL RAMOS

redaccion@lamarea.com

El historiador Carles Viñas publicaba en este mismo especial de La Marea un análisis del antifascismo con perspectiva histórica, tratando de explicar su diversidad y su vigencia a lo largo del tiempo. En su texto, Viñas afirmaba que el antifascismo “continúa erigiéndose como un movimiento poliédrico y mayoritariamente reactivo que no se circunscribe ni limita a unas características homogéneas”. La extrema derecha, por su parte, también ha sido muy diversa a lo largo de este último siglo, sabiéndose adaptar a los contextos y sobrevivir a lo que se presumió



como su derrota tras el final de la II Guerra Mundial

En España, la sombra del franquismo que todavía hoy perdura, mantuvo durante unos años a la extrema derecha muy vinculada a su nostalgia. Mientras, en el resto de Europa, nuevos grupos ultraderechistas llevaban ya años jugando en otra liga.

Hemos querido hablar con algunos de los colectivos antifascistas que existen o han existido en el Estado español y repasar la trayectoria de este movimiento a lo largo de estos últimos treinta años, cuando las nuevas extremas derechas empezaron a aterrizar en España. Conscientes de la gran variedad y número de organizaciones y plataformas antifascistas que han estado activas durante todos estos años, hemos seleccionado tan solo una pequeña muestra. Por una cuestión de espacio y tiempo, y para terminar nuestro especial #LMAntifascista que, a lo largo de estos meses de junio y parte de julio, ha tratado de dar voz a diferentes expertos sobre todos aquellos temas que atraviesan un movimiento tan plural y transversal como es el antifascismo.

Hoy, sin embargo, cerramos esta sección con aquellos y aquellas que, desde el principio, y a pesar de todo, mantuvieron viva la reivindicación antifascista en las calles de todo el Estado.

ANTIFASCISMO COMO AUTODEFENSA

El eco de toda la contracultura neofascista no llegaría al Estado español hasta finales de los '80, cuando surgieron los primeros grupos neonazis callejeros, alejados ya de la seriedad que pretendían infundir organizaciones como CEDADE y del olor a rancio que empezaban a desprender ya los nostálgicos del franquismo. Organizaciones neonazis como Bases Autónomas en Madrid, Acción Radical en València o Vanguardia Nacional Revolucionaria en Barcelona empezaron a copiar a sus homólogos europeos tanto en estética como en estrategia, usurpando la cultura skinhead (originariamente antirracista), ocupando las gradas de los campos de fútbol y saliendo de caza.

Las nuevas generaciones de izquierdistas, que, como estos nuevos nazis, no habían vivido la dictadura ni la sangrienta Transición en la que los postfranquistas se desenvolvían con absoluta impunidad, decidieron organizarse también para combatir a estas bandas violentas en la calle. Así surgirían diversas coordinadoras y organizaciones que rescataron por primera vez, desde hacía años, la palabra 'antifascista' para asumirla como movimiento social con carácter autodefensivo.

A lo largo de todo el Estado se multiplicarían los colectivos autónomos, heterogéneos y muy activos, que se dedicarían tanto a monitorizar las actividades y a los militantes nazis y fascistas de su zona, así como a neutralizar su propaganda y parar sus agresiones. Así es como tanto los medios de comunicación como las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado empezaron a fabricar el relato de 'los dos extremos', e incluso a enmarcarlos en las tribus urbanas, tratando de difuminar las reivindicaciones políticas evidentes y retratar la lucha contra la violencia de la extrema derecha como peleas de bandas o episodios de violencia juvenil.

La Coordinadora Antifascista de Madrid (CAM) es la plataforma más antigua y duradera de todo el Estado, con 31 años



de existencia. Una de sus militantes explica a La Marea cuándo nació, a raíz de múltiples ataques neonazis alrededor de la simbólica fecha del 20 de Noviembre (aniversario de la muerte de Franco), en 1988: "En Argüelles y Malasaña marcaron a la gente cruces gamadas y las iniciales GAL con navajas. Asaltaron un garito gay en Chueca, y asaltaron los puestos de las organizaciones de izquierdas del rastro". Estos hechos y las reiteradas agresiones de la extrema derecha que venían sucediéndose y que quedaban casi siempre impunes, motivaron la creación de la Coordinadora.

Desde entonces, la CAM ha sido un referente para muchas otras coordinadoras, tanto por su por su trabajo incesante como por su permanencia en el tiempo. Uno de los momentos de inflexión y de mayor actividad de la CAM fue lo que siguió al asesinato del joven antifascista vallecano Carlos Palomino por un militar neonazi en el metro de Madrid, el año 2007. El caso se internacionalizó y fue uno de los impulsos para la reactivación de muchas otras plataformas en el resto del Estado, donde además la extrema derecha vivía unos años de gran actividad y de una notable presencia en las calles.

Desde sus orígenes, la CAM ha realizado numerosas campañas, jornadas de formación, conciertos y debates que han sabido reunir a personas de muy distintos ámbitos de la izquierda radical bajo la misma bandera. Y ha servido también, como muchas otras plataformas, como catalizador de nuevos proyectos que traspasaban los márgenes de la izquierda más revolucionaria, como Barrios Sin Odio o Madrid Para Todas, donde también participan junto a muchos otros colectivos.

TRABAJANDO POR Y PARA EL BARRIO

El antifascismo es un movimiento donde confluyen activistas de diversos ámbitos y de otras luchas, que se activa sobretudo ante la presencia y la actividad de la extrema derecha. Muchas plataformas y coordinadoras suelen estar en

Manifestación por el asesinato de Carlos Palomino/

COORDINADORA
ANTIFASCISTA DE
MADRID



constante reconversión, adaptándose a los contextos de cada momento y participando en otras luchas que consideran importantes.

Madrid, como otras ciudades grandes, tiene además otras plataformas y colectivos que operan por barrios, como la Asamblea Antifascista de Carabanchel, que se activa en 2015 ante la presencia del grupo neonazi Hogar Social Madrid en el barrio. Se convocaron reuniones de muchos colectivos diferentes del barrio para explorar vías para combatir el discurso de odio y las campañas xenófobas de los neonazis, y desde entonces han organizado numerosas actividades de concienciación, como festivales de rap contra el racismo o jornadas interculturales para visibilizar y reivindicar la diversidad del popular barrio madrileño. En la actualidad, uno de sus activistas quiere destacar a La Marea la participación de esta coordinadora en otras luchas actuales, como las relacionadas con la defensa de la vivienda o contra las casas de apuestas.

En este sentido, destaca también el centro social L'Obrera de Sabadell, un espacio okupado y autogestionado desde 2015 que realiza multitud de actividades y que tiene como una de sus marcas de identidad el antifascismo. Actualmente, es uno de los principales centros de dinamización política, social y cultural de la ciudad, donde acuden personas de muy diversos perfiles. L'Obrera ofrece clases de idiomas, de baile y hasta un espacio para niños. En su interior, un enorme recinto alberga un ring de artes marciales, y justo detrás, en los muros, luce un enorme logotipo antifascista y un grafiti con la imagen de Muhammad Ali. Además, el gimnasio lleva el nombre de Rukeli, un boxeador alemán gitano que fue represaliado por los nazis durante la II Guerra Mundial. Los deportes de contacto y el resto de actividades se ofrecen a un precio simbólico, cuya recaudación se dedica íntegramente a los gastos de acondicionamiento del espacio.

También existen en Vallecas (Madrid) dos proyectos similares que mezclan el deporte con el antifascismo. La Fábrica de Vallecas es una escuela de boxeo que empezó en un centro social okupado de Villaba. Hoy es ya un gimnasio con numerosas actividades, pero siempre con la marca del antifascismo. Como la Escuela Deportiva La Atalaya, también en Vallecas, que organiza talleres de autodefensa feminista o el torneo Antifa Warriors, en marcha desde 2016 y en el que participan numerosos colectivos similares y amantes de este deporte de todo el Estado español.

En Granada, la extrema derecha tenía también algunas citas clave que reunían a militantes cada año, como la Toma de Granada cada 2 de enero. Allí es donde se visibiliza cada año la presencia de ultraderechistas y la respuesta antifascista, todo bajo un estrecho cerco de las FCSE. Más recientemente, los activistas granadinos destacan la importancia que tuvo el 15M y las luchas que se desarrollaron paralelamente, en la que estuvieron implicados sin dejar de lado la reivindicación antifascista, algo que sucedería también en otras partes del Estado. Muchos de los militantes antifascistas de Grana-

da han sido muy activos también en Stop represión y Stop Desahucios, donde consideran que también se hace labor antifascista.

Esta importancia de la diversificación de las luchas y de reivindicar el carácter antifascista de estos colectivos también lo reivindican militantes antifascistas de otras ciudades con los que hemos hablado.

“El derecho a la vivienda y la lucha contra la especulación es imprescindible para afianzar las relaciones de confianza entre vecinos. Los antifascistas hemos estado parando desahucios sin necesidad de llevar la bandera antifa, simplemente por coherencia. Entonces te das cuenta de la vacuna que supone esta lucha contra el racismo y contra las mentiras de la extrema derecha, que siempre está del lado de los poderosos. Cuando ves a tantos vecinos colaborando entre ellos sin importarle su origen, su religión ni su color de piel, te das cuenta de la importancia de estar siempre en todos los frentes”, comenta una activista antifascista valenciana.

LA REPRESIÓN CONTRA EL ANTIFASCISMO Y LA LEGISLACIÓN DE DELITOS DE ODI QUE PROTEGE A NEONAZIS

En Catalunya existen numerosos colectivos y plataformas antifascistas, casi una por cada ciudad o comarca. En Barcelona, ya desde finales de los años 80 existen numerosos ejemplos de luchas antifascistas contra las bandas neonazis o los locales de la extrema derecha, que han tenido siempre una importante presencia. Barcelona es muy a menudo la ciudad elegida por grupos de extrema derecha para reivindicar la españolidad de Catalunya, y eventos como el 12 de Octubre son ya una tradicional exhibición de estos grupos. Sin embargo, siempre ha existido una respuesta masiva a cada convocatoria antifascista. El 12 de Octubre de 1999 supuso un punto de inflexión, cuando la Policía cargó duramente contra la marcha antifascista y detuvo a más de una veintena de activistas, para los que posteriormente se pidieron varios años de prisión.

También en esta misma efeméride, catorce años más tarde, un enfrentamiento entre neonazis y antifascistas terminaría con el encarcelamiento de algunos de los segundos, y con una operación policial contra el movimiento, que terminaría con un polémico juicio en el que se acusó a los antifascistas de delito de odio contra los neonazis y se les pedía hasta 17 años de prisión. El documental 12 d'Octubre: cultura de l'odi i legítima defensa (Metromunster, 2017) entrevistaría a varios de los activistas encausados, a expertos en derecho y movimientos sociales, y plantearía la controversia de esta legislación, que había empezado ya a utilizarse contra los movimientos sociales antifascistas y para proteger a la extrema derecha.



**Manifestación en
València el 9 de octubre
de 2018/ACAMPADA VALÈNCIA**

La Plataforma Antifascista de Zaragoza (PAZ), por su parte, empezó su andadura en 1993. “Se repasaba el mapa de agresiones y se denunciaban públicamente, con ayuda de gente de todos los barrios”, explica un militante del colectivo. La plataforma contó siempre con la complicidad de prácticamente la totalidad del tejido asociativo de la ciudad, hasta el punto de organizar sus reuniones en el local de la Federación de Asociaciones de Barrios de Zaragoza (FABZ). Zaragoza fue también durante años una ciudad donde la extrema derecha tuvo cierta presencia, incluso como sitio elegido para organizar varios conciertos neonazis clandestinos. “Era una época en la que la policía no los controlaba. Más bien andaban de la mano, llegando a darse más de una batalla campal de nazis y policía de un lado, contra antifascistas por el otro”, explica este militante.

Tras conseguir que los neonazis abandonaran progresivamente las actividades públicas y limitaran su exhibición en las calles, hacia el año 2001, la PAZ se reconvirtió en la Coordinadora Antifascista de Zaragoza (CAZ), que tomó el relevo de la anterior plataforma. Tras disolverse esta, volvió a ponerse en marcha la PAZ, sobre todo a raíz del aterrizaje de los neonazis de Hogar Social. Una de las protestas contra este grupo neonazi terminaría con la detención de diez activistas antifascistas.

Algunas personas que militaban en movimientos antifascistas en Málaga hace cerca de 15 años explican a La Marea la dureza de aquellos tiempos, cuando la presencia de grupos neonazis era habitual “e incluso peligrosa”. En Andalucía, Málaga fue la ciudad donde más se notaba en las calles la actividad y la presencia ultraderechista. La Coordinadora Antifascista de Málaga, que aglutinaba desde 2005 a varias asociaciones, sindicatos e incluso partidos, tenía como objetivo crear conciencia y generar tejido social para hacerles frente.

También denunciaron numerosas agresiones de la extrema derecha. En 2009, 16 activistas fueron detenidos y acusados de asociación ilícita, para los que pidieron hasta 154 años de prisión. Finalmente resultarían absueltos.

En el caso de València, las primeras asambleas antifascistas nacieron y se articularon desde los centros sociales a principios de los '90, ante la constante violencia de grupos neonazis como Acción Radical o los grupos de la ultraderecha regionalista, muy violenta, muy activa e impune desde la transición. Tras el asesinato del joven antifascista Guillem Agulló en 1993 y de Davide, dos de los destacados miembros de la asamblea antifascista, los activistas combinaron la autodefensa contra los grupúsculos nazis y fascistas que seguían activos y muy violentos, con la denuncia pública de la impunidad y de la criminalización de la que fueron objeto por parte de la policía y de algunos medios de comunicación.

Más tarde, las plataformas surgidas adoptaron diferentes nombres y se activaron a remolque de las actividades de los grupos de extrema derecha que existían en la ciudad, muy activos y muy bien relacionados tanto con el gobierno del PP como con las FCSE. A finales de los '90 y durante los primeros años de este siglo, la dura represión contra el movimiento okupa salpicó también al antifascismo, que tuvo que dedicarse, además de a defenderse de los neonazis, a realizar campañas para afrontar los numerosos juicios contra decenas de activistas, algo que también se ha vivido en muchas otras ciudades donde ambas luchas han estado muy relacionadas.

Más tarde, de nuevo, el antifascismo volvería a tomar forma de manera mucho más organizada y a lo largo de todo el País Valenciano, articulando la acción de varios colectivos que conformaron la Coordinador Antifeixista Intercomarcal (CAI), la web Antifeixistes.org o en plataformas locales como València Entre Totes, Alacant Antifa o más recientemente Acció Antifeixista València.



El 9 de octubre de 2018, tras las violentas agresiones de grupos de extrema derecha a la tradicional manifestación de la izquierda valencianista del año anterior, todos los colectivos antifascistas del territorio valenciano se coordinaron y se organizaron para acudir ese año a la manifestación, logrando reunir a más de 15.000 personas en València, una de las convocatorias antifascistas más numerosas de estos últimos 30 años.

Destaca también la labor de colectivos como La Cosa Nostra (LCN) de Castelló de la Plana, una de las formaciones más activas y más contundentes del Estado. A lo largo de sus 12 años de existencia, y tras otras plataformas similares que estuvieron antes activas en la ciudad, LCN ha conseguido borrar prácticamente cualquier propaganda ultraderechista de la ciudad, así como mantener a los grupúsculos neonazis que sobreviven, con un perfil muy bajo, temerosos siempre de tener una respuesta antifascista en cualquiera de sus actos. LCN participa, como tantos otros colectivos antifascistas, de numerosos proyectos sociales de la ciudad, a pesar de ser constantemente controlados y boicoteados tanto por las autoridades como por las FCSE. Esta pasada semana, por ejemplo, cocinaron una gran paella para dar la bienvenida a los tripulantes del Sea Watch, del Open Arms y del Alan Kurdi, tres barcos de rescate que patrullan el mediterráneo y que atracaron en el puerto de Borriana.

DIFERENTES ESCENARIOS Y NUEVAS ESTRATEGIAS

El Euskadi, sin embargo, a pesar de la casi nula presencia de activismo ultraderechista en las calles, “desde los años 80 hasta hoy, la forma en la que los grupos nazi-fascistas se han organizado y se han dejado notar ha sido muy variado, en busca de hacerse un hueco”, explica Amaia Nikolas, portavoz de Sare Antifaxista. “Todo muy supeditado al contexto político que tenemos aquí, el conflicto vasco: se mezclan grupos ultras, con parapoliciales, terrorismo estado, con organizaciones de raíz franquista y las actuales más nacionalsocialistas”. Sare Antifaxista colabora desde su fundación, hace 15 años, con muchos otros colectivos sociales, trabajando tanto la denuncia política y social como la memoria histórica.

En Catalunya, el colectivo Som Antifeixistes nacería en 2018 fruto de la reflexión de varios colectivos autónomos antifascistas a raíz de un incremento de las agresiones de extrema derecha, así como la ofensiva de grupos españolistas de extrema derecha muy activos y prácticamente impunes tras el referéndum de 2017. Esta red antifascista, entre otras cosas, se dedica a investigar y desvelar la identidad de los principales líderes y activistas neonazis en redes sociales, a través de la que se conoce como Nazipedia.

Esta es una práctica habitual en otros países como EEUU o Alemania, donde los antifascistas realizan un intenso monitoreo de los neonazis más peligrosos y los exponen pública-

mente. Y es que los colectivos antifascistas suelen ser los que más información tienen y más conocen a la extrema derecha y a sus militantes, no solo en el Estado español. Y mucho más que cualquier académico, que cualquier Brigada de Información de la Policía o que cualquier periodista.

Las coordinadoras y plataformas antifascistas también se nutren de activistas de muchos otros ámbitos, a veces más plurales y otras veces más marcadamente revolucionarias. Uno de los proyectos más transversales y duraderos hasta hoy ha sido la experiencia de Unitat Contra el Racisme i el Feixisme (UCRF) en Catalunya, que reúne a todo tipo de colectivos, partidos y sindicatos comprometidos en la lucha contra la extrema derecha. Formada en 2010, sobretodo ante el auge del partido ultraderechista de Plataforma per Catalunya (PxC) que consiguió 67 concejales sólo en Catalunya en 2011.

El modelo de lucha unitaria UCRF viene de Inglaterra, de experiencias muy anteriores como la Anti Nazi League o Unite Against Fascism o Stand Up To Racism. Actualmente, existen proyectos similares en varios países del mundo, coordinados a través de A World Without Racism o United For Intercultural Action de las que participan varios colectivos antifascistas del Estado. Hoy existen plataformas similares en varios países, y también en el Estado español. UCRF ha realizado numerosas campañas de concienciación en varias localidades catalanas contra locales de la extrema derecha y durante las elecciones, alertando sobre los partidos ultraderechistas que presentaban candidaturas. Un dato que David Karvala, activista de esta organización, quiere destacar, es que el movimiento está formado mayoritariamente por mujeres, muchas de ellas de origen migrante.

El modelo de UCRF se extenderá bajo diversos nombres y de distintas formas a varias localidades del Estado, como Andalucía o Madrid. También en el País Valencià, desde Alcoi, Elda-Petrer o Carcaixent, hasta València ciudad hace justo un año, con Crida Contra el Racisme. Vecinos y vecinas que se organizan para borrar pintadas nazis, para realizar campañas contra el racismo, la homofobia o las agresiones machistas, o que realizan actividades culturales con el cada vez más habitual sello del antifascismo.

Estas nuevas plataformas unitarias conviven y actúan casi siempre coordinadas con otros colectivos antifascistas, que, aunque cambien de nombre, estén un tiempo inactivos para volver después, o afronten numerosos debates internos, siempre están. Mientras siga habiendo fascismo, no solo existirán e insistirán, sino que serán imprescindibles.



Alba Sidera:

“Falta cultura periodística antifascista”



Alba Sidera,
corresponsal en Italia.
FOTO CEDIDA

ALBA SIDERA, QUE RETRATA A MENUDO EN MÈDIA.CAT LA CONNIVENCIA DEL PERIODISMO CON LAS IDEOLOGÍAS EXTREMISTAS, HA PRESENTADO ESTE 2020 ‘FEIXISME PERSISTENT’, UN LIBRO QUE RADIOGRAFÍA LA ITALIA DE MATTEO SALVINI Y EL ASCENSO DE LA EXTREMA DERECHA EN ITALIA



SÒNIA CALVÓ

redaccion@lamarea.com

La corresponsal de prensa Alba Sidera (Girona, 1979) vive desde hace más de diez años en Roma, donde se ha especializado en la investigación de la extrema derecha y la actualidad política italiana. Esto le ha permitido conocer a fondo el fascismo italiano y todo lo que le rodea y compararlo con la situación que se vive en España. Tal y como explica desde el país alpino, allí hay menos tabú para definirse abiertamente como 'fascista', pero también para hacerlo como 'antifascista', un concepto que no es ni mucho menos exclusivo del izquierda.

Sidera, que retrata a menudo en Mèdia.cat la connivencia del periodismo con las ideologías extremistas, presentó este Sant Jordi 'Feixisme persistent' (Fascismo persistente), un libro que radiografía la Italia de Matteo Salvini y el ascenso de la extrema derecha en este país. El séptimo volumen de la colección «Periodistas», impulsada por la editorial Saldonar y el Grup de Periodistes Ramón Barnils, cuenta con prólogos del presidente de la entidad, Ferran Casas, y del fotoperiodista Jordi Borràs, que viajó con la autora a Predappio, el pueblo natal de Mussolini, a buscar «un palacete reconvertido en centro de culto con aires de museo regentado por neofascistas».

Hace años que trabaja con diferentes medios cubriendo temas de extrema derecha. ¿De dónde sale la idea de escribir un libro sobre el fascismo que radiografía la Italia de Matteo Salvini?

La idea me rondaba por la cabeza desde hacía tiempo. Tenía ganas de investigar a fondo la relación de Italia con el fascismo y explicar de manera profunda todo lo que ha ido pasando los últimos años en el país, y que he podido vivir de primera mano.

En el prólogo del libro, Ferran Casas dice que «el periodismo se equivoca si esconde la cabeza bajo el ala y acierta si hace contrarrelato». ¿Cree que el periodismo suele hacer este contrarrelato? ¿Cómo se debería cubrir la extrema derecha desde el periodismo?

Desgraciadamente no se hace suficiente contrarrelato. La precariedad del mundo del periodismo, la velocidad con que se produce y consume información y la dependencia del 'clic', no ayudan. Además, probablemente también falta cultura periodística antifascista.

Creo que el periodismo debe informar sobre qué hace la extrema derecha, pero teniendo siempre presente no servirles de altavoz. Por ejemplo, sería un gran paso si se dejaran de poner como titulares todas las barrabasadas que dicen y las polémicas que pretenden protagonizar. Pero se hace: y así, a menudo, los medios son los mensajeros que propagan los discursos de odio de la extrema derecha a cambio de clics. Hay que acompañar la información del contexto y desmontando las falsedades, pero sin querer entrar en espectacularización ni ir detrás de ellos. Se debe evitar caer en la tram-

pa de comprarles la agenda: acabar dedicando buena parte del tiempo a hablar de lo que ellos han decidido, aunque sea para contradecirlo.

¿Cree que es diferente, como periodista, cubrir los temas de la extrema derecha siendo hombre o mujer? ¿Por qué hay más hombres que mujeres cubriendo estos temas?

Lamentablemente, sí es diferente. Porque, como en cualquier ambiente donde proliferan las actitudes violentas y el machismo, ser mujer es un plus añadido. Aunque cada vez hay más mujeres en puestos de poder dentro de la extrema derecha y la ultraderecha, suele ser un ambiente eminentemente de hombres. Y siendo mujer es más difícil pasar desapercibida.

¿Ha sufrido o recibido amenazas por su trabajo?

Sí, cuando publicas ciertas cosas eres consciente de que es una consecuencia inevitable. He tenido que tomar medidas de precaución y dejar de ir a algunos lugares.

Nada más comenzar el libro explica como, sin saberlo, fue a una cena una noche de Navidad con una familia fascista italiana a quien incluso le había cogido afecto. ¿Cuando hablamos de fascismo nos viene a la cabeza solo la imagen de la persona con la cabeza rapada que no tiene ningún tipo de cultura?

Sí, es un prejuicio bastante extendido, me temo. Creer que quien es fascista lo es porque no se ha instruido. Como si solo pudieran abrazar la ideología neonazi o neofascista los energúmenos. Y en cambio hay personas muy cultas y bien convencidamente fascistas.

¿Qué riesgo hay de no llamar al fascismo por lo que es y ponerle otros nombres, como nostálgicos (como durante el traslado de los restos de Franco)? ¿Qué opina del papel de la prensa ese día?

Haciendo esto se blanquea el fascismo. Suena mucho menos peligroso, aceptable, incluso entrañable. Se deja de estar alerta del peligro que supone, se normaliza y se la acaba considerando una ideología más, cuando evidentemente no lo es: es un crimen, como nos enseñó Matteotti. La hiper-retransmisión en directo de todo lo que rodeó el traslado de los restos del dictador me pareció grotesca.

¿Qué es la paradoja de la tolerancia?

Es una teoría del filósofo Karl Popper que explica que la tolerancia ilimitada es un error porque destruiría la tolerancia. Es una paradoja porque sostiene que para preservar la tolerancia en una sociedad, no se puede tolerar la intolerancia: la acabaría haciendo desaparecer.



¿Toda la extrema derecha es neofascista o neonazi? ¿La extrema derecha se considera a sí misma extrema derecha?

No, en la extrema derecha hay diferentes corrientes, y los neofascistas o neonazis son una de ellas. La ultraderecha es la extrema derecha que no renuncia a la violencia. Solo cierta extrema derecha tradicional y tradicionalista, que hoy en día es bastante minoritaria, acepta la definición de extrema derecha. Normalmente prefieren otros nombres.

Los de la extrema derecha identitaria, por ejemplo, se definen como «identitarios» a secas. En Italia, a la extrema derecha salviniana se le llama «soberanista». Hay extrema derecha que se autodefine fascista, como Casapound o Forza Nuova, y al mismo tiempo «ni de derechas ni de izquierdas». Y es que lo que el fascismo histórico pretendía: superar la división izquierda-derecha.

¿Qué es Casa Pound y qué relación tiene con Forza Nuova?

Son dos partidos de ultraderecha que se definen abiertamente fascistas y sus militantes han protagonizado muchas agresiones. Casapound fueron los anfitriones de Salvini en el primer acto que hizo en Roma para presentar la nueva Liga. En España, Hogar Social Madrid se inspira en Casapound: cogen referentes de la izquierda y los adaptan, hacen recolectas de comida solo para italianos, limpian parques, etc. Son neofascistas que pretenden dar una imagen moderna del fascismo.

Forza Nuova, en cambio, son tradicionalistas, ultracatólicos, y apoyan Giorgia Meloni, del partido posfascista Hermanos de Italia –el tercero de la coalición de derechas, junto con Salvini y Berlusconi–.

¿Cree que en España los fascistas esconden más que en Italia que lo son?

Una de las cosas que me sorprendió más al llegar a Italia hace varios años es la naturalidad con que la gente se definía fascista. En los medios y en la vida cotidiana. Esto en España no era así. Incluso te puedes encontrar gente con el brazo alzado y un tatuaje de Franco diciendo «fascistas» a los oponentes políticos.

En Italia, la extrema derecha neofascista no usa la palabra fascista como insulto, y de hecho cuesta entender, aquí, que sus camaradas ideológicos españoles lo hagan. El tabú de definirse fascista es menos fuerte. Como también el de declararse antifascista, por otra parte. En Italia no se definen antifascistas solo las izquierdas. Tanto el fascismo como el antifascismo son términos de uso mucho más habitual en los medios y en la cotidianidad. Los discursos institucionales del jefe de estado durante el día de la liberación del fascismo y el nazismo (25 abril), por ejemplo, hablan siempre de antifascismo.

Con la entrada de Vox he notado que se está pretendiendo

blanquear la palabra facha, más suave que fascista, contraponiéndola a progre. Y ciertos sectores de la extrema derecha española empiezan a reivindicarla sin complejos.

En octubre de 1993, Berlusconi reconoció abiertamente en una rueda de prensa que apoyaba Gianfranco Fini, del partido neofascista MSI. ¿Por qué fue tan importante este momento?

Berlusconi era entonces 'solo' un importante hombre de negocios, y esto significó su primera toma de posición política, poco antes de anunciar que se presentaría a las elecciones. Y causó mucho escándalo porque hasta entonces al partido neofascista se le hacía el vacío públicamente. Fue la primera persona de peso público que dijo que votar neofascismo no solo era normal, sino que estaba bien. Una vez Berlusconi ganó las elecciones generales al poco, además, los llevó al gobierno. Esto no había pasado desde la instauración de la República, una vez vencido el fascismo. Ahora diríamos que fue el primero en romper el cordón sanitario contra la extrema derecha.

¿Cuál ha sido la estrategia que ha utilizado Matteo Salvini en las redes sociales para hacerse tan conocido? ¿Tiene que ver con el estilo de Vox?

Tiene una maquinaria de propaganda activa las veintidós horas del día llamada «la Bestia». Ha combinado la construcción de un personaje que pretende ser cercano, 'del pueblo', estudiadamente espontáneo, que enseña sin pudor trozos de la vida privada, qué come, etc; con un bombardeo constante de mensajes xenófobos y en contra de las minorías. Los estilos de propaganda tienen semejanzas, pero el personaje de Salvini es bastante diferente del de Abascal.

En el libro dice que «los nuevos nazis quieren caerte bien». ¿Cuál es la estrategia que usan?

Hablo de esta nueva extrema derecha 2.0 identitaria que ha



intentado reinventarse y crear una imagen diferente y alejada de los cabezas rapadas con actitudes agresivas. Vienen de ideología neonazi o neofascista con un envoltorio moderno, desenfadado, simpático. Por ejemplo, hacen videos divertidos en youtube vestidos de hipsters sonrientes mientras cue- lan ideología neonazi.

¿Qué es la Nouvelle Droite?

Fue el movimiento nacido en Francia a finales de la década de los setenta del siglo pasado alrededor del intelectual Alain de Benoist, y que teorizó esta renovación de la extrema derecha. Mezclan las ideas de la extrema derecha clásicas con el ecologismo, el comunitarismo, el socialismo... para intentar penetrar mejor en la sociedad, y teorizaron y llevaron a la práctica la necesidad de lograr una hegemonía cultural.

¿Cree que los partidos de centro o de izquierda hacen todo lo que pueden para detener a la extrema derecha? ¿Se podría haber hecho más para detener a Vox, en el caso de España?

El ascenso de la extrema derecha en todo coincidió nada casualmente con la crisis de los partidos tradicionales, sobre todo los de izquierda o centro-izquierda. Creo que en bastantes ocasiones no han sabido dar las respuestas adecuadas ni afrontar correctamente la crisis económica o las relaciones con la Unión Europea. Han dejado, así, un agujero que ha podido ocupar la extrema derecha, que ha estudiado bien los errores de la izquierda para saber donde ir a rascar.

¿Quién es Liliana Segre y por qué tiene que llevar escolta a sus 89 años? En el libro dice que «es el único nombre que importa».

Liliana Segre es una superviviente del Holocausto. Es senadora vitalicia en reconocimiento a su labor divulgativa en favor de la memoria histórica. En su primer discurso en el cargo

se dirigió a Salvini, también senador. El líder de la Liga acababa de proponer hacer un censo de gitanos para tratar de expulsar a tantos como pudiera. Ella hizo un discurso para denunciar que aquello era muy grave y que había que decirlo claro. Enseñó el número de Auschwitz que tiene tatuado en el brazo y dijo que haber sobrevivido a aquel horror le imponía el deber moral de hablar en nombre de todos aquellos que no pudieron volver de los campos de exterminio, como miles y miles de personas gitanas. Y que había que parar los pies a Salvini porque el Holocausto comenzó marcando a los judíos y a los gitanos.

Desde entonces, los partidarios de Salvini comenzaron a acosarla en las redes, recibe más de 200 mensajes de odio diarios y amenazas de muerte, muchas antisemitas. Por eso tiene que llevar escolta.

He querido terminar el libro diciendo que el nombre que hay que recordar no es el de Salvini, porque si él cae saldrá otro, es circunstancial: ha sabido aprovecharse de la situación, del poso de fascismo latente en la sociedad, de la crisis de los partidos tradicionales, etc. He querido redimensionar la importancia que se le da al personaje; y darle importancia a Liliana Segre y a todo lo que simboliza. Segre es un testimonio indispensable contra la barbarie, ha dedicado toda su vida a luchar contra la indiferencia, que es la semilla del fascismo, y quería reivindicarla y darle la importancia que merece.

Con el fascismo, ni diálogo ni debate



Rueda de prensa de Jordi Buxadé (VOX / FLICKR)

LA PERIODISTA SARA MONTESINOS EXPLICA POR QUÉ SE HAN DADO DE BAJA PERIODISTAS DEL COL·LEGI DE PERIODISTES DE CATALUNYA DESPUÉS DE QUE ESTE ORGANIZARA UN ENCUENTRO CON EL EURODIPUTADO DE VOX JORDI BUXADÉ.



.....
SARA MONTESINOS

redaccion@lamarea.com
.....

Ignorarlos para no dar bola a su discurso o confrontarlos discursivamente: este es el eterno dilema de los medios de comunicación sobre la extrema derecha y sus constantes discursos de odio. Si bien es cierto que no todo el mundo tiene resuelto el debate, también lo es que no a todos les preocupa esta discriminación in crescendo ahora ya institucionalizada de la forma más abrupta.

Pero están ahí. Están y vomitan bilis y odio día tras día desde sus escaños y sus mesas de debate, entre micrófonos, cámaras y libretas, mientras las miserias y opresiones del día a día se tapan a golpe de desgracia y con una clara falta de apuestas constructivas. Por ello, muchas consideramos que dar aún más bola a según qué discursos no es en ningún caso conciliador.

El pasado 19 de mayo, el Col·legi de Periodistes de Catalunya junto con la Asociación de Periodistas Europeos (APEC) y con el apoyo de la Oficina del Parlamento Europeo de Barcelona, ??organizaron un encuentro telemático con Jordi Buxadé. El eurodiputado del grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos y diputado de Vox en el Parlamento Europeo es también miembro de la comisión de Libertades Civiles, Justicia y Asuntos de Interior y forma parte de la delegación para las Relaciones con los Países del Magreb y la Unión del Magreb Árabe y de la Asamblea Parlamentaria de la Unión por el Mediterráneo. También es miembro suplente de la comisión de Asuntos Jurídicos y de la comisión de Asuntos Constitucionales y participaba del encuentro en conversación sobre las prioridades para la IX legislatura que fue moderada por Rafa Gimena, vicedecano y presidente de la demarcación de Lleida del Col·legi de Periodistes.

El anuncio del encuentro encendió las redes sociales y varios periodistas colegiados se pusieron en contacto a través de correos y llamadas pidiendo explicaciones en relación con el hecho de que el Col·legi de Periodistes de Catalunya diera un espacio a VOX, entendiendo que así se legitimaba su discurso y se normalizaba su presencia. La respuesta para muchos fue la misma, tanto por correo como por teléfono. Y como era de esperar, el argumento principal consistió en una oda a la libertad de expresión: «Como periodistas, respetando las valora-

ciones personales, entienda que no podemos excluir grupos que tienen representación y han sido elegidos democráticamente», y continuaba, «entendemos que hacer lo contrario, podría vulnerar el derecho a la libertad de expresión».

Como era de esperar, a muchos y muchas profesionales la respuesta no les sirvió, y algunos de ellos acabaron pidiendo la baja del Col·legi de Periodistes de Catalunya con más o menos pena, pero con una creencia en común: no seremos altavoz de la extrema derecha y no nos sentimos parte de un colegio que lo pretende. Una de las cosas que también hirió a algunos (ahora ex) colegiados es el hecho de que nadie se planteara preguntarlo a la base social, que, aún sabiendo que sería un tema espinoso, no se valorara hacer un debate colectivo y que pudieran ser los mismos colegiados quienes pudieran compartir dudas y estrategias para decidir si llevar o no a cabo el encuentro.

La libertad de expresión no prima cuando se vulneran los derechos fundamentales de las personas, como ocurre constantemente con VOX, no sólo con sus propuestas políticas, sino sencillamente con sus posicionamientos y declaraciones. Es por ello que muchas profesionales del periodismo y la comunicación consideramos imprescindible recuperar el bello y viejo lema de los movimientos sociales que asegura que con el fascismo no hay diálogo ni debate: al fascismo se le combate. Y sí, también desde los medios de comunicación, también desde televisiones, redacciones, estudios y diarios. Reivindicando la vida en cada reportaje y cada breve y no organizando atriles de difusión.

Observatorios de discursos discriminatorios, reportajes sobre diversidad, investigaciones en clave de género, nuevas miradas y perspectivas ... En toda Cataluña y en el resto del Estado encontramos cientos de propuestas interesantes sobre cohesión, inclusión, derechos y libertades y somos también centenares las que apostamos por otra manera de abordar los discursos del odio. Es por ello que encuentros como los organizados con Buxadé impactan tanto en esta base del colegio, porque no sólo invisibilizan los trabajos de tantas y tantas compañeras, sino que se prefiere tirar de discurso oficial, del argumento de la representatividad parlamentaria y ale, como si nos hubiéramos librado de cualquier responsabilidad social.

Ni en nombre de la libertad de expresión ni de cualquier otro santo podemos tragarnos tanto racismo, misoginia y homofobia si realmente consideramos que nuestra profesión es (o pretende ser) un pilar básico de cualquier sociedad libre y que busca ser también una herramienta de cohesión social y de respeto.

Sin embargo, algunas vivimos con cierta pena no tener un colegio que nos represente, que actúe contra la violencia hacia los periodistas y que vele por el ejercicio de la profesión, pero que a la vez sea consciente de que el periodismo es una herramienta de transformación social y actúe en consecuencia no dando ningún espacio al fascismo.



Manifestación antirracista en Madrid
(YOUSSEF OULED)

Antifascismo y antirracismo: una alianza necesaria

“LA DISCUSIÓN SOBRE EL RACISMO TAMBIÉN HA ENCONTRADO RESISTENCIAS EN UNA IZQUIERDA QUE NO TARDÓ EN CRITICAR LA FORMA Y EL FONDO DE LAS MOVILIZACIONES EN TERRITORIO ESPAÑOL”. EL PERIODISTA YOUSSEF OULED ANALIZA CON FUENTES EXPERTAS LA RELACIÓN ENTRE EL ANTIRRACISMO Y EL ANTIFASCISMO.

YOUSSEF OULED

redaccion@lamarea.com

La muerte de George Floyd a manos de la policía de Minneapolis en Estados Unidos desató una ola de indignación frente al racismo de unas instituciones que se cobran vidas negras a diario. Esta indignación no tardó en extenderse en forma de protestas antirracistas a nivel mundial. En paralelo, Trump amenazó con designar “organización terrorista” al movimiento Antifa, que lucha contra el fascismo y la ultraderecha. Gesto que Mark Bray, historiador experto en antifascismo y autor del libro Antifa, describió como “un acto de distracción para no hablar sobre las raíces del asesinato de Floyd”.

En España, las protestas organizadas por las comunidades no blancas y centralizadas bajo el recién surgido movimien-

to Comunidad Negra Africana y Afrodescendiente en España (CNAAE), señalaron que no hace falta mirar al Atlántico para denunciar un racismo que aquí también empobrece y mata. En los últimos seis meses, Imad Eraffali y Daniel Jiménez han perdido la vida bajo custodia policial, los dos en la misma comisaría de Algeciras, los dos tras supuestos suicidios. Sus nombres no son los únicos, Ilias, Mame, Manuel, Bouderbala, Marouane, Samba, Idrissa... la lista es larga.

A pesar de ello, la discusión sobre el racismo también ha encontrado resistencias en una izquierda que no tardó en criticar la forma y el fondo de las movilizaciones en territorio español, apuntando al contexto de pandemia para argumentar “que no era el momento”. Una crítica que no se vertió sobre las protestas que se dieron contra el cierre de industrias automovilísticas en Barcelona o la metalúrgica en Alcoa, ni sobre las multitudinarias manifestaciones antirracistas en Francia que se suceden de manera ininterrumpida. Este cuestionamien-



to vino acompañado de la premisa “España no es EEUU”, en alusión a una supuesta ausencia de racismo, que esconde un interés en negar el carácter estructural y sistémico de la raza. Todo en un contexto de auge de la ultraderecha a nivel político y social que nos lleva a preguntarnos sobre las alianzas entre antirracismo y antifascismo.

“Al antifascismo le queda un trabajo importante en reconocer a las comunidades racializadas y a las organizaciones que conforman, como sujetos políticos con los cuales conversar en igualdad política”, señala Yeison García López, politólogo y activista antirracista. En esa línea se sitúa Susana Ye, periodista y autora del documental *Chiñoles y bananas*, quien comenta que el antirracismo es colocado “a la cola” de las luchas sociales. “Se ha visto como un tema cuya urgencia se postergaba y, aunque lo políticamente correcto es que la izquierda española se proclame antifascista y antirracista, la realidad es que no se practica ni incorpora en el día a día ni en las grandes movilizaciones”, añade. Para Silvia Agüero, activista gitana y coordinadora del blog *Pretendemos gitanizar el mundo*, el antifascismo actual no es antirracista “porque no quiere”. No porque no crea en la necesidad de intersección, sino porque como pasa con en el feminismo, “grandes sectores de estos movimientos creen que les hace perder fuerza y concentración”.

Una postura que para García López responde a la forma en la que se relega el racismo a una cuestión secundaria, “cierto antifascismo busca articular todo bajo una cuestión de clase, que esconde muchas veces una protección de los intereses de la clase obrera blanca al plantear proyectos comunitarios en los que la clase obrera migrante y no blanca se quedan fuera”. Así lo describió el militante y teórico decolonial Sadri Khiari al señalar que en los barrios populares no solo están los proletarios, trabajadores que se oponen a las clases superiores, “también los proletarios blancos que defienden sus privilegios frente a los proletarios surgidos de las colonias”. Para Khiari, la izquierda, por ser compañera indispensable de las comunidades históricamente colonizadas, es su primer adversario, porque “a pesar de sus postulados de emancipación humana que nos aproximan a ella, no asume que la colonización no fue un proceso pasado desvinculado de la actualidad, sino que hay que entenderla bajo el ángulo de las relaciones sociales que ha desarrollado”. Y cuya característica fundamental es “la construcción de una jerarquización social mundial basada en la idea de raza”. Lo que sitúa al antirracismo como lucha contra la supremacía blanca y los privilegios surgidos de esa dominación.

“El antirracismo es una lucha contra un poder omnímodo que es estructural y sistémico: el poder blanco y payo”, por lo que “romper sus estructuras es de por sí antifascista”, señala Agüero. Opinión compartida por García López, quien sostiene que la lucha contra el racismo es antifascista siempre que se plantee desde “una crítica a un sistema capitalista construido bajo la legitimidad de discursos que jerarquizan a grupos sociales”. No obstante, alerta sobre los peligros de postulados es-

encialistas en un antirracismo que para huir de ellos “ha de tener una estrategia política, un proyecto de interpelación directa contra el capitalismo racial”.

Al hablar de esa alianza, se remonta años atrás a la lucha contra la violencia neonazi en las calles de Barcelona y Madrid. En ella jugaron un papel fundamental las organizaciones integradas por personas negras “en una articulación directa con el antifascismo”. Sin embargo, este marco ha cambiado, según el politólogo “la nueva generación de sujetos políticos no blancos interpela señalando la necesidad de esa intersección, pero antes hay que cambiar las formas en las que se da”. Una alianza que según su experiencia es más fraguable en espacios libertarios y anarquistas que con una izquierda institucionalizada, que “no solo no reconoce al sujeto político no blanco, sino que impide que las personas racializadas que integran sus organizaciones lleguen a espacios de poder”. Un desacuerdo que también se observa en la construcción de la memoria histórica antifascista, en medio del debate sobre la violencia simbólica del legado colonial español, “dejan fuera los planteamiento del antirracismo que discute los ideales de la memoria histórica desde un punto de vista anticolonial”.

Para Agüero, las alianzas son siempre difíciles debido a que “cualquier movimiento en el estado español, que históricamente han liderado payas y payos blancos, cis, ateos y católicos etc... es racista”. Como ejemplo sitúa su experiencia en La Rioja también con esa izquierda institucional, “creen que las gitanas deberíamos llevar las cosas de gitanos y nada más, además, somos sospechosos en cualquiera de esos espacios, por si robamos las ideas o abanderamos una lucha que ellos piensan que no nos corresponde”. Cita al “tío Pepe Heredia”, quien fuera profesor de la Universidad de Granada, poeta, dramaturgo y flamenco, para proponer como solución “una mirada limpia”, es decir, “tener una mirada consciente y esforzarse en quitar nuestros prejuicios”, concluye.

EL ANTIRRACISMO ASIÁTICO

Dentro del antirracismo también se plantean intersecciones por resolver, una de ellas es la forma en la que se articula la lucha con las comunidades asiáticas. Todo ello en un contexto donde esta población ha sido objeto de ataques racistas y criminalización por parte de la ultraderecha a consecuencia de la COVID-19. Para Susana, es “normal” que la comunidad asiática haya sido ignorada, puesto que su lazo y presencia ha sido relativamente menor respecto a otras comunidades migrantes, aunque eso está cambiando, “hoy día proliferan plataformas de activistas de la diáspora asiática a quienes hay que dar voz para que conciencien a los más jóvenes sobre antirracismo, incluyendo el antirracismo asiático”. Preguntada sobre las fake news y los bulos empleados por la ultraderecha, la periodista comenta que estas técnicas son tan viejas como el ser humano, “lo que ha cambiado es su capacidad de alcance” y apela a la responsabilidad individual de cada persona, “no podemos impedir que se difundan mentiras, pero sí, no contribuir a que parasiten nuestro ya de por sí escaso tiempo. Nosotros también somos parte del problema si no actuamos como debemos”.

ADELANTO EDITORIAL

La extrema derecha y la instrumentalización de los derechos de las mujeres

FRAGMENTO DEL LIBRO 'FAMILIA, RAZA Y NACIÓN EN TIEMPOS DE POSFASCISMO', EDITADO POR LA FUNDACIÓN DE LOS COMUNES CON TRAFICANTES DE SUEÑOS (1).

MARÍA LUISA PÉREZ COLINA
redaccion@lamarea.com

Uno de los rasgos comunes de las fuerzas de extrema derecha en Europa occidental es hoy su teórica defensa de los derechos de las mujeres. La puesta en escena de este supuesto y novedoso interés por la igualdad entre hombres y mujeres incluye, como no podía ser de otro modo, cierta feminización de los partidos, esto es, una mayor presencia de mujeres en sus filas — aunque no de perspectivas feministas en sus programas—. Así, desde Vox en España, del que casi un tercio de su Comité Ejecutivo Nacional son mujeres, hasta Agrupación Nacional (RN) en Francia, encabezado por una mujer, Marine Le Pen, el posfascismo europeo juega tramposamente la partida del género con la carta de la reina. Si hablamos de uso torticero de la defensa de los derechos de las mujeres es porque pensamos que solo se trata de un recurso instrumental subordinado en realidad a otros intereses. [...]

RACIALIZACIÓN DEL SEXISMO

Al hablar de racialización del sexismo es preciso hacer hincapié en que, como veremos a lo largo de las siguientes líneas, esta es prioritariamente islamófoba. En otras palabras, en su punto de mira se hallan todas las personas de origen no occidental, pero particularmente las procedentes de sociedades étnicamente árabes y/o culturalmente islámicas. Resulta en extremo difícil, por no decir imposible, encontrar un argumento aparentemente en defensa de los derechos de «las mujeres», ya sea en un discurso, artículo, tuit, post o programa político, que no vaya inmediatamente sucedido del prejuicio racista y esencialmente islamófobo que pretende apuntalar.

Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo
(FUNDACIÓN DE LOS COMUNES)



Además de islamófoba, esta defensa racializada de la igualdad hereda y reproduce la sexualización del racismo procedente del pensamiento colonial, que se manifiesta en la nítida diferenciación de los estereotipos asignados a los hombres y mujeres no originariamente occidentales. Los hombres son así contruidos como agresores sexuales y las mujeres como víctimas sometidas.

Así por ejemplo, según el punto de vista de Marine Le Pen, ampliamente desglosado en las intensas dosis de 280 caracteres de su cuenta de Twitter, Francia estaría viviendo un grave retroceso en la libertad y los derechos de las mujeres, principalmente a causa del Islam. Por una parte, los hombres de origen árabe y/o de cultura musulmana aparecen retratados como violadores y feminicidas en potencia. «Las mujeres» — es decir, las francesas de souche o francesas de pura cepa— estarían perdiendo la libertad de pasearse o de vestirse libremente en los barrios cuya población es, en su mayoría, de origen migrante.



Las mujeres no occidentales —a quienes casi nunca se incluye en la categoría genérica «mujeres», sobre todo si son musulmanas y más aún si lo visibilizan abiertamente llevando velo— son consideradas personas oprimidas por los hombres de su cultura y religión. No se les reconoce ninguna capacidad de agencia: son víctimas a las que la cultura superior europea, la única capaz de haber conquistado la igualdad entre hombres y mujeres, tendría el deber de salvar de su opresión.

Las únicas mujeres racializadas que escapan de esta victimización son aquellas que dan muestras, al menos performativamente, de seguir el modelo de liberación avalado por la cultura mainstream occidental; esto es, las conocidas en Francia como *beurettes émancipées*, cuya imagen corresponde a la utilizada en uno de los carteles de campaña del FN en el año 2007. La foto de una chica que Sara R. Farris describe así: una «joven de origen claramente afrodescendiente vestida como una francesa moderna, con el ombligo al aire y la melena suelta».

Todos los partidos de extrema derecha de Europa occidental analizados, desde el SD a la LN, pasando por AfD, AD o el PVV, comparten con la RN de Marine Le Pen esta construcción del Islam como amenaza para la diferencia y la superioridad cultural europea occidental blanca y cristiana. También los partidos españoles. Por ceñirnos solo a España 2000 y Vox, en la web de la primera cabe leer cosas como: «Si nuestra cultura europea desaparece o se diluye en otras formas de vida extrañas como la del Islam, las mujeres seremos convertidas en objetos de uso a conveniencia del hombre»; «Si no se nos respeta como mujeres y si no se respeta nuestro modo de vida basado en la libertad individual y en el bien común, nuestras hijas tendrán que pelear por no llevar burka».

El propio programa político de España 2000, en el epígrafe sobre inmigración, reza lo siguiente: «Está claro que culturas y modos de vida ajenos a Europa, muchos de los cuales desprecian y condenan a la mujer bajo la oscuridad de un burka, la someten a mutilaciones o que a ritmo de reguetón la tratan como un simple objeto sexual, no son aceptables ni tolerables en nuestro país».

En lo que a Vox se refiere, las declaraciones, en una entrevista realizada en TVE a Rocío Monasterio, miembro de la dirección del partido y actualmente diputada en la Asamblea de Madrid, no pueden ser más elocuentes del plagio casi directo de ideas ya expuestas por Marine Le Pen (RN) o Alice Weidel (AfD). De acuerdo con ese mismo retrato de los hombres de origen árabe como agresores, Monasterio declara: «Veo ahora manadas, por cierto, de magrebíes». Y en relación con la amenaza que esto supone para las mujeres —no racializadas, se entiende, a las «otras» ni se las menciona—: «En muchos barrios las mujeres no se atreven a salir a la calle». Por supuesto el programa no deja de recoger —en su medida 23— una propuesta explícitamente criminalizadora del Islam: «Cierre de mezquitas fundamentalistas. Expulsión de los imanes que propaguen el integrismo, el menosprecio a la mujer o la yihad».

FUNCIONALIDAD DE LA ALTERIDAD RACIAL PARA LA EXPLOTACIÓN NEOLIBERAL

La producción y reproducción de alteridad es una de las construcciones culturales más rentables para sistemas económicos basados en la explotación como el sistema capitalista.

La alteridad es la construcción de una otredad que naturaliza y esencializa determinadas diferencias —desde configuraciones genitales, capacidades fisiológicas o pigmentaciones epidérmicas, a sistemas de creencias, valores culturales o, incluso, ideologías—, para convertirlas en inmutables y justificadoras de relaciones de dominio.

La alteridad de género, esto es, el constructo histórico basado en el binomio hombres/mujeres ha permitido una relación de explotación de los primeros sobre las segundas fundamentalmente producido y reproducido por la división sexual del trabajo. Sus consecuencias materiales en la vida de las mujeres se traducen en las estadísticas que siguen demostrando la realidad de la feminización de la pobreza en el mundo contemporáneo.

La alteridad racial, esto es, el constructo histórico que rompe artificialmente la especie humana en un binomio racial principal (blanco/negro) declinado en múltiples variables según las necesidades de la relación de dominio (cristiano/judío; cristiano/musulmán; blanco/amarillo; blanco/marrón...) es consustancial al desarrollo del capitalismo, considerando el papel desempeñado en este por la esclavitud, la explotación colonial y la división internacional del trabajo. La insistencia en el uso de una gramática de la alteridad racial por parte de la extrema derecha reproduce y amplifica el sistema racializado previamente existente. Este sigue construyendo a las personas de origen migrante como los eternos 'Otros', excluyéndolos de la ciudadanía —y, por lo tanto, del derecho a tener derechos—, convirtiéndolos en parias de la mistificada comunidad identitaria nacional. Esto es lo que habitualmente se denomina racismo institucional, lo que para Sara R. Farris se traduce actualmente en todas las políticas y leyes europeas relativas a la inmigración.

Ahora bien, la racialización del sexismo se cruza con la sexualización del racismo cuando los estigmas y estereotipos de los hombres y mujeres racializados son diferentes. ¿Cuál sería la utilidad, para el sistema económico neoliberal de sostener el estigma de los inmigrantes no occidentales como agresores y de las inmigrantes no occidentales como víctimas de su propia cultura? Para Sara R. Farris la respuesta está clara: el estereotipo de las mujeres no occidentales como sumisas permite a las políticas económicas neoliberales —avaladas por las fuerzas de extrema derecha, pero también por ciertos discursos feministas— disfrazar, como si fueran «ayudas» a su emancipación, lo que en la práctica son programas destinados a introducirlas en el ámbito laboral del trabajo reproductivo.

En pocas y toscas palabras: las inmigrantes no occidentales pueden ser redimidas de su atraso cultural a condición de «emanciparse» por la vía de su entrada en el mercado laboral para cubrir aquellos empleos de cuidados que aún no están suficientemente socializados ni repartidos entre los sexos. Trabajos que continúan en el limbo de la valoración social y económica, y cuya realización por «las Otras» permite cerrar en falso la conocida como crisis de los cuidados, esto es, la imposible conciliación entre la reproducción de las condiciones de vida y un sistema económico articulado en torno a la acumulación de capital.



Vox y el dilema de las derechas

(Y 2) FRAGMENTO DEL LIBRO 'FAMILIA, RAZA Y NACIÓN EN TIEMPOS DE POSFASCISMO', EDITADO POR LA FUNDACIÓN DE LOS COMUNES CON TRAFICANTES DE SUEÑOS.

PABLO CARMONA PASCUAL

redaccion@lamarea.com

A POR ELLAS. IDEOLOGÍA DE GÉNERO, MULTICULTURALISMO Y POLÍTICAS SECURITARIAS

En el año 2016, la militante de Vox Alicia Rubio publicó el libro. Cuando nos prohibieron ser mujeres y os persiguieron por ser hombres. Para entender cómo nos afecta la ideología de género. En este libro, la autora afirma que vivimos en un nuevo paradigma en el que «se trata de acabar con las diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres. ¿Cómo? Promocionando un nuevo ideal de mujer (la lesbiana) y de hombre (el homosexual) [...] tengo la sensación de que a nosotros nos diezmaron y redujeron con el SIDA y con la droga. A esta generación le ha tocado bregar con las consecuencias de la ideología de género, mucho más efectiva y silente en eliminar población».

El discurso sobre la ideología de género, en reacción al movimiento feminista y de derechos LGTBI de los últimos años, trata de enmarcar la lucha por estos nuevos derechos en un plano hegemónico y de poder. Su presupuesto consiste en una supuesta opresión del conjunto del sistema social por sus lobbys. De algún modo, la vuelta a los valores tradicionales (léase patriarcales), ya sea en materia reproductiva o de relaciones de poder y desigualdad como las violencias machistas estarían insertos dentro de un orden moral mayor y no tendría tanto que ver con discriminaciones y relaciones de poder inscritas en la normatividad heteropatriarcal.

Como sucedía con el PP de Ana Botella, cuando declaró que no se podían juntar peras y manzanas para dar manzanas —particular metáfora de la crítica al matrimonio homosexual—, de fondo está la vieja lucha de la derecha contra todo tipo de diversidad sexual o afectiva más allá de la familia tradicional. De ahí que quieran eliminar el matrimonio homosexual, cualquier supuesto de derecho al aborto o descafeinar y ningunear la realidad de las violencias machistas. La lucha por controlar y decidir sobre el cuerpo y las vidas de las mujeres, en un momento de auge del movimiento feminista, ha supuesto que electoralmente la mayoría de las mujeres den la espalda a Vox. De hecho, más del 65% de los votantes de Vox en las elecciones



andaluzas y cerca de un 70% en las generales fueron varones.

Pero lo fundamental es que estos motivos no son nuevos. Recordemos por ejemplo los recursos de inconstitucionalidad presentados por el PP contra la reforma de la Ley del aborto en 2010 —de Zapatero— o contra el matrimonio homosexual en 2012, iniciativas que dividieron a los populares. Recordemos también las manifestaciones que convocaron de la mano de las redes neoconservadoras que hoy impulsan Vox y la Conferencia episcopal. También deberíamos recordar la dimisión de Alberto Ruiz Gallardón en 2014 tras las fuertes movilizaciones feministas por la nueva propuesta de Ley del aborto. Estas protestas llevaron al Presidente Rajoy a dar marcha atrás en el proyecto de ley y a desautorizar a su ministro.

La singularidad de la apuesta de Vox está en haber abierto una vía electoral que se apoya en exclusiva en los nuevos sectores antifeministas que —sin pertenecer estrictamente a Vox— han crecido en la sociedad civil. Este es el caso de algunas organizaciones de hombres divorciados, abogadas como Yobana Carril —que logró cierta relevancia al denunciar que la Ley Integral de Violencia de Género encubre numerosos abusos de mujeres sobre los hombres, con denuncias falsas— o de youtubers como el conocido Un Hombre Blanco Hetero que cuenta con cientos de miles de seguidores.

En momentos de gran crecimiento del movimiento feminista, la apuesta contra la denominada ideología de género —lo que Monasterio llama la «colectivización de las mujeres»— es social y electoralmente muy arriesgada, aun cuando los réditos a nivel de guerras culturales mediáticas están sin duda garantizados. Estas escaramuzas han mantenido en el candelero a Vox, tanto en campaña como en los pactos poselectorales, si bien su alcance ha resultado muy limitado. Por un lado, se trata de un programa antifeminista que —con matices— puede ser aceptado por el Partido Popular. Por otro, sin embargo, se

Rocío Monasterio en el cierre de campaña de Vox en Madrid. Foto: FLICKR OFICIAL ROCÍO MONASTERIO.



basa en reivindicaciones materialmente insostenibles. Mientras la experiencia de las violencias machistas sufridas por las mujeres es aplastantemente mayoritaria, los sujetos víctima en los que se apoya Vox son estadísticamente testimoniales, como muestra el caso por ejemplo de las víctimas de denuncias falsas según los datos de la Fiscalía General del Estado.

Vox se topa con menos resistencias en el campo de la inmigración o, como ellos dicen, del «multiculturalismo». Se trata de otro de los temas clásicos que han tomado de los neoconservadores de Aznar. De hecho, uno de los principales fichajes de aquella ola neocon ha sido el conocido Rafael Bardají, responsable del think tank neocon GEES (Grupo de Estudios Estratégicos). Bardají tuvo fuerte influencia en Eduardo Serra, cuando era Ministro de Defensa. Del GEES ha sido también estrecho colaborador Ignacio Cosidó, influyente político, director general de la Policía Nacional y portavoz del Partido Popular en el senado a lo largo de los últimos años.

Siguiendo la tópica neoconservadora, Vox asegura que existe una amenaza sobre el mundo occidental y sus valores que se expresa en dos grandes fuerzas: la inmigración y el Islam. En este sencillo marco del choque de civilizaciones se justifican gran parte de sus medidas securitarias y racistas. La inseguridad ciudadana, la pérdida de valores en Occidente o la falta del principio de autoridad en nuestra sociedad, por ejemplo en la escuela, tendrían que ver con la rendición ante los valores de otras culturas y el debilitamiento de nuestras tradiciones. De esta manera, lo español debe ir siempre primero. Para ello —a su criterio— no se debe ceder a políticas humanitarias «buenistas», que no hacen sino dañar lo esencial de la nación española y su cultura. El multiculturalismo que, en sus palabras, se abre paso gracias a los grupos de izquierdas, sería el mayor enemigo de nuestra sociedad. En esta dirección, escribe Monasterio: «Somos críticos con una tolerancia mal entendida que pasa por renunciar a la defensa de nuestros valores y que está degenerando en una sumisión a otros con una concepción del mundo radicalmente distinta a la nuestra. Han manipulado la concepción cristiana del libre albedrío y misericordia hasta convertirla en una pulsión suicida».

Para Vox, gracias al multiculturalismo impulsado por la cultura progre dominante se está intentando construir individuos manejables y maleables, carentes de raíces. Estas raíces no serían otras que la cultura española que, en el más puro estilo tradicionalista, tendría que ver con el pasado glorioso español que forjó la Reconquista, la «gran empresa imperial» contra el islam y en favor de la «unidad cristiana peninsular».

Si se lee el programa electoral de Vox y sus 100 medidas para España, se puede ver claramente el olor racista y antiinmigración que desprende. Hasta la fecha ningún partido había elaborado un discurso con tal nivel de racismo. Pero lo más grave, y que también tiene consecuencias electorales claras, es que la mayor parte de las medidas que propone Vox han sido ya ejecutadas por gobiernos del Partido Popular y del PSOE.

Vox propone, por ejemplo, que se ejecute la búsqueda y expulsión sistemática de todos los inmigrantes irregulares. Pero lo cierto es que el programa de Vox no hace más que sistematizar políticas de «caza de inmigrantes» que ya se llevan a cabo. Así ha sucedido, por ejemplo, con la conocida Circular

1/2010 que emitió el ministro Alfredo Pérez Rubalcaba durante el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y que ordenaba intensificar las identificaciones con la finalidad de expulsar a los migrantes en situación irregular. Las redadas por perfil étnico se han convertido desde entonces en algo absolutamente normalizado. Entre 2008 y 2011, los gobiernos socialistas expulsaron a decenas de miles de migrantes, concretamente más de 338.000 inmigrantes recibieron orden de expulsión. Junto a los Centros de Internamiento para Extranjeros y los vuelos regulares de deportación, esta circular dio cumplimiento a la Directiva de Retorno aprobada en junio de 2008 con los votos favorables del PSOE y del Partido Popular. La Directiva pretendía expulsar a más de 8 millones de personas de la Unión Europea.

Otra de las grandes medidas de Vox, como retirar derechos a los inmigrantes ilegales, tampoco son novedosas. El Partido Popular en sus años de mandato eliminó el derecho de asociación, sindicación y reunión de este colectivo, además de ordenar su exclusión del sistema sanitario. Esta última medida, con matices de mejora, sigue aún hoy vigente con el gobierno del PSOE. Solo las sentencias del Tribunal Constitucional, los recursos legales, las denuncias y la movilización de numerosos colectivos sociales y movimientos de inmigrantes han revertido parcialmente la situación.

Por último, la medida más novedosa del programa de Vox en materia migratoria, pasa por desactivar los sistemas de regularización por arraigo. Ciertamente, esta medida excede lo dicho y hecho por los gobiernos anteriores, pero tampoco se puede afirmar que sea totalmente novedosa. A lo largo de 2019, múltiples organizaciones vienen denunciando que la vía de regularización por arraigo se está cerrando en nuestro país por medio de multitud de trabas administrativas. Esta situación ha llevado a lanzar la campaña #sincitanohayderecho que denuncia la sistemática imposibilidad de tener citas para acceder o renovar los papeles de residencia y trabajo. Por la puerta del cierre administrativo, se está cumpliendo con un alto grado de efectividad la propuesta de Vox.

Con el programa en la mano y las experiencias de gobierno de los últimos años, es difícil defender una línea argumental que sitúe a Vox fuera del sistema de partidos convencional, fuera del marco de nuestra democracia. Toda la izquierda ha jugado a esta separación táctica de que dentro de las tres derechas existe una ultramontana, que puede llevar a la derecha civilizada por el mal camino. Se le han hecho manifestaciones y denuncias, todas ellas justificadas, pero con un particular reverso oscuro. De un lado, han servido para que Vox logre relevancia mediática, lo que en muchos momentos es su único punto fuerte. Su fórmula es clara: consiste en teñir viejas reivindicaciones de la derecha neocon, las políticas neoliberales y muchas políticas de Estado —como el racismo institucional—, con un lenguaje neofranquista destinado a tener un fuerte impacto mediático y cultural. De otra parte, el cerco a Vox ha servido a la izquierda tradicional, sobre todo al PSOE, para disciplinar y acuartelar el voto de las izquierdas en torno a una suerte de «frentepopulismo» progresista. El Partido Socialista Obrero Español ha sacado de nuevo al dóberman de Felipe González recuperando así —aunque sea de manera precaria— las riendas del gobierno contra una derecha extrema y corrupta.

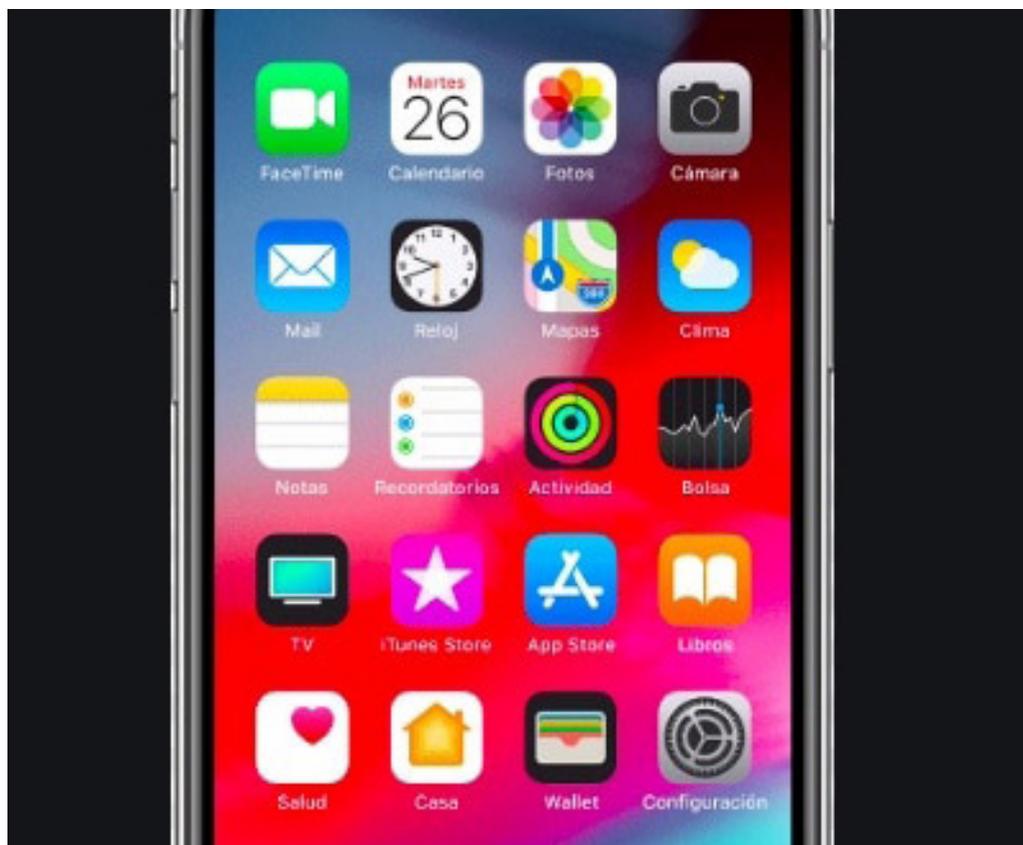
Fascismo 'mainstream'. Cómo la ultraderecha se convirtió en tuitera para expandir su mensaje

ADELANTAMOS UN FRAGMENTO DEL LIBRO 'FASCISMO MAINSTREAM. CÓMO LA EXTREMA DERECHA USA LAS REDES SOCIALES Y LA CRISIS DEL PERIODISMO PARA LLEGAR AL PODER', QUE SE PUBLICARÁ EN UNOS MESES.

CARLES X. SENSO VILA
redaccion@lamarea.com

El fascismo se ha convertido en mainstream. Santiago Abascal contaba en los primeros días de este mes de julio con 700.000 seguidores en Instagram. Casi insignificantes comparados con los 852.000 de Benjamín Netanyahu, los 2,2 millones de Matteo Salvini o el 1,1 millones de Boris Johnson. Jair Bolsonaro se iba a los 17,1 millones. Donald Trump a los 20,7 millones. Con bastante menos fuele quedaban otros como Viktor Orbán con 71.700 seguidores, Jeanine Áñez con 160.000, Marine Le Pen con 151.000, Geert Wilders con 139.000 o Nigel Farage con 136.000.

Todos, completamente todos, han crecido en seguidores en los últimos meses. Un fascismo mainstream aupado en la red social preferida por los jóvenes de menos de treinta años y también por un buen número de bots o cuentas falsas compradas para parecer lo que no eran y han acabado convirtiéndose: voces con derecho a ser escuchadas. También lo han acompañado en ese camino hacia el seguimiento de masas los medios de comunicación, sobre todo la televisión, gracias en algunos casos a la cómoda equidistancia y en otras a la profunda irresponsabilidad democrática.



En las últimas semanas ha tomado forma una campaña denominada #StopHate4Profit que ha provocado miles de millones de pérdidas a Facebook, plataforma acusada por importantes multinacionales de no combatir los mensajes de odio con la suficiente contundencia. Al boicot publicitario organizado por grupos de derechos civiles como la Liga Antidifamación (ADL, por sus siglas en inglés), NAACP o Color of Change se han sumado compañías como Unilever (dueña de cuatrocientas marcas entre las que se encuentran Axe, Dove, Magnum o Lipton), Verizon, Patagonia, North Face, Starbucks, Coca Cola u Honda, que critican a Facebook por amplificar las voces de supremacistas blancos y no hacer lo suficiente para detener la propagación del discurso de odio.



La retirada de la publicidad también ha afectado a otras plataformas como Instagram o Twitter. A pesar de haber criticado el posicionamiento inicial de Twitter, Mark Zuckerberg anunció días después, en respuesta a las críticas, que Facebook pasaba a etiquetar las publicaciones consideradas de interés periodístico que violen las políticas de la compañía. Rompe así la que ha sido, pese a no admitirlo, la política de la empresa en los últimos años, beneficiada por la polarización social.

Internet, y más todavía las redes sociales, están basadas en la manipulación y la modificación de las conductas sobre la base de las emociones, principalmente negativas, ya que moviliza el dolor, que es más fácil de extender. Cuantas más son las interacciones (el preciado engagement) más es la información que las plataformas acumulan sobre todos y cada uno de nosotros y más posibilidades tienen de conocernos y de ofrecer productos adaptados a nuestras "necesidades". Eres manipulado en base a las emociones. Te conocen y te mangonean, para bien y para mal. Además, cuentan con una creciente y parece que imparable capacidad para vender los datos a empresas interesadas en el marketing político, que dirigirán después sus productos electorales en función de lo que cada uno (sin saberlo) había reclamado.

Trump contestó a un examen del que ya conocía las preguntas. Las redes sociales polarizaron y enfrentaron a la sociedad americana a través de debates creados artificialmente para que después el dirigente de extrema derecha apareciese como la respuesta. Todo estaba predefinido como anterioridad y la mayoría de edad de la sociedad que en teoría vive en la primera potencia del mundo quedó en entredicho. Pero lo bien cierto es que nadie se libra.

Varias agencias de protección de datos han multado (sobre todo en Europa) a redes sociales como Facebook por vender datos de los usuarios. Bajo la excusa de mejorar los servicios para, cada vez, ofrecer datos más personalizados, las principales potencias tecnológicas trafican con datos privados que hacen vulnerables a las personas. Cada "Me gusta" que se ha situado en una página de un político, en una receta, en una silla mostrada en una tienda online. Cada búsqueda de ropa en Zara digital, cada hotel reservado, cada contenido sexual o curiosidad erótica. Todo es almacenado. Todo es vendido. Crean perfiles y potencian los aspectos más emocionales. Si saben que una persona del sur de Estados Unidos busca contenido del Ku Klux Klan, a partir de entonces le impactan con material sobre el supremacismo o las políticas de Trump contra los migrantes. Si descubren que un español teclea numerosos tuits sobre la supuesta imposición del feminismo en detrimento de los intereses de los hombres, le sitúan en sus muros digitales contenidos misóginos de Vox. Crean así mundos herméticos artificiales irreconciliables. Si algo te asusta, las redes sociales te ofrecen más miedo. A los pirómanos, les reparte cerillas.

Unas investigaciones periodísticas de The New York Times y The Observer después de unas filtraciones de ex-trabajadores desvelaron que la consultora Cambridge Analytica adquirió de forma indebida información de cincuenta millones de usuarios de la red social, con la que formuló estándares de comportamiento (en función de sus visitas o seguimientos) para venderlos después a campañas políti-

cas, que manipularon psicológicamente (respondiendo a preguntas o necesidades que ellos mantenían) por ejemplos en las elecciones presidenciales de los EE UU en 2016 o en el proceso del Brexit en Reino Unido. Facebook aceptó haber cometido errores. Con esa información se crearon mensajes que respondían a las necesidades de la población. Contestaban preguntas a medida. De hecho, formulaban preguntas y respuestas a medida. Sabían dónde debían expandir el odio contra los extranjeros, dónde debían cargar contra el establishment o dónde fortalecer los mensajes contra la izquierda.

A la publicidad personalizada la complementaron con la elaboración de miles de noticias falsas que se expandieron como la espuma. El debate electoral entre Trump y Clinton se centró, principalmente, en un mundo que no existía. La percepción que los votantes de los Estados Unidos de América cambió radicalmente. De forma artificial y por lo tanto sometiendo la libertad ciudadana.

Una polarización social de calado histórico y con un peligro intrínseco todavía por evaluar. Las mentiras acaban convirtiéndose en realidades. Las palabras en odio. La teoría en práctica. Un hombre convencido de que el incendio de Notre Dame fue obra de musulmanes intentó prender fuego a la mezquita de Bayona, en el País Vasco francés, y disparó a dos fieles. El agresor —Claude Sinké, un exmilitar de 84 años con problemas psíquicos y ex candidato a unas elecciones locales por el partido de extrema derecha Frente Nacional— aludió, para justificar el atentado, a una teoría de la conspiración que circuló en las horas y días posteriores del incendio accidental en la catedral de París. Ejemplos hay múltiples.

Un auténtico cambio cultural orquestado por compañías con un ansia de poder (y capital) ilimitado que, además, no asumen el control de los estamentos judiciales estatales, con una opacidad absoluta en sus métodos. Las emociones (alentadas con mayor facilidad en los extremos) incitan a la acción mucho más que el raciocinio. Polarizando a la sociedad consiguen más engagement, más interacciones y por tanto más beneficios. A Facebook, Google o Youtube les importa un pimiento quien gobierne. Sus dirigentes tendrán sus posicionamientos ideológicos pero no importan. Lo único relevante es que para obtener más réditos económicos necesitan enfrentar a la sociedad. Cabrearlos para hacerlos reaccionar. Y la solución pasa por la creación de globos artificiales en los que la retroalimentación consigue activar un proceso de afianzamiento que lleva a las posiciones más radicales del espectro ideológico. De ahí que la extrema derecha (que a dicho proceso ha unido ingentes cantidades de dinero y la complicidad del mundo conservador) ha visto en las redes sociales un auténtico filón.

La investigadora Zeynep Tufekci demostró que el algoritmo de Youtube que ofrece propuestas automáticas en función de los gustos mostrados por el usuario siempre lo acaba conduciendo hacia los extremos. Lo explicó a la perfección en un artículo titulado "YouTube, el gran radicalizador del siglo XXI" en el periódico The New York Times: "Intrigada, experimenté con temas no políticos. Emergió el mismo patrón básico. Los vídeos sobre el vegetarianismo llevaron a vídeos sobre el veganismo. Los vídeos sobre hacer trote condujeron a vídeos sobre correr ultramaratones. Parece que uno nunca es lo suficientemente "fanático" para el algorit-



mo de recomendaciones de YouTube. Promueve, recomienda y difunde vídeos en una manera que parece constantemente elevar la apuesta. Dados su alrededor de mil millones de usuarios, YouTube podría ser uno de los instrumentos de radicalización más potentes del siglo XXI". En el lodazal de la polarización, el mensaje de odio del fascismo mainstream chapotea feliz.

"Estamos aquí hoy para defender la libertad de expresión de uno de los mayores peligros", dijo Trump antes de firmar una orden para limitar la inmunidad de la que gozan las compañías de redes sociales por los contenidos que los usuarios comparten en sus plataformas. Defendió además que, de poder hacerlo legalmente, cerraría la plataforma. ¿Un secreto? No lo hará. Le debe buena parte de su éxito político. La campaña de Trump llevaba gastados (a seis meses de las elecciones de noviembre de 2020) 62 millones entre Facebook y Google. Ni siquiera ha empezado la carrera. Su competidor por el despacho oval, Biden, acumulaba 22 millones.

La gente piensa que leer el muro de Facebook es conocer el mundo. Y nada más lejos de la realidad. Responde a estrategias de marketing, también político, para explotar las emociones con el único objetivo de aumentar el flujo de interacción y, con ello, los beneficios. La extrema derecha lo ha complementado con la creación de millones de perfiles falsos, que rebotan mensajes, convirtiendo su mensaje de confrontación en viral para que los medios de comunicación tradicionales caigan inocentemente en el juego (en parte porque sus redacciones tiemblan con cada vez menos y más inexpertos efectivos) y conviertan la mentira en verdad a través de sus páginas o telediaros.

Facebook aceptó tener 2.500 millones de usuarios activos mensuales, pero casi 400 millones de las cuentas son falsas. A finales del tercer trimestre del 2017, Twitter declaraba 330 millones de usuarios y –según los cálculos de su director ejecutivo, Jack Dorsey– había 16,5 millones de bots, aunque ese mismo año un estudio de las universidades de Carolina del Sur e Indiana estimaba que la cifra de perfiles controlados de forma automática estaba entre los 30 y los 48 millones.

La situación no ha hecho más que empeorar. Los bots acechan y acosan al adversario. Alentados por miles de supuestos aliados, los usuarios movilizados se empoderan en la potenciación de un determinado mensaje e inician una campaña de ataque que lleva a la más profunda de las agresiones verbales para, en ocasiones, dar el salto a la vida real y acabar en violencia física. La avasalladora presencia de bots desmovilizan a cualquier persona que tenga un mínimo de vida compleja más allá de las redes sociales digitales, dada la imposibilidad de hacer frente en la contestación. Mensajes que en la calle son minoritarios e incluso reprobados por la mayoría de la población, en el mundo digital consiguen consensos gracias a manifestaciones masivas a las que asisten robots que, aunque no votan en las elecciones, sí pueden provocar que otros, pensándose miembros de una comunidad autorizada, elijan determinada opción política. "En España se descubrió una red coordinada de cuentas de Twitter que utilizaba una mezcla de bots y cuentas falsas para impulsar etiquetas anti-islam y amplificar apoyo al partido populista de derechas VOX", indicó el comisario europeo de Unión por la Seguridad, Julian King, en una rueda de pren-

sa para informar sobre el impacto de la desinformación en los comicios europeos de 2019.

Bruselas aseguró que recibió información "de que más de 600 grupos y páginas de Facebook que operan en Francia, Alemania, Italia, el Reino Unido, Polonia y España han difundido la desinformación y discursos de odio o han usado perfiles falsos para aumentar artificialmente el contenido de las partes o sitios que apoyan. Estas páginas generaron 763 millones de visitas. Los informes de investigadores, verificadores y personas de la sociedad civil también identificaron casos de intentos de manipular el comportamiento de voto a gran escala en al menos nueve Estados miembros".

Los medios de comunicación ya no cuentan con un red de corresponsables, que han desaparecido en los enclaves internacionales puntuales en los que se está viviendo la noticia y también en los municipios, desde los que aparecían informaciones únicas, con visiones certeras que contaban con la voz del pueblo. Ahora la información se realiza desde las redacciones con la utilización de teletipos en el primer caso y de notas de prensa que envían los ayuntamientos en el segundo. Se pierde el matiz. Se dinamita la objetividad basada en datos. Y se gana en equidistancia, una de las características de los teletipos.

Ante el retroceso de un tipo de periodismo, cada vez cuentan con más relevancia los muros de las redes sociales como entes informativos. Un estudio del Pew Center mostró que la población norteamericana se informó mayoritariamente a través de la Fox News en las elecciones que convirtieron a Donald Trump en presidente. Después le siguió la CNN, mientras que Facebook se convirtió en la principal fuente de información para un 8 % de la población, es decir, más casi veinte millones de personas que recibieron sólo los impactos que el algoritmo de la red social (ya hemos visto a través de que procedimientos) decidía.

La ciudadanía en general todavía no ha interiorizado suficientemente que en Internet nada es gratis y que el tiempo invertido y los datos regalados tienen un alto valor. El fascismo mainstream se ha expandido entre una población que no es nativa en el mundo digital y que padece para formar parte de una transformación que siempre les supera y en la que siempre encuentran "productos" más atractivos, aumentando su incertidumbre y su malestar como miembros de una sociedad de una exigencia y competitividad atroz.

A través de la ciberdemocracia, la arena política se abre a la opinión individual y se asimilan las visiones bajo la defensa de la libertad de expresión, dejando sin valor el conocimiento previo y la búsqueda de la objetividad. Los vínculos asociativos construyen identidades colectivas bajo el leitmotiv de las emociones efímeras e inmediatas. El fascismo mainstream, con sus mensajes directos y sus acusaciones simplistas, logra un gran eco. Y de Facebook, a las urnas.



La guerra sucia de los trolls fachitas

LAS INTEGRANTES DE PROYECTO UNA ANALIZAN CÓMO CONTRARRESTAR LOS DISCURSOS DE ODO DE LOS TROLLS NEOFASCISTAS EN LAS REDES SOCIALES.

.....
PROYECTO UNA

redaccion@lamarea.com
.....

Durante el confinamiento hemos presenciado cómo la derecha conseguía, día sí y día también, marcar tendencia en las redes sociales. En momentos en los que el único contacto con el mundo exterior de gran parte de la población era a través de Internet, el fenómeno acaparaba la atención de medios y opinólogos, así como de antifascistas.

Conseguir que se hablara durante semanas sobre si la manifestación del 8 de marzo había sido un foco de contagio, o sobre las peticiones exacerbadas de ver cadáveres, son logros de la caverna a tener en cuenta. En un momento excepcional en el que la fina máscara del capitalismo sonriente hacía aguas, consiguieron que el debate central no fuera sobre lo esencial del trabajo reproductivo, ni siquiera sobre el desmantelamiento que ha sufrido la sanidad pública en los últimos años.

Gran parte de lo que la derecha actual lleva a cabo en las redes sociales está organizado previamente, pero su mayor fuerza es la de aparentar que no es así. Los grupos de Whatsapp o Telegram son lugares importantísimos para la propaganda del neofascismo, pero no sólo eso. Es también en estos canales donde se coordinan ataques y trending topics. Analistas de datos, como @SoyMmadrigal, consiguieron predecir casi inmediatamente a qué hora sacarían hashtags en Twitter e, incluso, qué organizaciones estaban financiando o promoviendo la agenda de la ultraderecha –gran parte de ellas, ligadas a think tanks y asociaciones ultracatólicas–.

Se sabe que troleos masivos, fake news y campañas de acoso llevan años coordinándose en páginas como 4Chan o Gab. 4Chan es un foro famoso por haber alojado absolutamente de todo gracias al anonimato de sus usuarios, lo efímero de sus posts y su permisividad a la hora de hablar de cualquier cosa. Lo más parecido que tenemos en castellano

es Forocoches. Ambos son portales que, en principio, no presentan afiliación política alguna. El primero se creó para para compartir manga y anime, el otro para hablar de coches. Pero, a lo largo de los años, han canalizado una rabia y un descontento muy concretos, que apelan directamente a la ‘incorrección política’ o la ironía como defensa argumental para poder extender el discurso del odio. El último movimiento coordinado desde 4Chan ha sido una supuesta operación para atacar a gente del colectivo LGTBI+ durante el mes del orgullo, denominada «pridefall», que en principio quedó en una mera amenaza.

Gab, por su parte, es una copia de Twitter que nació cuando gran parte de la ultraderecha estadounidense fue expulsada de la plataforma comercial. Bajo la falsa bandera de la libertad de expresión, en Gab se han coordinado troleos virtuales y hasta se han anunciado ataques terroristas neonazis. Aunque muchas empresas se han negado a darles financiación o a alojar su dominio, Gab se mantiene en pie. Su alcance es, en principio, escaso, aunque últimamente seguidores de Trump o de Vox han ido incrementando su presencia en este portal. Y sí, hay que desmonetizar y expulsar a quienes promueven el fascismo de las plataformas mainstream. Relegarlos a otras de menor impacto como Gab les daña. Pero debemos mantenernos atentas. Sin ir más lejos, Milo Yiannopoulos, líder de la alt-right inglesa, se ha declarado en bancarrota desde que se barrieron sus perfiles de Facebook y Twitter y se vio forzado a emplear redes de menor influencia.

La estrategia definitiva de la ultraderecha hoy día es la forma en la que funcionan los trolls. A través del juego y la provocación han encontrado el filón para introducir su ideología en las redes sociales más populares. Aprovechan el algoritmo de dos formas: en las redes sociales que fomentan la interacción (como Twitter o Facebook) lanzan mensajes exager-





ados y descarnadamente camorristas, esperando provocar la indignación y así ganar visibilidad. En plataformas como Youtube, la táctica consiste en tener presencia en los contenidos más virales, consiguiendo tener impacto en el algoritmo de modo que este sugiera contenido abiertamente supremacista blanco o misógino. De esta forma, vídeos sobre videojuegos o bromas telefónicas, dirigidos especialmente a un público adolescente, se convierten en una pasarela hacia propaganda fascista.

Mientras no tratemos a nuestra juventud como personas con capacidad crítica y les brindemos las herramientas para decidir conscientemente qué lugar quieren ocupar en el mundo, estos mecanismos seguirán sumando adeptos a las filas de la ultraderecha. Hay que enseñar memoria histórica a la vez que dotamos de conocimiento sobre cómo funciona la propaganda fascista y cómo se aprovecha de la incertidumbre adolescente.

Es cierto que en los últimos años ha habido una retirada de máscaras de ciertas tendencias nostálgicas que inocentemente podíamos creer más erradicadas, pero hay que ubicar cada fenómeno en el sitio que le corresponde. Parte de la estrategia de las nuevas formas del odio, igual que la del maltratador, consiste en hacernos sentir aislados hasta llevarnos a dudar de nuestra posición real y de nuestra capacidad de cambio. Lo hacen inundando las redes con un determinado discurso, acosando y difamando, haciéndonos creer que so-

mos una minoría, que estamos locas y solas. El comportamiento de los trolls se asemeja mucho al machista que hace luz de gas, al tipo que grita más que el resto en las reuniones, a los que ocupan el espacio y el diálogo y se niegan a escuchar y empatizar. Como escribe la historiadora Rebecca Solnit, «se les dice a las mujeres que no son testigos confiables de sus propias vidas, que la verdad no es su propiedad, ni lo será nunca».

Las hordas de machitrolls nos amenazan en todos los espacios (digitales y analógicos) hasta volverlos inseguros y hostiles. Nuestra propuesta es precisamente identificar este comportamiento y denunciarlo. La estrategia a seguir es la que proponen desde @nolesdescasito: detectarlos pero no interactuar con ellos, negarles poder o relevancia. Pero hemos de llegar más lejos: hacernos fuertes entre nosotras, apoyar a quien sufre acoso online, reforzar y promover las cosas y proyectos que nos gustan. Mantener y promover nuestra propia agenda feminista, anticapitalista y antirracista. Y, sobre todo, nunca ir a remolque de sus provocaciones de niño ofendido.

Es importante conocer al enemigo y no bajar la guardia. Necesitamos un antifascismo acorde a los tiempos que vivimos. Hay que seguir estando en la calle, pero hay que tomarse en serio el espacio virtual, que es un campo de batalla tan real como la escuela, la sanidad o el trabajo.



K-Pop o 'This meme kills fascists'

“EL K-POP PUEDE HABER INICIADO UNA REVOLUCIÓN MUSICAL, PERO TAMBIÉN SOCIAL, EN LA LUCHA CONTRA EL FANATISMO Y LA IMPUNIDAD EN LAS REDES”, OPINA EL AUTOR, QUIEN ESTABLECE UN PARALELISMO ENTRE EL ‘THIS MACHINE KILLS FASCISTS’ QUE LUCÍA EN SU GUITARRA WOODY GUTHRIE Y UN POSIBLE ‘THIS MEME KILLS FASCISTS’.



JAVIER DURÁN

redaccion@lamarea.com

Una vez que el terraceo ha acabado con el cacero-leo, nos adentramos en una nueva fase de la escalada ultra. El ruido de las cacerolas se traslada a recintos con más capacidad: el Congreso, los juzgados, las redes sociales, los medios de comunicación, incluso a algunos ministerios y cuarteles de la Guardia Civil. En este contexto, el famoso lema de sus fachadas, “Todo por la patria”, cobra un nuevo sentido, mucho más maquiavélico.

Pero mientras el ministro Marlaska hace un Marie Kondo en Interior, en el exterior de nuestro país, concretamente en EEUU, al coronavirus se le añade la pandemia del racismo y la discriminación, como definió el abogado de la familia de George Floyd la muerte del afroamericano asfixiado mientras era reducido salvajemente por un policía blanco.

La ola de protestas se ha convertido en un tsunami que le ha dado la vuelta al eslogan “The orange is the new black” por uno más acorde al problema racial en Estados Unidos: “The black is the new orange”.

Un meme de Abascal con el 'hahstag'
#FachaQueVeoFachaQueFancameo.

El movimiento ciudadano y antifascista Black Lives Matter es muy probable que termine de rematar las pocas posibilidades de Trump para su reelección.

Y por si le faltaba algún giro loco de guion a este 2020, que parece escrito por J.J. Abrams y Damon Lindelof, creadores de Perdidos, aparece en escena el K-Pop, el pop coreano.

Su presentación en sociedad fue gracias a la Policía de Dallas, "contigo empezó todo", que creó una aplicación, iWatch Dallas, una especie de Gran Hermano Chivato, para fomentar el envío de videos de actividades "ilegales" de las protestas. Los fans del K-Pop hicieron la aplicación inservible desbordándola a base de memes, coreografías y canciones de sus ídolos.

Su siguiente gran éxito fue boicotear por el mismo método el hashtag con tufo racista #WhiteLivesMatter, un recordatorio "imprescindible" de que las vidas blancas importan, a la altura de la necesidad de crear un día del orgullo heterosexual, con Girauta de pregonero.

Para los que recibimos habitualmente la respuesta en redes "Ok Boomer" vamos a hacer un repaso rápido de qué es esto del K-Pop:

Es una amalgama de géneros musicales, desde el hip hop a la música dance o el pop, adaptados de Occidente, que se han convertido en la música popular de Corea del Sur. Sus fans, los kpopers, son un fenómeno social y muy activos en redes sociales, que inundan de videos y memes de sus cantantes favoritos.

La primera vez que entras en Twitter y ves cuentas y hashtags ultraderechistas repletos de coreografías locas, memes y videoclips de artistas coreanos, en medio de tanta bilis de los autodenominados "campeones de 1939", te provoca un fenómeno similar a ver por primera vez la serie Twin Peaks, de David Lynch o un monólogo de Ignatius: esa maravillosa sensación de "no entiendo nada, pero me encanta. Necesito más".

Las coreografías de coreanos bailando sobre la tumba de Franco o la cara de Abascal maquillado como una drag queen, acompañadas de hashtags con nombres de fantasía como #AbascalPrincesa o #FachaQueVeoFachaQueFancameo están llenando las cuentas y bots ultras de una nueva narrativa antifascista, que ninguno podríamos haber imaginado.

La famosa frase "This machine kills fascists", que el activista y cantante folk Woody Guthrie tenía en su guitarra, podría adaptarse a esta nueva forma de activismo viral por: "This meme kills fascists".

Si Elvis fue el detonante de una revolución musical y cultural con su movimiento de caderas y el rock and roll, el K-Pop puede haber iniciado una revolución musical, pero también social, en la lucha contra el fanatismo y la impunidad en las redes, con una premisa clara, divertida y que funciona: inundar de música el ruido ultra.

Un poder de convocatoria y de movilización brutal en redes –contra el racismo y la intolerancia– y un sentido del humor surrealista y subversivo están consiguiendo que estos adolescentes estén dando una lección a activistas, medios



de comunicación y analistas políticos, que no encontraban la clave para desmontar el crecimiento del odio en las redes.

Quizás estamos asistiendo al nacimiento de un nuevo activismo en redes, que pasa por desmontar las fake news y la falta de argumentos, con la falta de complejos de un movimiento que ha sido capaz de unir a ritmo de meme y videoclip, la paradoja de la tolerancia de Popper –para mantener una sociedad tolerante tenemos que ser intolerantes con la intolerancia–, con la premisa genial de la anarquista feminista Emma Goldman: "Si no se puede bailar, no es mi revolución".

Una advertencia final: es altamente adictivo. "Cuando haces K-Pop, ya no hay stop".



Moussa Bourekba:

<<La extrema derecha violenta y el yihadismo comparten una misma cosmovisión>>

MOUSSA BOUREKBA, INVESTIGADOR EXPERTO EN PROCESOS DE RADICALIZACIÓN, EXTREMISMO VIOLENTO EN EUROPA Y EN EL NORTE DE ÁFRICA, ASÍ COMO EN ISLAM EN LOS PAÍSES OCCIDENTALES, ANALIZA EN ESTA ENTREVISTA LA RELACIÓN SIMBIÓTICA ENTRE LA EXTREMA DERECHA Y EL YIHADISMO.

PATRICIA SIMÓN

redaccion@lamarea.com

Hace apenas cuatro meses, antes de que la pandemia y sus consecuencias lo ocupasen y englobasen todo, ya vivíamos uno de los momentos históricos más convulsos y violentos: decenas de países aplacaban sin contemplaciones revueltas de su ciudadanía descontenta, los efectos de la crisis climática se hacían acuciantes, el auge de la extrema derecha se materializaba en cada vez gobiernos y parlamentos más autoritarios y el terrorismo yihadista seguía expandiéndose.

Paradójicamente, la extrema derecha y el yihadismo se presentan y, a menudo así son descritos en los medios de comunicación, como fenómenos contrarios. Los partidos y líderes neofascistas se promocionan como antítesis y antídoto del fundamentalismo islamista, cuando son las manifestaciones más evidentes de la ola involucionista que vive el mundo. Ambas propuestas comparten lecturas reaccionarias de las religiones en las que se sustentan, se alimentan del descontento popular, de la incertidumbre dominante en nuestro tiempo, de la precariedad, de una melancolía por un supuesto pasado heroico al que habría que volver... Y, sobre todo, son dos fenómenos que se retroalimentan: cuanto más crece uno, más lo hace el otro, aumentando la polarización de nuestras sociedades.

Sobre esta íntima relación entre la extrema derecha y el yihadismo conversamos con Moussa Bourekba, investigador francés del think tank CIDOB (Centro de Asuntos Internacionales de Barcelona) y profesor asociado de la Universidad Ramon Llull, de la misma ciudad. Experto en los procesos de radicalización, en el extremismo violento en Europa y en el Norte de África, así como en Islam en los países occidentales, es una de las voces más autorizadas para desentrañar este interesante binomio.

¿Por qué la opinión pública generalista sigue percibiendo la extrema derecha y el yihadismo como fenómenos contrarios cuando son fenómenos simbióticos que responden a la misma lógica involucionista?

Porque la lectura que se hace es como si de una guerra se tratase. La extrema derecha violenta sostiene, según una lectura huntingtoniana del mundo [la que dio lugar a la teoría del Choque de Civilizaciones], que Occidente está en guerra contra el Islam. Los yihadistas responden que, efectivamente, Occidente ha declarado la guerra a esta religión y que toca defenderse. Y ambos coinciden en presentar ambos bloques como homogéneos.

En 2015 tienen lugar los atentados de Charlie Hebdo, el 7 de enero, y de París, el 13 de noviembre. Para entonces, la sociedad francesa ya estaba muy polarizada y una parte de la extrema derecha no violenta, que se identifica con Marine Le





Mousa Bourekba (CIDOB).

Pen, explicó estos atentados como la prueba definitiva de la naturaleza violenta del Islam y de su proyecto de conquista e islamización de Occidente. Por su parte, el yihadismo defiende la idea de que Occidente declaró la guerra a los musulmanes a través de la injerencia en Libia, Irak, Palestina, Afganistán y, como la extrema derecha, sostiene que musulmanes y occidentales no pueden convivir.

La extrema derecha violenta considera que el pueblo blanco constituye una entidad homogénea en vía de extinción, por lo que toca salvaguardarla. Y los yihadistas que un musulmán no puede vivir en una tierra donde no rige la ley islámica. Al final, la extrema derecha violenta y el yihadismo comparten una misma cosmovisión en la que oponen dos bloques monolíticos.

Ha hablado de la extrema derecha no violenta, pero la violenta ya comete más atentados en el mundo que el yihadismo, aunque su número de víctimas sigue siendo menor. ¿Qué métodos comparten estos dos movimientos terroristas?

Hay un aumento espectacular de atentados de la extrema derecha desde 2015, precisamente cuando la organización Estado Islámico lanzó su campaña internacional de atentados. Hay una similitud sorprendente en las técnicas de propaganda que utilizan ambos para el reclutamiento. Al igual que las organizaciones yihadistas, la extrema derecha violenta también recluta por las redes sociales, así como en foros y plataformas de videojuegos.

También comparten códigos de comunicación: apología de la violencia, convertir en héroes a los que se ‘sacrifican’ para cometer atentados... Incluso hemos visto materiales de la extrema derecha violenta que muestran a yihadistas, por ejemplo, para aprender a elaborar TATP, la sustancia que iban a utilizar los terroristas de Ripoll y Barcelona. O declaraciones en las que dicen seguir como ejemplo a los yihadistas porque comunican y reclutan bien, porque no tienen miedo a la muerte y porque hay un tema de masculinidad tremendo: entienden que castigan como ha de castigarse a las mujeres, que las devuelven a su sitio natural, a los roles tradicionales y nada de feminazis ni igualdad de género...

Ahora estoy investigando si el escenario ucraniano será para la extrema derecha violenta lo que fue y sigue siendo Afganistán o Siria para los yihadistas. Es decir, un escenario de guerra en el que tenemos a los llamados combatientes extranjeros: en este caso, muchos neonazis de países europeos que se han unido a la lucha en Ucrania, lo que significa que saben manejar armamento, producir explosivos...

Y también estamos viendo una transnacionalización de los grupos de extrema derecha, cuando tradicionalmente eran muy nacionales. El ejemplo es el atentado de marzo de 2019 en Nueva Zelanda, en el que un señor de Australia atentó en nombre de un manifiesto inspirado por un escritor francés. Ya no podemos entender la extrema derecha violenta en términos nacionales.

¿Qué semejanzas encuentra en el uso que hacen estos grupos de las redes sociales?

Es preocupante porque estamos viendo con la extrema derecha violenta lo que ocurría con el yihadismo hasta 2015-2016, momento en el que las plataformas de redes sociales y los proveedores de Internet empezaron a preocuparse por la divulgación de su propaganda. Es decir, en la actualidad, la extrema derecha está siguiendo las lógicas algorítmicas por las que te puedes radicalizar mirando vídeos de Youtube. Si pones en su buscador “La gran sustitución” [la teoría del escritor ultraderechista Renaud Camus] es muy probable que en cinco vídeos estés viendo llamadas a masacrar a los no blancos.

Luego están sus propios códigos, por ejemplo, los memes de The Frog: recurrir al humor para reclutar a gente. Y también el reclutamiento presencial, en protestas como las que se están dando ahora del movimiento White Lives Matter como repulsa al de Black Lives Matter, o las manifestaciones contra los refugiados... Una táctica que no puede darse en el caso del yihadismo porque no hay manifestaciones a favor de Bin Laden convocadas con el consentimiento de las autoridades.

¿Y el yihadismo está copiando algo de la extrema derecha violenta?

No lo sé, pero es cierto que, aunque la extrema derecha violenta es más antigua, en términos de experiencia sobre el terreno, de lucha de guerrilla, de sobrevivir en condiciones duras, tiene que aprenderlo todo del yihadismo. De hecho, en muchos foros online donde se juntan neonazis encuentras documentos del yihadismo, como el de referencia Gestión del salvajismo, en el que se da pautas de cómo intervenir en lugares



donde el Estado está ausente o por qué usar las decapitaciones. Es fascinante ver a gente de extrema derecha decir que hay que inspirarse en esa gente a la que detestan y odian profundamente.

Si bien es cierto que la extrema derecha violenta no tiene tanta experiencia militar, es cierto que en los últimos años ha aumentado mucho su presencia en las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad de Francia, de Alemania, y parece que ahora también en España. Esto significa que tenemos a gente con formación militar y policial que, llegado el caso, podrían organizarse en grupos paramilitares de extrema derecha. ¿Cómo ha sido este fenómeno en Francia?

Es difícil de cuantificar, pero hay encuestas y sondeos que reflejaban que más de la mitad de los policías franceses votan por la extrema derecha. Es habitual que se dismantelen grupos en Facebook de agentes que llaman a masacrar a los árabes. En Estados Unidos hemos visto que soldados, a su retorno de Irak o Afganistán, se unían a grupos de extrema derecha violenta, y ahora lo estamos viendo en Francia.

El año pasado se dismanteló una célula terrorista con veteranos militares y policías que planeaban atacar en Francia. Y en Alemania parte de la extrema derecha violenta creó una lista de personalidades públicas que matar para la que fue necesaria la colaboración de policías. Es un fenómeno muy preocupante porque son personas familiarizadas con técnicas de combate o incluso que han podido estar destinados en escenarios bélicos. Frente a la preocupación que hay por los combatientes extranjeros que retornan de Irak o Siria, no hay una atención equivalente a cómo miembros de nuestras Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado pueden estar amenazando nuestra seguridad.

De hecho, Francia lleva desde 2015 combatiendo el yihadismo en el Sahel con la operación Barkhane. ¿Se está atendiendo a qué pasa con estos soldados cuando vuelven? ¿Si pueden haberse radicalizado y unirse a grupos de extrema derecha violenta?

No es un tema que se está abordando. Pero es más. Hay combatientes franceses que se unieron a los kurdos en el conflicto sirio, que han retornado y que no han tenido que pasar un examen psicológico, ni han sido juzgados ni han tenido que dar explicaciones. Recuerdo el caso de un joven que contó ante las cámaras en prime time que había sido francotirador durante dos años con los kurdos, que echaba de menos su arma porque era adictivo lo que hacía... Y no parece que se hayan tomado medidas para juzgarlo o encarcelarlo.



Soldados franceses de la misión Barkhane registrando una casa tuareg en la región de Gourma, Mali (REUTERS/BENOITTESSIER)

Hemos hablado sobre los factores que tienen en común ambos fenómenos. En el caso de sus públicos objetivos, de los colectivos que reclutar, ¿tienen algo en común también?

Estoy muy de acuerdo con el profesor de Psicología José María Rodríguez cuando sostiene que "hay tres tipos de mentiras: las grandes, las pequeñas y los perfiles de radicalizados".

En el caso de la extrema derecha violenta no tengo conocimiento de estudios que demuestren que existe un perfil de radicalizado de extrema derecha. Se trata, en general, de hombres jóvenes, blancos, que enganchan con la narrativa de que el pueblo blanco está amenazado por la extinción, por las olas migratorias, por la presencia musulmana y por los atentados terroristas.

En el caso del yihadismo, en Francia hubo un estudio en el que se analizaba el perfil de 137 personas que se fueron a combatir a Siria e Irak. Revelaba que no se diferencian mucho del perfil de los detenidos por delincuencia o crimen en Francia: pobres, que proceden de suburbios, cuyas familias son de origen magrebí, que han vivido con un sentimiento de humillación y frustración...

¿Qué políticas está desarrollando el Gobierno francés para frenar ambos fenómenos?

En cuanto a los yihadistas, desde 2014 se han adoptado cuatro planes de lucha antiterrorista, que han pasado de un paradigma centrado en las medidas represivas a otro más preventivo que consiste en: actuar antes de que la amenaza aparezca.

El problema es que el Estado francés tiene un carácter extremadamente centralizado, cuando sabemos que este tipo de políticas son mucho más eficaces si se desarrollan a es-



cala local. En cuanto a la amenaza de la extrema derecha, ni Francia ni la mayoría de los países europeos están dándole la prioridad política y securitaria que merece.

En 2016, le preguntaron a Patrick Calvar, número uno de la Dirección General de la Seguridad Interior (el CNI francés) por la mayor amenaza a la que se enfrentaba Francia. No contestó el yihadismo, sino el peligro de que estallase una guerra civil por la retroalimentación constante entre el yihadismo y la extrema derecha violenta. Advirtió de la expansión de la esta última en un país donde hay campamentos de verano en los que te puedes formar militarmente. Las autoridades son conscientes de esto, pero es como si estuviésemos ciegos ante algo tan gordo.

Cuando la extrema derecha violenta comete atentados en Francia, Reino Unido o Canadá, se habla de desequilibrados, de locura transitoria y problemas psiquiátricos. El año pasado, un hombre intentó incendiar la mezquita de Bayona para matar a quienes estaban en su interior y disparó a dos personas. Lo trataron como un desequilibrado y no hubo reacción gubernamental. El verano pasado, un imam muy famoso y seguido en Francia fue acribillado con cuatro disparos ante su mezquita y tampoco hubo respuesta oficial. Esto sería impensable si hubiese sido un rabino o un cura.

Me preocupa que se suela politizar la violencia, a veces apolítica, de algunos individuos porque son musulmanes, mientras se despolitiza otros actos de violencia claramente política cometida por individuos blancos. Es un problema ante el que hay que reflexionar.

Ambos fenómenos también comparten en su origen un conflicto con el concepto de la libertad. En el caso de la extrema derecha, se aprovecha de que la libertad, como pilar fundamental de nuestras sociedades, ha desembocado en parte de la población en la incertidumbre de no saber qué significa realmente frente a una especie de dictadura de los mercados y de la precariedad. Un contexto que ha desembocado en una tendencia a la frustración por no cubrir las expectativas de unas vidas en las que se nos vendía que todo lo que deseáramos era posible. En el caso del yihadismo, la libertad se plantea como un concepto occidental que degenera las sociedades. Y al mismo tiempo, que en los países europeos la libertad está restringida a los blancos, mientras los musulmanes son oprimidos económica, social y religiosamente. ¿Cómo podría revertirse esas lecturas conflictivas de la libertad?

<<LA EXTREMA DERECHA HA CONSEGUIDO QUE PUEDES TENER UN DISCURSO, ACEPTABLE PARA LA LEY, RACISTA Y LLENO DE ODIO PORQUE HA TRASLADADO EL CONFLICTO DEL ELLOS VERSUS NOSOTROS AL TERRENO DE LOS VALORES>>

Es una pregunta eminentemente filosófica. El uso de la libertad es bastante distinto según el tipo de extremismo violento. En el de la extrema derecha violenta y no violenta, me preocupa que nos hayamos acogido al pretexto de la libertad de pensamiento y del pluralismo para mover las fronteras de lo aceptable. Es decir, hace diez o veinte años no creo que fuese aceptable tener un discurso supremacista blanco. Es preocupante que ahora lo sea. El proceso de presentar esta deriva ideológica como aceptable ha sido sencillo en Europa. Aquí cada vez se habla menos de inmigrantes bengalíes, pakistaníes, turcos o argelinos, y más de musulmanes. La extrema derecha se acogió a esta excusa de la libertad para decir "nosotros no somos racistas porque no tenemos problema con su origen o color de piel, sino que su religión y sus valores son incompatibles con los nuestros". Así, la extrema derecha ha conseguido que puedas tener un discurso, aceptable para la ley, racista y lleno de odio porque ha trasladado el conflicto del ellos versus nosotros al terreno de los valores.

La mejor demostración de este giro del discurso islamóforo es que la inmensa mayoría de las víctimas son las mujeres, porque llevan el velo y, por tanto, son más visibles, porque el velo 'constituye una separación entre hombres y mujeres'... La extrema derecha violenta defiende que hay que luchar contra lo políticamente correcto y el 'buen pensamiento' que, según ellos, es la fachada más visible de una conspiración de los gobiernos y las élites corruptas que nos están escondiendo la verdad. Cosas como que en las hospitales materno-infantiles nacen diez musulmanes frente a un blanco.

En el caso del yihadismo, el concepto de libertad es muy interesante porque por una parte sostiene que es occidental, pero, por otro, que la libertad no es eso, sino que se recupera cuando te sometes a su ideología. Durante años hemos pensado que las mujeres que se fueron a Siria e Irak eran víctimas de esta ideología, una lectura profundamente machista porque se basa en que las mujeres no tienen autonomía intelectual. Sin embargo, hemos visto que algunas de ellas aprueban completamente una separación estricta entre hombres y mujeres, de tareas asignadas según el género, y que rechazan el modelo occidental de igualdad. Los recientes estudios sobre las motivaciones de esta mujeres revelan que fueron seducidas por un discurso que denuncia la falsa libertad occidental y que organizaciones como Estado Islámico les ofrecen una verdadera emancipación, concebida como el retorno a los roles tradicionales de hombres y mujeres.

Para revertir esta lectura de la libertad, en el caso de la extrema derecha tenemos que pensar en los límites de lo aceptable. ¿A qué nos da derecho la libertad? Dos de las personas que figuran en el manifiesto al que se acogió Brenton Tarrant, el autor de la matanza de Nueva Zelanda, Eric Zemmour y Renaud Camus, están diariamente en los medios de comunicación franceses. Esta gente que promociona una dicotomía entre el ellos versus nosotros, que denuncian la llamada gran sustitución, ¿hasta qué punto se les puede dejar seguir sembrando la semilla del odio?



En el caso de la organización Estado Islámico, para revertir este concepto de libertad hay que enseñar lo que hacen en el día a día. Y ahí te metes en un campo, muy extenso y aún verde, que es el de las contranarrativas y narrativas alternativas. Es decir, dentro del mito del Estado Islámico ¿qué hay realmente? Así encontrarán cosas que les lleven a plantearse su concepción de libertad.

¿Cree que es posible la desradicalización?

Me cuesta pensar que tengamos la solución para hacer cambiar unas profundas convicciones ideológicas de una persona que cree en la extrema derecha violenta o en el yihadismo. La inmensa mayoría de las experiencias que se presentan como exitosas no cuentan con evidencias científicas. La radicalización engloba dos conceptos: adoptar una ideología radical y actuar de forma violenta. Una cosa es que alguien pueda pensar que el Califato es la mejor forma de vivir y que lo que hace Estado Islámico en Irak es legítimo. Otra es que se vaya allí a luchar o que haga promoción de esas ideas. Creo que tenemos más posibilidades de hacer que renuncien al uso de la violencia que de desradicalizarlos.

En Alemania existe la política de llevar exneonazis a las escuelas y a las cárceles para hablar con grupos ya radicalizados. Y se ve que funciona. En Dinamarca, muchos daneses se fueron de la ciudad de Aarhus a combatir en Siria o Irak. Algunos de ellos volvieron traumatizados porque vieron que los yihadistas eran violentos, racistas, porque no defendían a sus hermanos sirios de los ataques de Assad... Volvieron y lo que las autoridades les dijeron fue que tenían derecho a soñar con el Califato, a considerar que la sharia es el mejor modo de gobernanza, pero que estaban en Dinamarca y que allí no podían emplear la violencia. Desarrollaron programas de acompañamiento psicológico, económico y social para reinsertarles en la sociedad.

Creo que se puede conseguir desactivar las ganas de pasar al acto violento, pero no una ideología profundamente anclada en la mente de un individuo.

En una entrevista que le hice a José Luis Gordillo, profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de Barcelona, cuestionaba que hubiera formaciones dirigidas a prevenir la radicalización porque “¿cómo previenes la radicalización sin controlar la ideología de la gente?”. Considera que son propuestas liberticidas. ¿Qué opina usted?

En los cursos en los que yo participo lo que intento es que se entienda la ideología, que no es un factor determinante para la radicalización, pero que sirve para entender el fenómeno. También es fundamental distinguir la radicalización cognitiva, el hecho de adoptar ideas radicales, de la radicalización conductual, es decir adoptar un comportamiento violento. La ley condena sólo el segundo tipo de radicalización, y esto

<<EXISTE UN VERDADERO NEGOCIO DE LA RADICALIZACIÓN>>

es clave para evitar lo que llamas “propuestas liberticidas”. Primero hay que entender por qué la gente se radicaliza: la ideología sólo es uno de los posibles motivos. En segundo lugar, hay que recordar que la adopción de ideas radicales no lleva automáticamente a la adopción de un comportamiento violento. Ha habido una explosión de cursos sobre la radicalización en la que no siempre intervienen expertos con las titulaciones adecuadas. A veces, llegan al extremo de dar a entender que la radicalización nace de una práctica demasiado intensa del Islam. Dan una serie de indicadores, supuestamente para detectar la radicalización, que no se sustentan en ningún tipo de evidencia científica.

Como el protocolo catalán contra la radicalización que establecía como un indicio que un niño dejase de beber Coca-Cola...

Exacto. O que deje de ir a clase el viernes para rezar, o que las mujeres se tapen un poco más que antes, o que dejen de ir al cine o de escuchar música. Existe un verdadero negocio de la radicalización, del que se aprovechan decenas de consultorías y asociaciones y hay que ser consciente de esta realidad. En realidad lo que buscan es detectar la radicalización y no prevenirla, como las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, que lo que querrían sería un kit en el que se les dijese A más B igual a radical.

Pero se trata de un proceso fundamentalmente íntimo, que pasa en la mente de una persona y que no sigue un patrón inamovible de explicaciones.

Para prevenir la radicalización tenemos que conocer las ideologías para entender por qué atraen a gente de tan distintos perfiles. La cuestión no es saber cuánto conocía del Corán tal terrorista de Ripoll, sino por qué el discurso de que los españoles son unos infieles que hay que matar ha tenido resonancia en esta persona. Si ha sido solo fruto de la manipulación del imán, o porque vive en un contexto social que le lleva a creer que hay una guerra global, en la que tiene que defender a los hermanos sirios, a los que no conoce y cuya lengua no habla, de sus vecinos, a los que sí conoce.

Es un proceso tan complejo que merece más la pena explicar a la gente que trabaja en el terreno y a los políticos lo que no es radicalización antes de cómo prevenirla. Con eso estaría un 80% del trabajo hecho.

Ha explicado que la mayoría de las personas que sufren ataques islamófobos son mujeres, entre otras cuestiones porque son más visibles por el velo. Siendo francés, ¿qué opinión tiene sobre el debate entre laicismo, el velo u otros símbolos religiosos como la cruz cristiana o el velo de las monjas?

La laïcité, es decir, el respeto por la ley es lo que los musulmanes quieren. Los que no están contentos son los que quieren cambiar la ley, que no dice que haya que guardar los símbolos religiosos en el ámbito privado, sino que no tienen cabida en el espacio en el que se expresa la fuerza pública. Por la calle puedo llevar una cruz o a ponerme lo que sea. Otra cosa es que sea diputado o que represente al Estado siendo alcalde, doctor en un hospital público... Como explicaba Raphaël Liogier en su magnífico libro El mito de la islamización. Ensayo sobre una obsesión colectiva, la laïcité es "como el castillo de Versalles, un patrimonio del que los franceses se sienten orgullosos pero en el que ya no vivimos".

Se ha pasado de una concepción extremadamente práctica del laicismo, por la que no se hacía ninguna distinción entre nadie, a la "laïcarde", como se llama en francés: una visión muy restrictiva que intenta borrar cualquier símbolo del religioso del espacio público en general. Y eso es liberticida.

El objetivo de la laicidad era la igualdad, que todo el mundo pudiera pensar e interactuar independientemente de su fe. Pero si lo que hacemos es restringir el derecho en nombre de la emancipación y la libertad, lo que estamos haciendo es dictaminar una cierta concepción de la libertad.

Para mí, el laicismo es dejar que una mujer lleve lo que quiera, la ley no tiene que imponer nada en ese sentido. No hay nadie más laico ahora que el Frente Nacional, un partido de tradición católica que ha trasladado el discurso racista del color de piel o de la raza a un tema religioso. Han convertido el laicismo es una nueva herramienta para recordar que no todos somos iguales y que hay un problema de incompatibilidad entre un grupo de la población: los musulmanes y la mayoría.

Hay otro factor fundamental en el origen y motor del yihadismo y la extrema derecha: el miedo. Ese miedo a la incertidumbre, pero también al otro, al subalterno, a ese enemigo que se ha construido el uno del otro. ¿Dónde está el origen de ese miedo recíproco? ¿Cómo combatirlo? ¿Qué miedos comparten ambos procesos?

Hay un miedo muy práctico que es la supervivencia de sus organizaciones: tener finanzas, simpatizantes, cobertura mediática, seguir reclutando. La periodista italiana Loretta Napoleoni desarrolló muy bien esta tesis comparando Al Qaeda e ISIS con grandes empresas. Y esto se puede aplicar perfectamente a la extrema derecha violenta.

<<SIN COBERTURA MEDIÁTICA, UN GRUPO TERRORISTA PIERDE SU AUDIENCIA, FINANZAS, SIMPATIZANTES...>>

El segundo miedo, y puede sonar hippy, es que un acto terrorista sea respondido con la fraternidad y no con el odio o el miedo al otro. Un atentado no es un fin, sino un medio de la organización para comunicarse con el Estado, para amenazarlo, aterrorizar a la población y que la respuesta estatal se radicalice. Una respuesta desproporcionada como el estado de alerta francés tras los atentados de París o la Patriot Act en Estados Unidos puede acabar afectando a gente que no tiene nada que ver con el terrorismo y radicalizándola. También hace subir a los partidos de extrema derecha. Otro de sus temores es que sus atentados no tengan la suficiente repercusión en los medios.

Entonces, ¿cómo se debería informar en los medios de comunicación de esos atentados?

Lo primero que deben hacer es plantearse su responsabilidad, su rol social. Hemos visto como con la pandemia han tenido que hacerse un planteamiento ético: si debían dar más miedo, solo informar o amplificar sus consecuencias. En el caso de los atentados de índole yihadista, vemos que reciben mucha más atención que los de la extrema derecha violenta y que siempre se menciona el origen de la persona que atenta. Si no es un elemento relevante, ¿para qué sirve? Cuando se explican los motivos de un atentado, se reproduce la explicación del terrorista, pero el periodista tiene que investigar y contrastarlos. Explicar quién es esta persona, su contexto. Hay que desideologizar nuestra aproximación a los atentados y recordar que es una táctica de guerra con unos objetivos determinados.

En los casos de atentados de la extrema derecha violenta, dejemos de hablar de locos. En una investigación noruega se comprobó cómo en los 800 primeros artículos publicados tras la masacre cometida por Anders Breivik en 2011 no se mencionó la palabra terrorista: siempre era un loco. Él reivindicó que no lo estaba, que sabía perfectamente lo que hacía.

En contraposición, cuando dos narcotraficantes se matan en Bélgica, inmediatamente se baraja la posibilidad de que sean terroristas porque son musulmanes.

El reto de los medios está en el relato. Un atentado es un medio de comunicación en sí mismo. Y la eficiencia, la amplitud del mensaje depende de los medios de comunicación. Sin



cobertura mediática, un grupo terrorista pierde su audiencia, finanzas, simpatizantes...

En uno de sus últimos artículos ha abordado el peligro de que las medidas excepcionales adoptadas para frenar la pandemia de la COVID-19 se mantengan una vez acabe o se controle. Y lo ejemplifica con todas aquellas normativas antiterroristas que se pusieron en marcha tras los atentados de Charlie Hebdo y del Bataclán, y que se mantuvieron en Francia durante tres años de estado de excepción hasta que se incluyeron en el derecho común. ¿Qué otras lecciones podemos aprender de la pérdida de derechos que se ha justificado por la lucha antiterrorista?

Va a ser muy difícil evitar que todas las medidas excepcionales que se han creado para frenar la pandemia se incorporen a la ley común. La justificación va a ser la de evitar rebrotes. ¿Cuánta gente habría aceptado hace cuatro meses instalarse una aplicación esponsorizada por el gobierno que puede rastrear tus contactos durante los últimos quince días? Da igual que sean datos desagregados. Esta aceptación generalizada es resultado del discurso de que es por el imperativo mayor de la salud de todos.

Me preocupa el uso de nuestros datos. Hemos visto cómo todos los gobiernos de las sociedades democráticas han mantenido conversaciones con corporaciones como Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft, que tienen una cantidad gigante de datos personales nuestros para compartirlos y no sabemos casi nada de esos encuentros. Quiero saber qué datos tienen sobre mí y no me vale la excusa que ponen algunos de que no tienen nada que ocultar. Tengo derecho a la privacidad, a determinar qué quiero que sepan de mí, y con esta pandemia también se ha cedido en ese límite.

Otro límite que se sobrepasó con los atentados fue la videovigilancia. Más del 98% de la información que ha permitido impedir atentados en Europa ha sido de fuentes humanas. Las cámaras son inútiles para prevenir el crimen. Y, sin embargo, se han seguido implantando y desarrollando el reconocimiento facial. En la ciudad de Niza se puso en marcha un programa piloto de videovigilancia tras los atentados del verano 2016 que se extenderá al resto de Francia en los próximos años.

En definitiva, la cuestión es cómo un Estado democrático utiliza el miedo para mover las fronteras de lo aceptable. ¿Por qué se tiene que plantear todo en términos del dilema seguridad versus privacidad? Yo quiero ambas, a menos que me demuestren que es imposible. La lucha va a depender de la ciudadanía porque no se puede olvidar que se trata de un negocio de miles de millones de euros entre gobiernos y corporaciones. Superan todo lo imaginable, por lo que ya hay un lobby muy fuerte para ir hacia este tipo de sociedad. El caso chino nos ofrece un buen ejemplo de lo que nos podría pasar

con medidas como el crédito social, el uso de la vigilancia con la minoría uigur –que luego se extendió a toda la población–... Me preocupa como muchos aplaudieron el modelo chino en el principio de la pandemia.

¿De dónde viene su interés por investigar a estos grupos y personas violentos?

No me interesa investigar a las personas, sino el perfil o las pautas que puedes encontrar en los procesos de radicalización. Mi perspectiva no consiste en decir los terroristas son malos o están locos, por que no lo están. Lo que me apasiona es que los terroristas son el reflejo de lo que está pasando en nuestras sociedades y en el mundo. Paradójicamente, tenemos que humanizar al terrorista, no deshumanizarlo, para entender, que no es justificar. Me interesa mucho entender las dinámicas sociales, políticas y económicas que hacen que una persona se convierta en terrorista, porque nadie nace siendo terrorista, ni se levanta una mañana y dice voy a coger un kalashnikov.

Lo que despertó mi interés en estos temas es que tras los atentados de Charlie Hebdo y de Bataclán, cuando yo trabajaba otros asuntos, iba a un seminario en Europa y me preguntaban “¿por qué se radicalizan los marroquíes?”. Y cuando iba a El Cairo o Estambul, la pregunta era “¿por qué más de 5.000 europeos se han ido a combatir a Siria o Irak?, ¿Qué está tan mal en Europa para que esto pase?”. Al final ves que es un reflejo de la sociedad que no queremos ver. El terrorista siempre es el Otro en una sociedad determinada. Por eso, cuando se habla de un atentado yihadista, conviene hablar de un individuo de origen marroquí para evitar decir que se radicalizó aquí. O si es de extrema derecha, que es un loco porque no interesa entender que nosotros hemos producido esto. Son los monstruos de nuestra sociedad, y para prevenir necesitamos entender lo que está ocurriendo.

Las imágenes de un exlegionario simulando una ejecución de miembros del Gobierno nos ha recordado episodios como el asesinato de la diputada laborista inglesa Jo Cox a manos de un terrorista de extrema derecha. ¿Somos conscientes del riesgo que entraña informar sobre estos individuos?

Mi perfil es distinto porque como investigador no tengo una gran audiencia para el público general. Es diferente si sales en la tele o tienes una gran presencia mediática. Aunque los periodistas hacen un favor a estos grupos al hablar de ellos, les hacen publicidad. En los comentarios de muchos vídeos de Youtube de la extrema derecha ves que varias personas preguntan cuántos han llegado al mismo tras leer un artículo de un medio. Y por las respuestas ves que son muchos.

La amenaza ignorada del terrorismo ultraderechista

“QUE LA VIOLENCIA ULTRADERECHISTA NO SOLO ES UN PROBLEMA REAL, SINO TAMBIÉN EN AUJE, LO DEMUESTRAN LOS 1.156 DELITOS VIOLENTOS QUE LA EXTREMA DERECHA COMETIÓ EN EL 2018, CON UN TOTAL DE 838 VÍCTIMAS EN EUROPA ; O EL AUMENTO EN UN 320% DE LOS ATAQUES DE LA EXTREMA DERECHA EN EL CONJUNTO DE AMÉRICA DEL NORTE, EUROPA Y OCEANÍA, EN LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS”, ESCRIBE EL EURODIPUTADO.

MIGUEL URBÁN

redaccion@lamarea.com

El pasado 23 de junio, el guardia civil y director del Centro Europeo contra el Terrorismo (ECTC) Manuel Navarrete, presentó en el Parlamento Europeo el informe anual sobre actividad terrorista en la UE.

En su exposición, Navarrete incidió en la posibilidad de que distintas “facciones radicales dentro de la izquierda abertzale intenten llenar el vacío dejado por la banda terrorista ETA”.

Resulta curioso, cuando no significativo y representativo de una tendencia política preocupante, que desde los estamentos policiales se siga insistiendo en alertar sobre un tipo de violencia que desapareció hace años y que, en cambio, se reste importancia o difumine al auge del terrorismo ultraderechista en el conjunto del continente, minimizando de alguna manera este fenómeno al referirse a él como una “mayor actividad extremista”.

Precisamente, tan solo una semana después de la presentación del informe en el Parlamento Europeo, la unidad militar de élite alemana que había sido protagonista en los últimos tiempos de varios escándalos por sus vínculos con la violencia de la extrema derecha, era parcialmente disuelta por la ministra de Defensa Annegret Kramp-Karrenbauer. De esta paradoja da cuenta Daniel Poohl, director de la revista sueca Expo, al observar que, a pesar de que “el terrorismo es un instrumento político que la extrema derecha lleva utilizando desde hace décadas en Occidente”, hay, sin embargo, “una tendencia a tratar este tipo de atentados como casos aislados y no como una campaña en curso”.

Que la violencia ultraderechista no solo es un problema real, sino también en auge, lo demuestran los 1.156 delitos violentos que la extrema derecha cometió en el 2018, con un total de 838 víctimas en Europa; o el aumento en un 320% de los ataques de la extrema derecha en el conjunto de América del Norte, Europa y Oceanía, en los últimos cinco años.

La gravedad de este terrorismo también se demuestra por el aumento de la letalidad de los ataques. Por ejemplo, en Alemania, según una investigación conjunta de Zeit y el diario Tagesspiegel, entre 1990 y 2017 al menos 169 personas

fueron asesinadas por miembros de la extrema derecha, a pesar de que las cifras de organismos oficiales reconocen tan sólo a aproximadamente la mitad de esas víctimas. Y entre estas últimas, se encuentran extranjeros, personas sin hogar y del colectivo LGTBI, izquierdistas y otras personas a las que la violencia ultraderechista consideró como «adversarios políticos».

Las cifras de casos que se manejan en Alemania son una prueba de que la violencia racista, xenófoba e islamófoba de la extrema derecha se ha convertido en este país en una realidad cada vez más habitual. Entre los casos más recientes se encuentra el asesinato a tiros del político conservador Walter Lübcke por un ultraderechista que irrumpió en su vivienda de Kassel, el 2 de junio de 2019; la agresión que sufrió a mediados de julio pasado el regidor de Hockenheim, el socialdemócrata Dieter Gummer, de la que resultó herido grave; el intento del ultraderechista Stephan Balliet de entrar armado en una sinagoga que se encontraba en aquel momento repleta por la celebración del Yom Kipur, en octubre de 2019 en Halle, tras lo que acabó disparando aleatoriamente a los viandantes en la calle, acabando con la vida de dos personas; y en febrero de este año, en Hanau, Tobías R. protagonizó dos tiroteos en bares de shisha cuyas motivaciones resultaron ser xenófobas, asesinando a diez personas, tras lo que mató a su madre para terminar suicidándose, sumando así en total once muertos y cuatro heridos graves.

Fuera de Alemania, pero aun dentro del ámbito europeo, vemos ataques y atentados que siguen patrones similares prácticamente en el conjunto del continente, incluida España, demostrando que no estamos ante casos aislados sino que se trata de un fenómeno global. En octubre del 2019, un antiguo candidato del Frente Nacional intentó incendiar una mezquita en Bayona, Francia, e hirió de bala a dos personas que intentaron impedirlo. Y según el ministerio de Interior francés, en 2018 se registraron más de 100 ataques de carácter islamófobo.

En Bélgica, refiriéndose a la posibilidad de que grupos ultraderechistas intentasen cometer atentados terroristas en este país, el ministro de Justicia Koen Geens afirmó en junio ante el Parlamento belga que “la amenaza es muy real”.



En medio de la campaña electoral de 2018, en Italia, un ex candidato de la Liga disparó contra un grupo de migrantes hiriendo de bala a seis de ellos. En este mismo país, en 2019, después de interceptarse un arsenal de armas que incluía un misil aire-aire, rifles de asalto automáticos de «última generación», numerosas municiones y objetos de propaganda neonazi, se llevaron a cabo varios arrestos, entre los cuales se encontraba Fabio Del Bergiolo, ex candidato en las listas del movimiento neofascista Forza Nuova.

En Suecia, tres miembros de la organización neonazi Movimiento de Resistencia Nórdico (RMN) colocaron en 2017 varios artefactos explosivos frente a un café, una vivienda para refugiados en Gotemburgo y una librería que vendía publicaciones izquierdistas. Como resultado de una de las explosiones, un funcionario de inmigración salió herido. En junio del año anterior, un simpatizante de este mismo grupo se lanzaba con su coche contra una manifestación pro refugiados en Malmö.

En España, en 2019 vimos cómo se produjeron dos ataques terroristas de carácter xenófobo contra centros de menores no acompañados, se detuvo a un francotirador que amenazaba con asesinar al presidente del gobierno en un chat de Vox, y se desmanteló un taller clandestino para la fabricación de artefactos explosivos donde se incautaron diferentes tipos de explosivos y 26 armas de fuego. Entre ellas, figuraban un fusil de asalto, un subfusil, dos escopetas, tres rifles, una carabina, dos armas largas de fabricación artesanal, ocho revólveres y ocho pistolas.

Más recientemente, se detuvo a un ultraderechista que difundió un vídeo en el que disparaba varios objetivos en los que había colocado las fotos de diferentes ministros y ministras del Gobierno y de dirigentes de Podemos.

Navarrete no menciona ninguno de estos sucesos en su informe sobre actividad terrorista. Pero sí que nos habla de un más que improbable riesgo de que se reconstruya ETA, o de una organización juvenil de la izquierda independentista vasca, que no ha sido vinculada con ningún acto de violencia en los últimos años.

En demasiadas ocasiones comprobamos cómo autoridades, policías y la propia prensa intentan sepultar las motivaciones políticas que caracterizan los atentados de la ultraderecha. Pero a pesar de las reticencias a no establecer los nexos de unión entre estos actos, el nivel de violencia y la acumulación de ataques y amenazas impide ya hablar de hechos aislados. Los terroristas que cometen estos atentados están relacionados entre sí, y esta relación no solo se mantiene a través de vínculos ideológicos, sino que también se sostiene con conexiones a escala global, y con referencias explícitas que se hacen los unos a los otros. Ya no se puede negar que el odio racista es hoy una de las principales amenazas, no solo para la seguridad sino para las mismas democracias.

Diversos analistas y expertos en terrorismo e inteligencia llevan tiempo advirtiendo de la creciente amenaza del terror-

ismo ultraderechista en Europa y Norteamérica, y situándola incluso por encima del terrorismo yihadista. En una sesión dirigida a analizar la amenaza del terrorismo 18 años después del 11 de septiembre de 2001, el Comité de Seguridad Nacional del Congreso de EEUU ya alertó no solo del peligro yihadista, sino sobre todo de la amenaza ignorada del terrorismo de extrema derecha. Uno de los cuatro expertos convocados por el Comité, el exagente del FBI Ali Soufan, llegó a afirmar que «La razón por la que estoy aquí, es porque vi esto en los 80 y los 90 con los yihadistas y nadie nos escuchaba. Ahora estamos viendo lo mismo [con la extrema derecha].»

De hecho, es curioso la cantidad de elementos en común entre el terrorismo yihadista y el de extrema derecha. Al igual que no podríamos entender la articulación global de la lucha yihadista sin el conflicto de Afganistán en los ochenta, que sirvió para intercambiar tácticas, procedimientos, formar propagandistas y consolidar las redes transnacionales como al-Qaeda, actualmente, la extrema derecha está utilizando Ucrania como su particular 'Afganistán'. El país se ha constituido en centro de operaciones, en una suerte de laboratorio de campo de batalla en el que intercambiar experiencias, formar y entrenar militarmente a sus seguidores y reforzar sus redes internacionales. El Batallón Azov, un destacamento de voluntarios ultranacionalistas con importantes redes financieras, ha reclutado a combatientes extranjeros «motivados por el supremacismo blanco y las creencias neonazis», para recibir entrenamiento, adoctrinamiento y formación en la guerra asimétrica. Según los cálculos del FBI, unos 17.000 ultraderechistas de 50 países diferentes han viajado a Ucrania para participar activamente en el conflicto.

Otro elemento común entre el terrorismo yihadista y el ultraderechista es la utilización de internet y redes sociales como una herramienta fundamental a la hora de difundir su propaganda y de captar nuevos militantes. Así lo afirman diferentes académicas y académicos como Moussa Bourakba que constata «una similitud sorprendente en las técnicas de propaganda que utilizan ambos para el reclutamiento. Al igual que las organizaciones yihadistas, la extrema derecha violenta también recluta por las redes sociales, así como en foros y plataformas de videojuegos», contaba en una entrevista en La Marea.

La investigación sobre el origen y funcionamiento de los terroristas ultraderechistas indica que muchos de ellos se radicalizaron solos a través de internet, que se coordinan en foros de debate on line, y que utilizan las redes sociales para publicitar sus atentados incluso con retransmisiones en directo.

Miembros del batallón Azov en junio de 2014 (REUTERS/VALENTYN OGIRENKO)





Las similitudes se encuentran incluso en los nombres. Los neonazis norteamericanos han adoptado recientemente el nombre “La Base”, para llamar a una nueva plataforma social que pretende unificar a los fascistas a través de internet, para unirlos en una red de entrenamiento de nuevos soldados y prepararlos así, tal y como ellos explican, para la denominada “guerra de razas” que está por llegar. No hace falta recordar que Al Qaeda significa “La Base” en árabe y que, más allá de las coincidencias en la nomenclatura, como defiende Bourakba, lo que define más estructuralmente a ambos terrorismos es que “la extrema derecha violenta y el yihadismo comparten una misma cosmovisión en la que oponen dos bloques monolíticos.”

Sin embargo, a pesar del auge del terrorismo ultraderechista y sus similitudes con el yihadismo, seguimos sin tomar la amenaza de la primera con la seriedad que se merece, y tampoco parece que se aplique el mismo marco de análisis a ambos por igual. Tal y como apunta Poohl en una entrevista en La Vanguardia, en el caso de un “ataque islamista siempre tendemos a verlo como parte de un patrón más amplio. Entendemos que forma parte de la estrategia de una ideología política malévola. Con la ultraderecha, en cambio, solemos olvidarnos de este patrón e intentamos entender al individuo detrás del ataque”. Tal y como ocurre con otros tipos de violencia, individualizar el acto terrorista es una manera de neutralizar la necesaria respuesta social que se ha de poner en marcha.

Así, se podría decir que la mayoría de los partidos y las instituciones prefieren ‘psiquiatrizar’ las motivaciones y los propios actos terroristas ultraderechistas, antes que enfrentarse a la dura tarea de analizar las motivaciones políticas del

fenómeno, y responder consecuentemente desde sus respectivas competencias y responsabilidades.

Más allá de la responsabilidad de la clase política e institucional a la hora de reducir las causas de la violencia de la ultraderecha a su faceta más psicologizante, no podemos obviar de ninguna manera el papel que han desempeñado los propios partidos y organizaciones de la extrema derecha, que llevan años echando gasolina ideológica sobre el odio al ‘extranjero’, al ‘diferente’, fomentando así una imagen estigmatizada y estigmatizadora de la migración, como ‘invasores’ y como ‘delincuentes’. No es por tanto de extrañar que se pueda comprobar la existencia de una relación entre el auge electoral de partidos de extrema derecha y el aumento de los atentados ultraderechistas.

En esta relación también tienen cabida las organizaciones que han visto aumentar su popularidad y protagonismo, como lo son Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (PEGIDA) en Alemania y CasaPound en Italia. Además de esta relación directa ‘numérica’ que indica que a mayor auge electoral mayor número de atentados, los partidos de extrema derecha han directamente banalizado o justificado los propios atentados públicamente, en demasiadas ocasiones. Ante el atentado ultraderechista que hirió de bala a varios migrantes, el propio Salvini declaró, unos meses antes de ser nombrado ministro del Interior, que “esta inmigración no controlada, que es una invasión organizada, lleva al choque social”. Unas declaraciones que justificaban claramente el atentado terrorista, perpetrado precisamente por un antiguo candidato de la Liga, que al ser detenido se cubrió con una bandera italiana, gritó «viva Italia» e hizo el saludo fascista.

A pesar de la ausencia de debate político en las instituciones y los partidos del establishment sobre la magnitud, relación y motivaciones políticas de los actos terroristas ultraderechistas, las llamadas de alerta ante el auge de actitudes racistas y organizaciones xenófobas son recurrentes desde estas mismas instancias, paradójicamente. Pero a pesar de estas denuncias, al no plantear contrapropuestas para combatir estos discursos excluyentes, esos mismos actores están aceptando el terreno de confrontación que propone la extrema derecha, asumiendo así buena parte de sus postulados. De esta forma y en última instancia, normalizan los discursos xenófobos, islamófobos y racistas, legitimando el espacio político que conjuntamente van generando, y dando lugar a lo que en Francia se conoce desde hace años como “lepenización de los espíritus”.

Esta ausencia de propuestas provoca a su vez un círculo vicioso en el que los partidos del extremo centro se muestran incapaces de afrontar el terrorismo ultraderechista con la contundencia necesaria, es decir, a través de una denuncia pública que ponga de relieve las raíces políticas, sociales y económicas de esta violencia, porque esto significaría asumir su propia responsabilidad y colaboración en la normalización del discurso del odio. Mientras no se asuman responsabilidades se seguirá ignorando la amenaza del terrorismo ultraderechista. Porque siempre es más fácil juzgar a un ‘loco asesino’ que reconocer una sociedad y un sistema enfermos.



Crece los atentados de la extrema derecha contra la población musulmana en la UE



Portada del informe Islamofobia en Europa
2019, AURORA ALI, ENES BAYRAKLI & FARID HAFEZ.

EL INFORME EUROPEO DE LA ISLAMOFOBIA 2019 REVELA UN CRECIMIENTO DE LOS GRUPOS DE EXTREMA DERECHA QUE ATENTAN CONTRA LA POBLACIÓN MUSULMANA EN EL ÚLTIMO AÑO, ASÍ COMO LA NORMALIZACIÓN DE LOS DISCURSOS ISLAMÓFOBOS.

.....
AURORA ALI

redaccion@lamarea.com
.....

En Noruega, en agosto de 2019, el terrorista de extrema derecha Philip Manshaus, de 21 años, planeó un asalto armado a la mezquita del Centro Islámico Al-Noor en Bærum, cerca de Oslo. Antes de ir a la mezquita, asesinó a su hermana de 17 años, que había sido adoptada de China cuando era un bebé. Manshaus estaba equipado con una escopeta, dos rifles, una pistola de clavos, un chaleco antibalas y una cámara GoPro destinada a la transmisión en vivo en las redes sociales. Quería imitar así al asesino de la masacre de Christchurch, al que había elogiado en un foro on line poco antes del asalto. La posible masacre fue evitada gracias a la actuación de Mohamed Rafiq y otros fieles que contuvieron y sujetaron al atacante hasta que llegaron las fuerzas de seguridad.

En 2019 se produjeron varios ataques en Alemania, incluidos el ataque a la sinagoga en Halle y el asesinato del político demócrata-cristiano Walter Lübcke. Su asesino confeso tenía presuntamente conexiones con varias organizaciones de extrema derecha, como Combat 18, el Partido Democrático Nacional (NPD) y el grupo neonazi Autonomie Nationalisten (Autónomo Nacionalistas). La opinión pública alemana está prestando más atención a los grupos supremacistas que operan en la clandestinidad. Por ejemplo, la red Hannibal, que opera en Alemania, Austria y Suiza. Fundada en 2015, recluta a agentes del servicio de seguridad, soldados y exoficiales de policía junto a individuos de derechas para prepararse para un "Día X". Una investigación policial reveló que la red había creado una "lista de asesinatos" con más de 20.000 nombres de políticos de alto rango considerados "proinmigración".

Marija Pejčević, Secretaria General del Consejo de Europa, afirmó: «Europa se enfrenta a una realidad impactante: los delitos de odio antisemitas, antimusulmanes y racistas están aumentando a un ritmo alarmante. El ejemplo más reciente es el tiroteo extremista en Hanau, Alemania, en el que murieron nueve personas y varias resultaron heridas. Tales actos atroces a menudo son precipitados por palabras venenosas y teorías de conspiración difundidas en las redes sociales e Internet».

ISLAMOFOBIA DE GÉNERO

En Bélgica, en abril de 2019, una mujer musulmana fue apuñalada frente a sus tres hijos pequeños en Anderlecht, supuestamente por islamofobia. En agosto, una mujer ebria atacó e intentó arrancarle el pañuelo a musulmana. La atacante fue arrestada bajo la acusación de intoxicación pública. En noviembre, una mujer de 50 años, borracha y sin hogar, empujó a una mujer musulmana a las vías del metro de Bruselas. Era la segunda vez que lo hacía.

En varios países y ciudades europeas se han aprobado leyes y normas para ilegalizar supuestos problemas oc-

asionados por la población musulmana, que en la práctica no existían. La consecuencia ha sido la generación de debates interminables en los medios y la opinión pública sobre la cuestión musulmana y/o inmigración.

En Holanda, por ejemplo, se implantó en agosto el llamado "veto del burka", que prohíbe el uso del nikab (el velo integral) durante las clases en instituciones educativas, así como en guarderías. Se autoriza su uso fuera de las aulas. El debate para la aprobación de esta ley duró casi dos años, estuvo lleno de confusión y exacerbó el sentimiento antimusulmán.

En Austria, en 2018, se implementó el veto al hiyab en las guarderías. Un año después, los mismos partidos presionaron para que se ampliase esta prohibición a alumnas de hasta 14 años y a las maestras. Una prohibición que se argumentó en base a los derechos de la mujer y la igualdad, sin que se vieran afectados otros símbolos religiosos como la kipá judía o el dastar sij. Cuando se planteó que esta prohibición podría afectar también a las maestras monjas, se decidió posponer el veto.

NEGACIONISMO Y NORMALIZACIÓN DE LA ISLAMOFOBIA

El ejemplo más sorprendente de la normalización de la islamofobia en Europa en 2019 fue el escándalo por la concesión del Premio Nobel de Literatura a Peter Handke. Nadie admitiría un reconocimiento similar a un negacionista del Holocausto, y sin embargo, sí se otorgó a un negacionista del genocidio bosnio y albanés. Durante la guerra de Kosovo, Handke expresó su deseo de ser "un monje serbio-ortodoxo que lucha por Kosovo". En 2006, en el funeral de Slobodan Milošević, Handke elogió al dictador serbio responsable de los genocidios contra albaneses y bosnios en los años 90.

PERCEPCIÓN DE LAS PERSONAS MUSULMANAS EN EUROPA

Según la última encuesta del Eurobarómetro publicada en septiembre de 2019, el 29% de las personas encuestadas



no se sentiría cómoda trabajando con una musulmana. Los países con mayor tasas de aceptación son Reino Unido (93%), los Países Bajos (91%), Francia y Suecia (ambos 87%). Los que demostraron un mayor rechazo República Checa (35%), Hungría (37%) y Lituania (47%). Cuando se preguntaba sobre la decisión de tener hijos o hijas en una relación romántica con personas de otras religiones, nuevamente los musulmanes fueron los menos favorecidos en comparación con judíos, budistas, cristianos y ateos. Solo el 53% se sentiría cómodo si uno de sus hijos tuviera una relación sentimental con un musulmán.

Las posiciones más desfavorables hacia los musulmanes se encuentran en países de Europa del Este, precisamente donde residen menos, confirmando la teoría de que el racismo opera mediante una figura imaginaria "del otro" en lugar de una real.

ISLAMOFOBIA EN EL ESTADO ESPAÑOL

La islamofobia sigue presente en todo el espectro social y político: en la educación, en el acceso a la vivienda o a un empleo digno, en la securitización, en la libertad de movimiento y en el histórico incumplimiento del Acuerdo firmado entre el Estado español y la Comisión Islámica de España en 1992, que regula numerosos derechos religiosos de la vida cotidiana. Casi 30 años más tarde, se incumple la mayoría de estos derechos y la población musulmana trata de hacerlos efectivos de forma local y con dificultades. 2019 vuelve a estar marcado por un estado permanente de campaña electoral (dos elecciones generales y una municipal).

Con cada campaña se fue normalizando el discurso de odio y la instrumentalización de los colectivos protegidos, de tal forma que lo que era el discurso de la extrema derecha se ha ampliado hacia el centro y, en ocasiones, a sectores de la izquierda.

Según datos de UNICEF, España registró en 2018 la llegada de más de 6.000 niños, niñas y jóvenes no acompañados que llegaron por la frontera sur desde países del Magreb, fundamentalmente Marruecos y Argelia, entre otros. El discurso de odio instrumentaliza a estos menores (Menores Extranjeros No Acompañados), deshumanizándolos, demonizándolos y reduciéndolos a sus siglas (MENA), con las correspondientes consecuencias en forma de agresiones en la calle, en los puertos y en sus centros de acogida. El negacionismo del pasado andalusí y la manipulación histórica en forma de "Reconquista" siguen presentes en el imaginario colectivo y en los libros de texto, así como la extranjerización constante de generaciones de musulmanes. Las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla siguen en un estado de segregación importante, con cientos de menores sin escolarizar, además de no contar con fiscalías especializadas en discriminación y delitos de odio.

RESUMEN ADICIONAL

El informe de la Oficina Nacional de Crímenes de Odio de 2018 menciona un aumento general del 11,6% en los delitos de odio: de 1,598 denuncias, 69 están relacionadas con la religión (excepto el antisemitismo) y 524 con el racismo y la xenofobia. No hay estadísticas segregadas para los prejuicios antimusulmanes disponibles (a pesar de que recientemente se agregaron dos nuevas categorías: discriminación por enfermedad y edad).

El "Plan de acción de 2019 para combatir los delitos de odio" del Ministerio del Interior, incluye medidas contra el antigitanismo y la romafofia "tal como lo hace la Agencia de Derechos Fundamentales de la UE". Siguiendo esta lógica, el plan también debe medir el prejuicio contra los musulmanes, pero no lo hace. Además de las recomendaciones de las instituciones europeas e internacionales, las organizaciones de la sociedad civil lo vuelven a recomendar anualmente.

A pesar de lo expuesto anteriormente, a través de una monitorización no sistemática de algunas ONG y de la Oficina para la No Discriminación del Ayuntamiento de Barcelona, se han registrado: 148 incidentes, de los cuales 16 agresiones físicas (3 contra mujeres, 2 contra varones y 11 contra menores); 14 casos de vandalismo (4 contra mezquitas o centros culturales islámicos y 10 en otros espacios); 26 agresiones verbales o amenazas (9 contra mujeres, 9 contra menores y 8 contra varones); 68 incidentes discriminatorios (23 contra musulmanes en general, 23 contra mujeres, 8 contra menores y 14 contra varones). Los incidentes se cuentan por incidente y no por el número de víctimas.

MENORES NO ACOMPAÑADOS

En la sección de ataques físicos derivados de la retórica política, en 2019 hemos hablado de menores no acompañados y de las cadenas de ataques reiterados y programados contra los propios menores, así como en los centros de acogida en Madrid, Canet de Mar, Castelldefels, Masnou y Alhama de Murcia. En el puerto marítimo de Ceuta también se han dado numerosos ataques nocturnos con bates y piedras mientras los menores dormían. Sin embargo, rara vez se reconoce el componente de odio en estos casos, lo que demuestra que todavía queda mucho trabajo de sensibilización para las fuerzas de seguridad, así como fiscalías especializadas en delitos de odio en las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla.

La izquierda y el cuento de la islamofobia



“LA ISLAMOFOBIA ES CENTRAL EN LA MAYORÍA DE LOS DISCURSOS ULTRADERECHISTAS EN EUROPA. PERO NO SE CIRCUNSCRIBE A ELLOS: TAMBIÉN UNA PARTE DE LA IZQUIERDA CLAMA CONTRA LA PRESENCIA DEL ISLAM, CON ARGUMENTOS ESPECÍFICOS QUE HAN PASADO A FORMAR PARTE DEL VADEMÉCUM DE LOS NUEVOS FASCISMOS Y LOS POSFASCISMOS”, ESCRIBE EL AUTOR.

.....
DANIEL GIL-BENUMEYA

redaccion@lamarea.com
.....

Se os va a acabar el cuento de la islamofobia»: una advertencia a musulmanes y a antirracistas, lanzada en una red social por una persona que se define como exmusulmana y de izquierdas. La islamofobia es una forma de racismo culturalista contra las personas musulmanas o consideradas como tales, con independencia de su práctica religiosa real o de la importancia subjetiva que esta tenga. Como todos los racismos, la islamofobia se imbrica con otras formas de alterización e inferiorización social, tanto de raza como de clase y de género, y basa su efectividad en que funciona con sentidos comunes ampliamente extendidos, que crean una ilusión de saber objetivo y la hace tan «respetable» como en otro tiempo lo fue el antisemitismo.

La islamofobia no es solo un problema de discriminación religiosa, pero tampoco puede ser aislada de la misma. El elemento antiislámico de la islamofobia es en sí racista: se trata de un dispositivo de saber-poder inserto en la tradición colonial del orientalismo, que cosifica al islam presentándolo como una esencia inmutable que determina la vida de las y los musulmanes, y justifica así los mecanismos de exclusión y disciplinamiento que se ejercen contra estos.

La islamofobia es central en la mayoría de los discursos ultraderechistas en Europa. Pero no se circunscribe a ellos: también una parte de la izquierda clama contra la presencia del islam, con argumentos específicos que han pasado a formar parte del vademécum de los nuevos fascismos y los posfascismos: el islam —dicen— sobra porque es reaccionario, porque es peligroso, porque oprime a las mujeres, porque odia a los gays, porque es una religión y la religión es el opio del pueblo.

En esta lógica, la islamofobia no es considerada racismo, porque no tiene nada que ver con caracteres innatos como el color de piel o el origen étnico. Ser musulmán es una identi-



dad religiosa y, como tal, es una elección que puede (y debe) abandonarse. Así lo demuestra la existencia de exmusulmanes que se presentan como ejemplo de «superación» del islam y legitiman los discursos islamófobos. La islamofobia sería, por tanto, un cuento: un subterfugio creado por los islamistas para evitar las críticas al islam, para explotar en su favor el complejo de culpa de la izquierda blanca y en última instancia para abundar en la trampa neoliberal de las «guerras culturales», que alejarían a la izquierda de sus verdaderos objetivos. En este punto suele invocarse la política «de clase», más con propósitos totémicos que como categoría de análisis efectiva, pues de otro modo no se explica la ceguera a los regímenes de racialización (y generización) de la clase obrera en Europa, así como de la división del trabajo y los recursos a nivel mundial.

La islamofobia progresista soslaya las acusaciones evitando atacar frontalmente a las y los musulmanes, a quienes presenta como víctimas pasivas de la presión de «sus» sociedades y entornos familiares, así como de la agenda política de los movimientos islamistas reaccionarios, llamados a menudo «islamofascistas». También es presentada como marioneta de la conspiración islamista una parte de la izquierda, aquella que toma parte en el antirracismo, cae en la «trampa de la diversidad» o, en cualquier caso, no es abiertamente islamófoba.

Los discursos y prácticas musulmanas que no encajan en el relato demonizador suelen ser tachados de inauténticos, descafeinados, occidentalizados, o bien se los acusa de usar un doble lenguaje para enmascarar sus verdaderas intenciones. En esta definición unívoca y esencialista del islam, las voces musulmanas tienen escaso valor porque se considera que o bien están alienadas o bien son parte interesada en perpetuar la opresión. Salvo, por supuesto, que se trate de «musulmanes esclarecidos»: personas que reniegan públicamente del islam y/o aceptan los marcos del relato islamófobo como única posibilidad de poder decir algo.

Uno de los mecanismos discursivos más habituales de la islamofobia progresista se basa justamente en la idea de progreso. Las musulmanas y musulmanes son presentados como no coetáneos: viven en otra época, no han alcanzado las cotas de civilización de Occidente y su presencia (sobre todo cuando pretende ejercer sus derechos de ciudadanía) amenaza con devolvernos a épocas «ya superadas» de nuestro pasado: el fascismo, el clericalismo, el patriarcado, la represión sexual.

La práctica religiosa constituye, por supuesto, el *súmmum* de la no coetaneidad: ¿qué mayor signo de atraso que no ser capaces de superar la religión o de relegarla al ámbito de lo privado «como hemos hecho nosotros»? El islam, por su carácter «inmigrado» (más allá de que la historia nos diga otra cosa) no es resignificado como tradición cultural, como

sí ocurre con las prácticas cristianas. De ahí que resulte demasiado visible y sea percibido como un exceso religioso. Estos discursos que se pretenden ilustrados olvidan también que la laicidad fue originalmente un modo de proteger la libertad de creencia, no un rodillo para aplastarla.

Si en la islamofobia nacionalista y nativista la presencia del islam amenaza la identidad de la nación o comunidad imaginada, para la islamofobia progresista lo amenazado es una comunidad moral imaginada: una sociedad que, supuestamente, ha conquistado por sus propios méritos unas cotas de libertad, igualdad y bienestar y debe defenderlas frente al monstruo lovecraftiano del islam(ismo), venido de otro lugar y otro tiempo.

En el peor de los casos, este es considerado incompatible per se con las conquistas sociales, y en el mejor, se afirma que los musulmanes y musulmanas no han conocido aún la Ilustración, la igualdad de género o la libertad sexual, pero podrían hacerlo, quizás con ayuda. Existiría entonces una forma posible de islam tolerable, «moderado», que contiene «vetas de ilustración», aunque sea como transición a un horizonte sin islam. En esta última lógica participan, a su pesar, incluso posiciones de izquierdas comprometidas con el antirracismo que promueven alianzas con personas y organizaciones musulmanas, sin por ello dejar de lado la idea de que, en el futuro (y quizás por la influencia que tales alianzas puedan ejercer) estas deberían abandonar sus creencias, pues la fe y la transformación social no son compatibles.

La islamofobia ilustrada forma parte de esa excrecencia de la izquierda que, ante la pérdida de referencias y de relevancia social, está recurriendo al vanguardismo más lerdo y estéril, arrogándose la facultad de definir quiénes son los sujetos políticos legítimos y cómo deben articular sus resistencias. Una izquierda que, por deseo de disputar el espacio a la ultraderecha y a los posfascismos con sus mismos significantes y formas, está creando inquietantes intersecciones y compañeros de viaje.



Debemos derribar estatuas

**“EL DERRIBO DE ESTATUAS NOS OBLIGA A DEBATIR
SOBRE LA HISTORIA”, APUNTA NOELIA ADÁNEZ,
DRAMATURGA Y DOCTORA EN POLÍTICAS**

El Ayuntamiento de Barcelona retiró la estatua del esclavista Antonio López y López en 2018 (BARCELONA EN COMÚ)



.....
NOELIA ADÁNEZ

redaccion@lamarea.com

El derribo de estatuas de figuras prominentes de una historia global, que van de Colón a Churchill, y de Minneapolis a Londres, no tiene que ver, en contra de lo que algunas intentan hacernos creer de una forma muy esquemática, con un cambio violento de percepción valorativa de determinados acontecimientos o figuras históricas. No tiene que ver con que quienes fueron un día considerados héroes, sean ahora tomados por villanos, como estamos leyendo con machacona insistencia en prensa.

Es fácil acogerse a esa interpretación simplista y, a partir de ahí, adherirse a la causa de quienes defienden que cuestionar el pasado, su posteridad y las políticas de memoria es un acto de "barbarie" o un ejercicio de "presentismo", o de quienes tratan de ubicar ciertos impulsos de derribo en polémicas historiográficas concretas como por ejemplo la de si Colón fue un emprendedor o un genocida.

Vengo a proponer que ni lo uno ni lo otro. Vengo a decir quienes a estas alturas continúan afectados por un residuo de hegelianismo viven una alucinación elitista, catastrofista y cínica, y que no hay que hacerles más casito del necesario. Porque a estas alturas todas sabemos que si bien una cosa es hacer un burdo uso político del pasado (algo que no nos gusta y a lo que nos oponemos y que observamos con rubor en la ultraderecha que hace pasar el mito por historia) otra cosa distinta es pretender que no existen las políticas de la historia. Es decir, que no escribimos una historia, con rigor metodológico y respetuosa con las fuentes, afectada por la política.

Sabemos también que esto no daña a la disciplina, antes al contrario, la hace más rica y compleja hasta tal punto que las políticas de la historia son objeto de análisis, en una medida importante, a través de la historiografía, que no es otra cosa que la historia reflexionando sobre sí misma.

Cuando el relato histórico aspira a su inmutabilidad lo hace desde una posición política conservadora que se disfraza de neutralidad científica. La inmutabilidad del relato histórico, la causalidad, la linealidad y la teleología son enemigos naturales de una historia comprometida, del siglo XXI, que transparenta sus políticas y las ofrece al examen público.

Quienes defienden que la historia es intocable ocultan sus verdaderas intenciones, que no son otras que asegurar que la historia trabaje para los vencedores, para el poder. Quienes decimos que la historia está sometida a la reinterpretación permanente y que lo imprescindible es transparentar las metodologías, fuentes y conexiones teóricas que justifican esas reinterpretaciones, estamos dispuestas a "debatir sobre la historia".

El derribo de estatuas nos obliga a debatir sobre la historia. Debemos comenzar por una interpretación de lo que significan estas acciones en la coyuntura actual. Es evidente que no una única cosa, pero con relación a la historia, significa que hay sectores de la población que están reivindicando, ¡atención!, no solo que cambie la historia, sino las políticas de la

historia que han sostenido aquellos relatos del pasado escritos por vencedores. Es decir, la mayor parte de los relatos del pasado, porque la historia, como dijo hace casi un siglo Walter Benjamin, la escriben los vencedores. El derribo de estatuas no solo pone en jaque la idea unívoca de Colón como héroe de la conquista o de Churchill como gran estadista, sino que interpela a la historia como disciplina y la confronta con su dimensión política.

Benjamin, a cuya visión de la historia generaciones de historiadoras y científicas sociales le debemos tanto, nos explicó que "solo a la humanidad redimida le incumbe enteramente su pasado". La utopía de Benjamin consistía, precisamente, en redimir a la humanidad construyendo un futuro que retornara al pasado. Y recordemos: "el pasado sólo cabe retenerlo como imagen que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad". Perdonadme la pedantería pero toda reflexión histórica fértil parte de esa premisa. Por esa misma razón, no hay futuro sin un conocimiento que nos comprometa con el pasado.

En su tesis IX leemos:

"Hay un cuadro de Klee llamado Angelus Novus. En ese cuadro se representa a un ángel que parece a punto de alejarse de algo a lo que está mirando fijamente. Los ojos se le ven desorbitados, la boca abierta y las alas desplegadas. Este aspecto tendrá el ángel de la historia. Él ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde ante nosotros aparece una cadena de datos, él ve una única catástrofe que amontona ruina tras ruina y las va arrojando ante sus pies. Bien le gustaría detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destrozado. Pero, soplando desde el Paraíso, la tempestad se enreda entre sus alas, y es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. La tempestad lo empuja, inconteniblemente, hacia el futuro, al cual vuelve la espalda, mientras el cúmulo de ruinas ante él va creciendo hasta el cielo. Lo que llamamos progreso es justamente esta tempestad".

Su utopía pasaba por una redención salvífica de los perdedores de la historia, de los perdedores del progreso, de quienes tratan de salvarse de la tempestad, aunque sea depositando sus inermes cuerpos sobre tableros desprendidos de embarcaciones a la deriva. Por eso el ángel de la historia mira al pasado y da la espalda al futuro, porque construye desde las ruinas. ¡Qué hay más ruinoso que una estatua derribada! Claro que necesitamos hacer caer estatuas porque, como Benjamin, el futuro al que aspiramos como utopía a construir es el momento previo a la caída. No hay otra opción si lo que queremos es mirar hacia adelante. Debemos, primero, dar la espalda al futuro y encarar el pasado, sobre todo ese en el que las perdedoras no aparecemos, como si no existiéramos, aunque arribemos medio ahogadas a playas desiertas para dar testimonio de nuestras vidas con nuestros cuerpos.

Zonas oficiales de fascismo

EL PARLAMENTO EUROPEO LLEVA AÑOS ADVIRTIENDO QUE EL AUMENTO DE LOS GRUPOS NEOFASCISTAS Y NEONAZIS REPRESENTAN UNA AMENAZA PARA LA SEGURIDAD DEL CONTINENTE.

.....
LAIA SERRA

redaccion@lamarea.com
.....

El 25 de octubre del 2018, el Parlamento Europeo aprobaba su Resolución “Auge de la violencia neofascista en Europa” en el que entonaba el mea culpa por la falta de acciones decididas contra los grupos neofascistas y neonazis, que estaban permitiendo el auge actual de la xenofobia en Europa. El Parlamento no sólo se refiere en este documento a los grupúsculos radicales, sino que expresa su honda preocupación ante la creciente normalización del fascismo y manifiesta su inquietud sobre casos de colusión de líderes, partidos políticos y fuerzas de seguridad con neonazis. La Resolución cita los datos de Euro-pol, según la cual se trata de un fenómeno general y constituye una amenaza para la seguridad de la que no se habla suficiente, a pesar de que el número de personas detenidas por delitos extremistas de derechas casi se duplicó en 2017.

Según el Parlamento, la impunidad con la que operan los grupos neonazis en algunos Estados miembros es una de las razones que explican el alarmante aumento de los actos violentos de algunas organizaciones de extrema derecha. El uso de las redes sociales e internet les permite una gran capacidad para organizarse y preparar sus estrategias. A modo

ilustrativo, la resolución cita ataques de grupos de toda la geografía europea y subraya algunos datos reveladores, como la alerta de los servicios de inteligencia franceses sobre el creciente número de miembros de las fuerzas militares y policiales que se unían a grupos violentos de extrema derecha. Algunas de las acciones citadas no son ataques individuales, sino acontecimientos de masas, como la manifestación convocada en Varsovia en 2017, para el día de la independencia de Polonia, con 60.000 participantes, en la que se exhibieron pancartas con eslóganes como «Una Europa blanca de naciones hermanas».

El Parlamento, el 18 de diciembre del 2019, tuvo que aprobar otra Resolución, denominada “Discriminación pública y discurso de odio contra las personas LGBTI” a raíz de una de las iniciativas más discriminatorias que existen actualmente en territorio Europeo: la de las “zonas libres de LGBTI”. En febrero del 2020, se publicaba una noticia sobre el “mapa del odio”, según el cual un tercio del territorio polaco – equivalente a la superficie de Hungría – se había adherido a esta iniciativa municipalista. Esta arrancó a inicios del 2019, alentada por el partido de gobierno Ley y Justicia, como forma de respuesta a la ‘ideología LGTBI, exportada de fuera para atentar contra los valores tradicionales polacos’. El simbolismo de la frontera como herramienta de exclusión es tan gráfica que



artistas como Bart Staszewski han decidido hacer denuncia pública de ello, con una colección que retrata personas LGBTI a la entrada de sus pueblos, junto a la pancarta que advierte que nos adentramos en una “zona libre de LGBTI”.

La Resolución del Parlamento contra las “zonas libres de LGBTI” contiene una admisión: el lobby conservador sigue teniendo suficiente poder en Europea como para seguir frenando la aprobación de la Propuesta de Directiva sobre igualdad de trato del 2008. Esa falta de legislación vinculante a nivel europeo, es una de las carencias que permite que – en pleno corazón de Europa- ciertas personas sufran la legalización del fascismo y del odio.

La Resolución da otra clave de enfoque: la seguridad de la comunidad LGBTI no es independiente de la seguridad del resto de personas que viven en Europa, y el deterioro de su seguridad es un indicador del deterioro de todos los derechos fundamentales. El Parlamento, preso de una clara impotencia frente a un fenómeno tan extremo y extendido como este,

Póster homófobo en Poznań, Polonia, que sostiene que la educación sexual enseña a los niños y niñas desde la guardería a masturbarse, a ponerse un condón y a mantener relaciones homosexuales. Además denuncia que el gobierno de coalición PO-PSL (2007-2015) colaboró con el lobby gay (WIKIPEDIA)

opta por una acción drástica: el estrangulamiento económico. La Resolución interpela a la Comisión para que controle el uso de todos los flujos de financiación de la Unión, y para que dialogue periódicamente con las autoridades nacionales, regionales y locales, para recordarles su compromiso con la no discriminación. Y en particular, la prohibición de discriminar por parte de las corporaciones locales, en virtud de la Directiva 2000/78/CE. De momento, Tripadvisor sigue alertando de que “en Polonia se acepta a los homosexuales mientras no digan que lo son” y el Rainbow Map de la ILGA coloca Polonia en el último lugar del ranking.

Primeros pasos contra los fascistas del tercer milenio

LA PERIODISTA ALBA SIDERA EXPLICA QUE CASA POUND NO TIENE REPAROS
EN RECONOCER “QUE ELLOS SON FASCISTAS, SÍ, PERO ENROLLADOS”

Carteles de Casa Pound.
SIMONE RAMELLA / LICENCIA CC BY 2.0





.....

ALBA SIDERA

redaccion@lamarea.com

.....

La organización neofascista CasaPound tiene muy buen arraigo en Roma, donde nació. Fue la anfitriona de Matteo Salvini cuando este hizo su primer acto en la capital italiana. Era febrero de 2015 y, una vez presentado en el escenario por los neofascistas, Salvini se postuló como líder de la extrema derecha identitaria europea, convirtiendo la Liga Norte en una especie de Frente Nacional a la italiana. El exviceprimer ministro no ha escondido nunca su proximidad con los autodenominados «fascistas del tercer milenio».

La presencia de CasaPound en Roma es tangible. Muchos institutos de secundaria tienen las paredes tapizadas de propaganda de su potente rama juvenil, Blocco Studentesco, con bastantes representantes electos por los estudiantes. Entre 2008 y 2013 hubo incluso un alcalde de extrema derecha, Gianni Alemanno, que protegió sin tapujos a los fascistas y les colocó en diferentes puestos de poder en empresas municipales.

Pero lo que más pone de relieve la impunidad de la que han gozado siempre es su sede desde 2003 en la céntrica Via Napoleone III, bautizada como el «primer centro social fascista de la historia». Se trata de un edificio público de seis plantas, ocupado y convertido en su cuartel general. Está en el corazón de Roma, en el barrio del Esquilino, una zona popular con mucha inmigración. «Somos la embajada de Italia en este puto barrio multiétnico», explican. Desde allí han partido marchas en formación paramilitar y expediciones nocturnas para atemorizar minorías. También desde allí han realizado ruedas de prensa y debates con los medios que se han prestado a darles espacio para contar que ellos son fascistas, sí, pero enrollados; que se preocupan por el ambiente y los necesitados –siempre que sean italianos blancos–.

En estos 17 años ha habido diversas denuncias contra la ocupación de CasaPound, pero nunca han prosperado, o se han archivado con excusas pintorescas. La policía incluso elaboró un informe en el cual los definía como unos buenos chicos altruistas y respetuosos con la legalidad. Ahora, finalmente, la fiscalía de Roma parece decidida a llevar adelante el desalojo del edificio ocupado –que no será inminente–, y se ha abierto una investigación contra CasaPound por instigación al odio racial. La asociación nacional de partisanos de

Italia, ANPI, es la entidad que más ha batallado para derrotar por la vía judicial al grupo de neofascistas.

Desde CasaPound aseguran que en su sede acogen a «familias en situación de emergencia habitacional». En realidad, más de la mitad de las dieciséis personas oficialmente allí censadas son funcionarios de la Guardia de Finanzas, del Ayuntamiento, del gobierno de la región o del Ministerio de Economía y Finanzas –que es el propietario del edificio–. Otros trabajan en un conocido restaurante romano propiedad de la mujer del fundador, Gianluca Iannone, o en empresas municipales.

El desalojo, si acaba llevándose a cabo, cambiará la fisionomía romana. El inmenso e imponente letrero de CasaPound –del que ahora queda la huella en la pared– recordaba a todo aquel que pasaba por delante que en Italia los fascistas no se esconden, sino que se jactan de serlo. Y es que la investigación por incitación al odio racial y el desalojo son solo un primer paso. Lo que realmente debería cuestionarse una república erigida sobre el antifascismo, que en su constitución prohíbe expresamente la refundación del partido fascista, es la existencia de una organización que concurre a las elecciones presentándose abiertamente como fascista. Y no es la única.

Los herederos ideológicos de Mussolini no se han quedado de brazos cruzados. Ya han ocupado otros edificios en Ostia, distrito litoral de Roma. No es una elección casual: en Ostia, la popular y lucrativa «playa de Roma», la organización de ultraderecha dispone ya de una fuerte presencia y buena relación con la activa mafia local. Tienen allí un regidor y bastante poder intimidatorio en las calles. El próximo año habrá elecciones municipales en Roma y hay buenas probabilidades de que salga elegido un alcalde de extrema derecha. CasaPound aspira a la presidencia del distrito de Ostia.

De materializarse el desalojo, perder su histórica sede en el corazón de Roma supondrá un golpe para el ego de CasaPound. Al mismo tiempo, sin embargo, trasladar su cuartel general al litoral romano y aglutinar allí sus energías podría dar lugar a un núcleo de poder ultraderechista concentrado y, por lo tanto, peligroso. Los fascistas del tercer milenio que inspiraron a Hogar Social Madrid continúan siendo un referente para la ultraderecha identitaria europea y gozan de buena salud militante.



La extrema derecha en Grecia después de Amanecer Dorado



“LA FUNCIÓN DE LOS MOVIMIENTOS DE EXTREMA DERECHA NO ES (TANTO) GOBERNAR SINO ESCORAR LAS POSICIONES DEL RESTO DE AGENTES POLÍTICOS HACIA EL EXTREMISMO, PARA QUE SUS IDEAS SE ASUMAN SIN NECESIDAD DE QUE ELLOS ESTÉN EN EL GOBIERNO”, ESCRIBE EL AUTOR.

Ataque de neofascistas al barco humanitario Mare Liberum en Mitilene el 20 de marzo de 2020 (@TEAMMARELIBERUM)

HIBAI ARBIDE (MUZUNGU PRODUCCIONES)

redaccion@lamarea.com

Durante la última década hemos afirmado muchas veces –un poco en broma y bastante en serio– que Grecia es un spoiler. La república helena, después de 2008, sirvió para advertir al resto de países cómo las élites utilizarían la crisis para aumentar sus privilegios y beneficios. Grecia también fue un spoiler respecto al ascenso de la extrema derecha, un fenómeno ligado a lo anterior: aunque los neofascistas se presentan a sí mismos como una fuerza anti-stablishment y los medios los retratan



como genuinos antisistema, no hay nada más funcional para el sistema que los movimientos políticos que pretenden quitar más derechos a los más oprimidos.

Grecia fue también un spoiler para entender la manera en la que los medios tratan a los extremistas. Primero hablaban de Amanecer Dorado continuamente, con cierto morbo sensacionalista; después les empezaron a llevar a programas de entretenimiento mostrando la cara más humana de sus dirigentes; más tarde, normalizaron completamente su presencia mediática con el argumento de que ya eran tercera fuerza en el Parlamento. Esto no cambió hasta el asesinato de Pavlos Fyssas.

Amanecer Dorado era una organización nacional-socialista paramilitar. Su modelo organizativo y programático eran las SA hitlerianas. En ese sentido, se parecía mucho más al Frente Nacional inicial de Jean-Marie Le Pen que a una banda de pijos que han vivido toda la vida sin dar un palo al agua como es VOX. Lo cierto es que siempre tuvieron muy buena relación con la clase política a la que supuestamente venían a enmendar.

En abril de 2014, cuando su cúpula fue detenida y comenzó el proceso judicial en su contra después de varios asesinatos, el portavoz neonazi Ilias Kasidiaris grabó con cámara oculta una conversación con el secretario del gobierno Panagiotis Baltakos en el despacho oficial de este. Baltakos era la mano derecha del primer ministro Antonis Samarás. En la grabación de Kasidiaris, Baltakos afirma que los ministros de Justicia y del Interior habían presionado a los jueces para imputar a los líderes de Amanecer Dorado, ya que el Gobierno temía las consecuencias de la fuga de votantes hacia la formación neonazi. Baltakos fue obligado a dimitir y entonces reveló que Nueva Democracia y Amanecer Dorado tenían una alianza informal, que incluía acuerdos para las votaciones parlamentarias más relevantes.

Tras la desaparición de Amanecer Dorado, la vinculación entre la derecha extrema y la extrema derecha es aún más clara. Las islas del Egeo en donde se concentran los campos de refugiados más grandes de Europa están siendo el laboratorio de una nueva extrema derecha que ha difuminado los límites entre los partidos, los movimientos “vecinales”, las instituciones y las fuerzas policiales.

El antifascista Kapios Tadopoulos –identidad en redes de un activista que por motivos de seguridad prefiere mantener el anonimato– sostiene que en Lesbos ha surgido un nuevo movimiento extremista que funciona de manera orgánica: “Todo esto comenzó en 2015, con la gran afluencia de personas [refugiadas] a la isla. Fue entonces cuando apareció una retórica racista y agresiva en las redes sociales a la que no se le dio ninguna importancia. Especialmente en cuentas locales de Facebook, se dio un espacio a los xenófobos y racistas que constituyen una gran parte de la población de derechas de la isla. A ellos se unieron los miembros de Amanecer Dorado que, de alguna manera, se han quedado poco a poco huérfanos del liderazgo del partido. Ahora todos han forma-

do un único grupo en la isla. Ya no se distingue quién lleva la esvástica y quién es de derechas. Son casi todos un solo cuerpo, se han unido. La tolerancia judicial comenzó con esas pequeñas ofensas relacionadas con la retórica racista. Hay una legislación en Grecia para esto [los delitos de odio], pero nadie la ha aplicado nunca. Los fiscales no se ocupan de nada de esto, y, por supuesto, tampoco lo hace la División de Crímenes Cibernéticos de la policía. Ha habido amenazas contra voluntarios de ONG que estaban en la parte norte de la isla [donde llegan las barcas de refugiados], a los que se expulsó de la isla por la fuerza”.

De las amenazas por internet se pasó a los hechos. Incendios de instalaciones de organizaciones de ayuda a refugiados, palizas a periodistas, intimidación de refugiados a los que se ha prohibido caminar por el centro urbano de Moria y amenazas se han convertido en habituales en Lesbos, Quíos y Samos. En febrero, un centenar de fascistas estableció un check point en la carretera que une Mytilini, la capital de Lesbos, con Moria, el municipio donde está el mayor campos de refugiados. Durante cuatro días y cuatro noches, encapuchados armados con armas blancas controlaron todos los movimientos de vehículos, pidieron identificaciones, destruyeron decenas de coches de ONG, propinaron palizas a trabajadores humanitarios y periodistas y aterrorizaron a decenas de refugiados. Fuimos testigos de cómo la policía pasaba tranquilamente por el checkpoint. Dos agentes de policía me llegaron a decir que era mejor que no pasara por allí, pero que no era su función protegerme de un eventual ataque.

El encubrimiento por parte de la policía y la inacción de los fiscales también tiene que ver con quién es el diputado de Nueva Democracia de la isla. Se trata Charalampos Athanasiou, que antes era magistrado y ahora es el hombre fuerte del partido de gobierno en la isla. Tanto Tadopoulos como periodistas locales han publicado numerosas fotografías en las que se ve a Athanasiou con exmiembros de Amanecer Dorado y con los líderes de las protestas “vecinales” contra la presencia de refugiados en la isla.

Aquí es donde, tal vez, Grecia vuelve a ser un spoiler: La función de los movimientos de extrema derecha no es (tanto) gobernar sino escorar las posiciones del resto de agentes políticos hacia el extremismo, para que sus ideas se asuman sin necesidad de que ellos estén en el gobierno. Desde marzo de 2020, el gobierno griego ha suspendido la convención de Ginebra, ha suspendido el derecho de asilo, ha convertido los campos de refugiados en inmensas prisiones al aire libre, ha realizado maniobras militares en la ruta naval de los refugiados, ha disparado fuego real para intimidar a varias pateras, ha realizado deportaciones colectivas, ha retenido a refugiados y migrantes en prisiones secretas y tiene previsto prohibir las manifestaciones a partir del martes 7 de julio.

Mientras, la izquierda institucional no se atreve a cuestionar las ideas de fondo de la extrema derecha sobre inmigración. La izquierda institucional sigue pensando que la inmigración es un “problema”. Mientras lo siga haciendo, la extrema derecha ya está ganando.

El caso Network: torturas y persecución al antifascismo en Rusia



“DESDE EL AÑO 2000 Y HASTA 2010, EL ESTADO (RUSO) USÓ A LOS NAZIS PARA LUCHAR CONTRA LOS ANTIFASCISTAS. PARA ASESINARLOS, LITERALMENTE”, EXPLICA SU AUTORA.

Acción contra la tortura de activistas antifascistas en Rusia
(RUPPRESSION)



INESS DIMNICH

redaccion@lamarea.com

El antifascismo no es bienvenido en Rusia. Por supuesto no hablamos de la propaganda gubernamental, en la que la palabra «antifascista» se usa con frecuencia y de manera interesada como reivindicación nacionalista y patriótica, en referencia al período de la Segunda Guerra Mundial. Desde el año 2000 y hasta 2010, el Estado usó a los nazis para luchar contra los antifascistas. Para asesinarlos, literalmente. La policía tenía conocimiento de la preparación de varios asesinatos de antifascistas por parte de grupos neonazis, pero simplemente dejó que sucedieran. Más tarde, investigaciones independientes demostraron la conexión entre conocidos neonazis y funcionarios del Estado, también en la policía.

En los últimos dos años y medio el caso Network ha sido el principal y más severo en la persecución del activismo antifascista en Rusia. Entre septiembre de 2017 y hasta enero de 2018, varias personas fueron detenidas por la policía en Penza y San Petersburgo. Al principio, se quería arrestar y acusar a otros activistas de Moscú o incluso de Bielorrusia; el Estado quería internacionalizar el caso, pero no le funcionó. Este año, esas 10 personas fueron condenadas a entre tres años y medio y 19 años de prisión por pertenencia y participación a una organización terrorista.

Esta semana se ha conocido la condena a otros dos antifascistas: uno a siete años de prisión y el otro a cinco años y medio. En el caso de la sentencia más corta es porque ha habido un reconocimiento de culpabilidad. Los participantes de la Network, algo que en realidad nunca existió, según denuncian los activistas, no han sido condenados por una acción concreta, sino por haberseles encontrado conversaciones en las que criticaba a las autoridades y en las que hablaban sobre sus ideas, mostrando así sus posiciones antigubernamentales. Además, las principales acusaciones sobre supuesto planes para atacar el Mundial de fútbol de 2018 fueron obtenidas por confesión mediante la tortura de los activistas, tal y como han denunciado varios medios de comunicación rusos.

Descargas eléctricas, palizas, presión psicológica y amenazas a los acusados e incluso a los testigos. Esos fueron los métodos de la policía. Los servicios secretos, según denuncian los condenados, incluso se llevaron a algunos de ellos al bosque para golpearlos allí. Ni ellos mismos sabían qué querían escuchar sus torturadores. Se tuvieron, además, que aprender todas las acusaciones para poder repetirlo durante la investigación. Algunos de los torturados denunciaron el maltrato, pero de poco sirvieron las pruebas presentadas, consistentes en exámenes realizados por expertos independientes como la Comisión de Monitoreo Público, que verifica las condiciones de los detenidos en los puestos de detención. Ninguno de los

torturadores fue declarado culpable. Incluso algunos activistas fueron torturados de nuevo después de haber denunciado. Varias personas se vieron obligadas a huir de Rusia y solicitaron asilo político a otros países para escapar de todo aquello.

Durante la investigación del caso, varios de los activistas fueron presionados por sus compañeros de celda y sufrieron malos tratos. El Estado estaba detrás. Algunos de ellos desarrollaron problemas graves de salud y no recibieron el tratamiento adecuado. De hecho, uno de los acusados cayó enfermo de tuberculosis e incluso durante las audiencias en la corte estuvo junto a sus compañeros.

El caso recibió un gran apoyo por parte del antifascismo, pero también por parte de los defensores de los derechos humanos y periodistas de todo el mundo: se sucedieron las acciones y protestas públicas, hubo comunicados y declaraciones, se escribieron artículos y se hicieron presentaciones y subastas para apoyar a los presos políticos. La campaña de apoyo consiguió llamar la atención sobre el caso y se resumió, se tradujo y se difundió información para movilizar a la comunidad, y sobre todo, para recaudar dinero y así poder pagar la defensa de los acusados. Todo sucedió de manera muy espontánea y todos los que participaron en la campaña eran voluntarios. Las familias de los acusados también estuvieron al frente; incluso crearon una “red de padres y madres” para demostrar que no creían los argumentos del Estado contra sus hijos, ni siquiera de la existencia de la Network.

El caso ‘Network’ no ha sido fácil para los activistas y ni para la campaña de apoyo. Durante la investigación se conocieron varios hechos desagradables no relacionados con este caso, pero sí sobre alguno de los acusados. Se le atribuía un caso de abuso sexual y otros hechos que generaron un intenso debate en el movimiento, pero que no tenían nada que ver con la causa en su totalidad ni con el resto de los compañeros presos. Aún así, los activistas de la campaña quisieron separar este asunto personal de la causa política general contra el movimiento, pero sin dejar de señalar su absoluto rechazo y su condena total de esta persona por estos actos, que han querido además no ocultar por coherencia. Aún así, estos hechos horribles no cambian la realidad: invención del relato por parte del poder y torturas a los antifascistas detenidos.

La dura represión contra los activistas políticos, los anarquistas y los antifascistas señalados por el Estado es un aviso para que los demás guarden silencio y se conviertan en sujetos políticos pasivos. El 1 de julio, las enmiendas a la Constitución de Rusia que algunos consideramos ilegales serán aceptadas en una votación que muchos vemos ya decidida. Y es que en junio, el activismo ya fue advertido y controlado por la policía. Las oleadas de represión contra el movimiento antifascista y el resto de sociedad civil han obligado a muchísimas personas a marcharse de Rusia. Y los que se quedan están arriesgando sus vidas.



Carteles electorales en Perpignan. PABLO BONAT

El 'centrismo de extrema derecha' se impone en Perpignan

PERPIÑÁN SE HA CONVERTIDO EN LA ÚNICA CIUDAD DE MÁS DE 100.000 HABITANTES EN EL HEXÁGONO EN MANOS DE LA ULTRADERECHA DESPUÉS DE SU ÚLTIMA EXPERIENCIA EN TOULON ENTRE LOS AÑOS 1995 Y 2001.

PABLO BONAT

redaccion@lamarea.com

La capital del Département des Pyrénées-Orientales, en la que viven 120.158 personas con una área urbana de 323.388 habitantes, es una ciudad de frontera situada a escasos 30 kilómetros del Estado español y alejada de los principales centros de poder regionales y estatales (Montpellier, Toulouse...). Este es un hecho crucial para comprender la sensación de abandono que existe en la ciudad. El politólogo y sociólogo Dominique Sistach lo confirmaba hace unos meses en France Culture afirmando que «este Departamento se encuentra un poco olvidado, abandonado, de los cargos electos nacionales, de la República y del Estado». Para Sistach, esto ha ayudado a desarrollar un

«clientelismo local basado en el reconocimiento de las comunidades y la práctica de un comunitarismo político».

A esta compleja realidad social hay que añadirle la falta de tejido industrial en un territorio con un tejido económico dominado por el turismo, el funcionariado y el sector sociosanitario. La tasa de pobreza (todo aquel que vive con menos de 970 euros mensuales) se sitúa en la ciudad en el 32% mientras que en el resto del Estado es del 14,7%.

Desde el año 1959 la ciudad ha sido gobernada por la misma dinastía familiar y una oligarquía instalada en el poder desde entonces. Primero Paul Alduy entre 1959 y 1993, luego su hijo Jean-Paul Alduy entre 1993 y 2009 y por último el delfín de éste: Jean-Marc Pujol, el alcalde derrotado éste pasado domingo por Louis Aliot.



LOUIS ALIOT, EL ARTÍFICE DE LA DESDIABOLIZACIÓN DE LA ULTRADERECHA

Este abogado nacido en Toulouse en 1969 es uno de los responsables de la estrategia de desdiabolización del Front National (actual Rassemblement National) desarrollada en los últimos años. Militante del partido desde 1990, se instala en el panorama político perpiñanés en 2008, cuando se presenta por primera vez a las elecciones municipales. El hecho de ser compañero de la líder del partido Marine Le Pen le ayuda a ganar popularidad rápidamente gracias al hecho que Le Pen es la única política de ámbito estatal que se deja ver a menudo por la ciudad.

Aliot ha ido marcando, poco a poco, su perfil «centrista de extrema derecha», en palabras del historiador Nicolas Lebourg, dejando de lado las proclamas abiertamente racistas y adoptando un discurso mucho más moderado. Su referente regional es Robert Ménard, alcalde de la localidad occitana de Béziers, que discrepa públicamente de Marine Le Pen abogando por una línea más cercana a la derecha tradicional. En esta línea, Aliot invitó a su mítin en Perpiñán a Thierry Mariani, antiguo ministro de la UMP de Sarkozy. El éxito de ésta fórmula parece asegurado: Ménard (candidato sin etiqueta pero vinculado al espacio político del RN) accedió a la alcaldía en 2014 y en 2020 ha revalidado el mandato directamente en la primera vuelta con casi el 70% de los votos, la prueba que los cargos electos de la extrema derecha francesa ya no se pierden en excentricidades discursivas o en casos de corrupción, tal como pasó con la primera oleada de concejales frontistes en los años 90.

En Perpiñán, Aliot también ha ido corrigiendo su discurso en lo que concierne al hecho diferencial catalán de la región. El sociólogo Gautier Sabrià explica en una entrevista en Vilaweb que cuando el político llegó a la ciudad, el hecho de ver tanta simbología catalana le molestaba y rechazaba hablar de la catalanidad. Eso «hasta que entendió que si quería hacer carrera aquí tenía que incluir la identidad catalana en su programa. Es el único candidato del RN en todo el Estado que usa otra bandera además de la francesa, por ejemplo.

La maniobra definitiva del proceso de desdiabolización es la configuración de una lista sin etiqueta desvinculada del Rassemblement National y con la presencia de algunas personalidades del mundo de la cultura de la ciudad, que le han permitido esconder su pasado político lleno de cargos relevantes en el Front National y normalizar su discurso. La suma de éstos elementos y la incapacidad del resto de fuerzas políticas para articular una propuesta política alternativa en este fin de ciclo de la dinastía de los Alduy han situado a Aliot y su lista cómo la llave del cambio en la ciudad.

LA DERECHA EXTREMA Y LA EXTREMA DERECHA EN EL CONSEJO MUNICIPAL

Con todo, su presencia durante la última legislatura como única oposición al gobierno de derechas de Jean-Marc Pujol ha provocado que el antiguo alcalde haya endurecido su posición para compensar la presencia incipiente del candida-

to ultraderechista. Así, Pujol ha lucido la «primera Policía Municipal de Francia» con un agente cada 760 habitantes y armados con pistolas semiautomáticas después del atentado de Niza. También ha desarrollado el sistema de videovigilancia hasta convertir a Perpiñán en la quinta ciudad del Hexágono en número de cámaras cada 100.000 habitantes. En materia de seguridad, por ejemplo, los programas del alcalde saliente y del candidato no son tan dispares.

Y luego está la cuestión postcolonial. Cataluña Norte es un territorio fuertemente vinculado con la Algeria ocupada por Francia por la proximidad geográfica que permitía la conexión portuaria entre Portvendres y Orán. Tanto Pujol, que huyó de Algeria en 1961, como Aliot son descendientes de pied-noirs y sostienen discursos nostálgicos y revisionistas del conflicto. Hay que tener en cuenta que Perpiñán es la única ciudad que cada 19 de marzo pone las banderas a media asta como señal de luto por «la pérdida de Algeria» conmemorando la firma de los Acuerdos de Évian en 1962 que implicaron la independencia del país norteafricano.

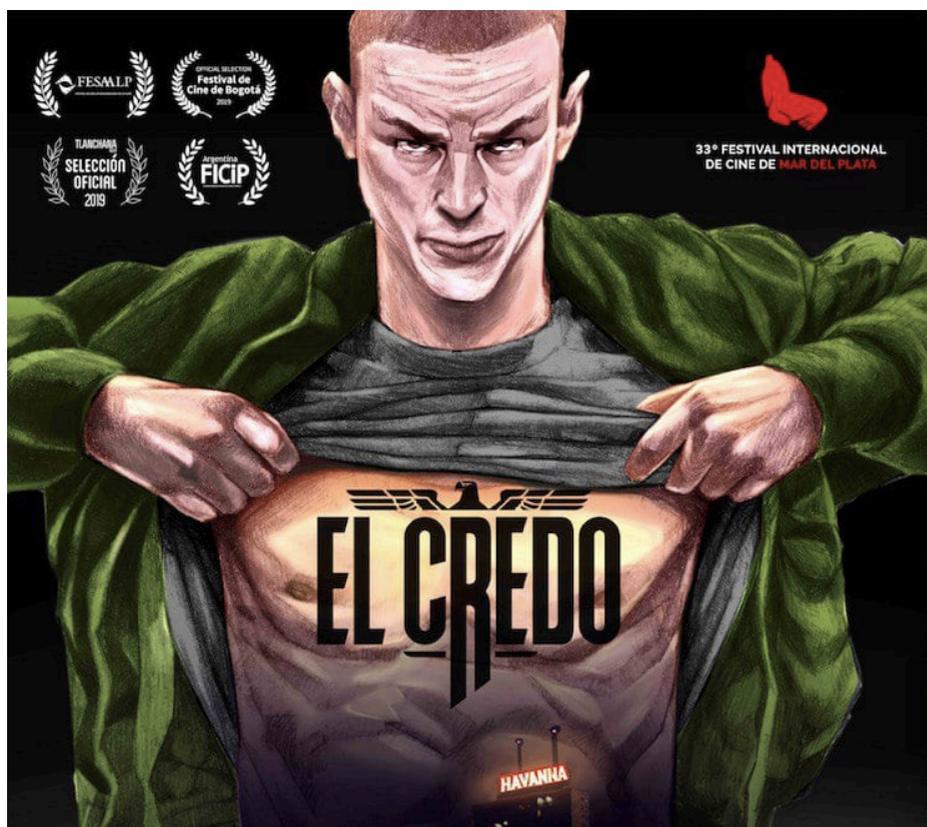
Del mismo modo, en el cementerio del norte hay una estela de homenaje a la OAS (grupo paramilitar que actuó contra la independencia de Algeria), fuertemente contestada por colectivos sociales pero defendida por el Ayuntamiento, que se niega a retirarla. Otro proyecto de Pujol es dedicar una calle a Pierre Sergent, antiguo miembro de la OAS y candidato del Front National en Perpiñán y el Departamento en los años 80.

UN VOTO TRANSVERSAL

En unas elecciones municipales fuertemente marcadas por la epidemia del COVID-19 con una segunda vuelta celebrada tres meses después de la primera (normalmente solo hay una semana de margen), Aliot ha logrado imponerse en un contexto de una fuerte abstención (52%) recogiendo un voto muy transversal e imponiéndose tanto en los barrios más populares de la ciudad como en los más bienestantes. La división de la derecha con hasta tres listas que salían del espacio político de un Jean-Marc Pujol muy desgastado por la gestión y una izquierda que no ha sabido construir un proyecto atractivo y creíble para liderar el cambio en la ciudad han catapultado a Louis Aliot a la alcaldía.

Falta, ahora, el tercer tiempo de este ciclo electoral: la elección del presidente de la Communauté Urbaine Perpignan Méditerranée Métropole. Esta mancomunidad que reúne a 36 municipios alrededor de la capital gestiona la carpeta más importante de competencias y de recursos económicos. Veremos si Aliot es capaz de reunir suficientes apoyos entre los alcaldes de la derecha tradicional. Sea como sea, la victoria de Aliot en Perpiñán puede tener, sin duda, consecuencias en la estrategia estatal del Rassemblement National, cuyos resultados en estas elecciones no han sido nada positivos. Con las excepciones, claro está, del sur. Béziers y Perpiñán. Ménard y Aliot. Lejos de la línea oficial del partido.

‘El Credo’, el documental que retrata la lucha popular contra los neonazis de Mar del Plata



Cartel de 'El Credo' y su director, Alan Sasiain

‘LA MAREA’ PUBLICA EL DOCUMENTAL Y HABLA CON SU DIRECTOR, ALAN SASIAIN, QUIEN SUBRAYA LA IMPORTANCIA DEL TRABAJO ANTIFASCISTA PARA COMBATIR A ESTAS BANDAS QUE SIEMBRAN LAS CALLES DE ODIOS Y VIOLENCIA.

MIQUEL RAMOS

redaccion@lamarea.com

En abril se estrenó en Internet el documental El Credo, del director Alan Sasiain, que explica la historia del grupo neonazi Bandera Negra, que durante años sembró de odio y violencia la ciudad de Mar del Plata. En 2018 se había estrenado en la 33 edición del Festival Internacional de Cine de Mar del Plata y posteriormente recorrió varios festivales latinoamericanos. Hoy ya se puede ver en todo el mundo a través de Youtube o Vimeo. Hemos entrevistado a su director, que tiene previsto realizar una gira el próximo año para presentarlo en otros países. Nosotras,



con su permiso, lo ofrecemos a nuestros lectores junto a esta conversación.

El documental sigue la pista de varios jóvenes neonazis de la ciudad argentina y su escalada violenta contra activistas de izquierdas, feministas, migrantes y transexuales entre 2014 y 2015. Liderados por un carismático personaje de trayectoria ultranacionalista, los neonazis campan a sus anchas ante la pasividad y la connivencia de la policía.

Esta situación de desamparo que sentían las víctimas, así como la cada vez más violenta actividad de los neonazis, motivó que varios movimientos sociales de la ciudad empezaran a organizarse para hacerles frente en las calles, así como denunciarles en los medios de comunicación y en los juzgados.

“Hay un sentido común que dice que esta gente no existe, no en nuestro país. Y la verdad es que hay varias razones que promueven esta idea. Una de ellas la encontramos en la justicia federal. No hay antecedentes de juicios ni condenas ligadas a la promoción de ideas fascistas. Es evidente que estos grupos empiezan a preocupar cuando comienzan a pasar a la acción, que es justamente lo que ocurrió a partir de 2014 en Mar del Plata”, explica el director del documental a La Marea.

Alan Sasiain y Javier Blasco realizaron una minuciosa investigación sobre el origen de los neonazis de Mar del Plata. En esta ciudad, además, nació y vivió el director del documental durante 20 años. Allí conoció a muchos activistas y movimientos sociales de izquierdas. Según explicaba en un medio argentino, uno de los hechos que le motivó para documentar esta historia fue descubrir que entre los neonazis se encontraba un antiguo colega suyo, con quien había acudido a conciertos de punk años atrás.

“Ya en esa época, a principios de los 2000, se sabía que había grupos con características neonazis en la ciudad, pero estos no eran públicos. Alechar un vistazo a los posibles antecedentes en Argentina puede verse que el desarrollo de estos grupos ‘discriminadores’ se concentra en la capital, en la ciudad de Buenos Aires. Desde la vuelta de la democracia en el año 1983 ha habido incidentes y hasta homicidios vinculados con estos grupos, pero siempre con una atención marginal. Nunca han puesto el foco (en ellos) los medios masivos ni la sociedad en general”, señala Sasiain.

La historia de Bandera Negra, la banda neonazi que retrata el documental, es bastante similar a la de otros grupos neonazis que también hemos conocido en el Estado español. Sus jerarquías, su retórica y sus estrategias se parecen siempre mucho. “Hay un personaje que aglutina a todas estas personas que estaban dispersas y las agrupa políticamente. Les

instiga a cometer delitos xenófobos, racistas, homófobos y macartistas de todo tipo. Después de estos ataques ocurre el hecho más violento donde casi matan a un joven anarquista”.

El documental cuenta con testimonios de varias víctimas, de los activistas que deciden combatirlos y de las sesiones del juicio con las declaraciones de todas las partes. “La presión ejercida por las distintas organizaciones políticas y activistas locales lleva a que la justicia actúe: por fin detienen a los violentos”. El director destaca la labor de los grupos antifascistas de la ciudad, que se dedicaron durante mucho tiempo a monitorizar al grupo neonazi y conseguir por fin su detención. Sin embargo, a lo largo del documental se puede apreciar la benevolencia con la que se trataba a este grupo, e incluso la connivencia de la policía en algunos casos.

El relato de los neonazis durante el juicio es del todo esclarecedor, aunque suele ser el habitual. Todo ese orgullo y honor que lucen a menudo, ante un tribunal se convierte en un juego, en tonterías de jóvenes que solo quieren provocar, hasta el punto de renegar públicamente de esos ideales tan gloriosos y eternos que reivindican. Se ve en el juicio de los neonazis argentinos, pero lo hemos visto a menudo en otros procesos similares en España y otras partes del mundo. Sin querer desvelar el contenido y el desenlace del documental, que invitamos a visionar, el proceso judicial resulta muy interesante para conocer el procedimiento habitual de estas bandas violentas: primero, cuando se sienten impunes e invencibles, y luego cuando se les planta cara y se les lleva ante la justicia.

El director destaca la labor de la lucha popular contra estos grupos y la movilización en las calles, más allá de la acción de la justicia.

“Hemos recibido algunas intimidaciones, pero nos sentimos protegidos por todos aquellos que le dan pelea a estas ideas. Decididamente tomamos partido por estas ideas, y sabemos y queremos no caerles bien a estos u otros fachos. Esperamos que esta experiencia que documentamos sirva para promover ideas antifascistas y de combate contra el fascismo. Sabemos que estos grupos son mucho más fuertes en Europa y Estados Unidos que en Latinoamérica, ya que sus sistemas democráticos incorporan y asimilan a estos grupos más que rechazarlos. Sabemos que no son ninguna anécdota. Con la crisis mundial que nos propone el capitalismo estos grupos están y estarán a la orden del día. De ahí la necesidad de organizarse para combatirlos”, finaliza el director.

Nunca Más: la experiencia polaca en el antifascismo contemporáneo

RAFAL PANKOWSKI ESCRIBE SOBRE LA ASOCIACIÓN NEVER AGAIN (NUNCA MÁS), “UNA DE LAS ORGANIZACIONES ANTIRRACISTAS MÁS IMPORTANTES DE POLONIA “



RAFAL PANKOWSKI
redaccion@lamarea.com

Mucha gente en Polonia tiene detrás una historia familiar de lucha contra el fascismo; y mi caso, no es una excepción. Mi bisabuelo emigró a Francia para trabajar durante la década de los treinta. En su última carta dirigida a la familia, que se había quedado en Polonia, les explicaba que iba a ir a España para unirse a las Brigadas Internacionales. Nunca lo encontraron y a día de hoy no sabemos dónde murió ni dónde fue enterrado. Quién sabe si lo sabremos algún día.

La crueldad de la ocupación nazi aún se recuerda en Polonia y resulta casi imposible encontrar a una familia que no haya perdido a algún familiar durante la Segunda Guerra Mundial. El Holocausto fue llevado a cabo aquí, en suelo polaco.

A pesar de todo, y décadas después del fin de la Segunda Guerra mundial, continúa habiendo neofascistas, racistas y antisemitas en Polonia. ¿Cómo es posible? No hay una respuesta sencilla, pero posiblemente se deba a una combinación de factores socioeconómicos y culturales, como pasa habitualmente.

En la década de los noventa conquistamos algunas libertades, pero también vimos cómo la extrema derecha tomaba



espacio. Fuimos testigos de eventos violentos, protagonizados, sobre todo, por skinheads neonazis. El blanco de la diana de estos grupos eran las minorías visibles, como los estudiantes africanos o cualquiera cuyo aspecto fuese diferente, también rockeros o gente a la que le gustaba el reggae.

Durante mi adolescencia era peligroso ir a conciertos de rock porque podías ser agredido por grupos de jóvenes neonazis. Fui testigo de algunos de estos ataques.

Sin embargo, fuimos muchos los que decidimos hacer algo y romper el silencio que se cernía alrededor de estos grupos de racistas violentos. La gente no sabía lo que pasaba porque ni los medios de comunicación ni la clase política daba cobertura a este problema.

Fue durante aquella época que conocí a Marcin Kornak, un héroe de nuestra generación. Marcin había tenido un accidente cuando tenía 15 años y había quedado paralítico: no podía mover los brazos ni las piernas, pero fue una de las personas más activas que jamás he conocido. Era poeta y escribía letras de canciones para diferentes grupos de música. Un líder natural a cuyo alrededor nació un grupo antifascista en los 90. Sin dinero, pero con mucho entusiasmo, empezamos a editar la revista *Never Again*, que miraba de reojo a la *Serarchlight* de Reino Unido y a la revista *Expo*, que se editaba en Suecia, y de la que formaba parte el famoso escritor Stieg Larsson. En 1996 dimos un paso más y con gente de todo el país creamos la asociación *Never Again* (Nunca Más). Actualmente es una de las organizaciones antirracistas más importantes de Polonia y su principal objetivo es promover el intercambio y el entendimiento entre culturas y contribuir al desarrollo de una de una sociedad civil democrática tanto en Polonia como en Europa del Este y centroeuropa. Sin embargo, hay un elemento que preocupa especialmente: que se dé una educación correcta a nuestros jóvenes que contribuya a luchar contra los prejuicios étnicos.

Otro de los objetivos de *Never Again* es romper el silencio y crear consciencia de la existencia del racismo y la xenofobia, construir un movimiento inclusivo y amplio contra el racismo y la discriminación y fomentar la diversidad. La meta es acabar con las tendencias xenofóbicas, antisemitas y racistas que impregnan todas las esferas de la vida en Polonia.

No es una tarea fácil, pero a lo largo de estos años *Never Again* ha conseguido reconocimiento tanto nacional como internacional. Además, puede presumir de ser una organización absolutamente independiente, es decir, no ligada a ningún poder político. Lo que une a los integrantes de *Never Again* es precisamente eso: la diversidad de puntos de vista, de trayectorias personales y experiencias.

Never Again monitoriza las conductas racistas y discriminatorias a través de una red de voluntarios y voluntarias y contactos en las diferentes comunidades minoritarias del país. Así, se ha logrado construir un extenso registro de incidentes

racistas y crímenes homófobos y xenofóbicos. Lo llamamos el "Libro Marrón". La lista no para de crecer. También trabajamos codo a codo con periodistas e investigadores interesados en la problemática del racismo y la xenofobia y hemos aparecido en diferentes medios de comunicación como la BBC, la CNN, Euronews o ARTE. Escribimos artículos para cabeceras nacionales e internacionales, como *The Guardian*, *The New York Times*, *Le Monde*, *El País* o *Die Tageszeitung*.

A mediados de los 2000, *Never Again* puso en marcha "Borremos el racismo", una campaña orientada a combatir el racismo y el antisemitismo en Internet. También se empezó a trabajar en centros culturales y se pusieron en marcha iniciativas como "Música contra el racismo" y "Acabemos con el racismo en los estadios". En 2012 implementamos el programa "Respetar la diversidad - El fútbol une", un programa que tenía como objetivo llevar a cabo una serie de actividades de concienciación en Polonia y Ucrania durante la *Champions League*. Fue una oportunidad única en la cual pudimos colaborar con algunas de las estrellas del fútbol.

En el día a día, sin embargo, trabajamos sobre el terreno. Por ejemplo, hemos llevado a cabo una serie de actividades para la promoción de la diversidad y el respeto en las prisiones.

Marcin Kornak murió en 2014, pero la organización sigue trabajando porque aún queda mucho trabajo por hacer. Desgraciadamente, Varsovia se ha convertido, en los últimos años, en la capital internacional del racismo y la islamofobia todos los 11 de noviembre: el día de la independencia de Polonia se ha convertido en un imán para todos los fascistas y racistas del continente europeo. Las manifestaciones no son accidentales y están alentadas por los movimientos de extrema derecha, que continúan ganando terreno. No podemos confrontarlos en la calle entonando el "No pasarán" porque no podemos hacer frente a más de 100.000 fascistas manifestándose. Pero continuamos en la lucha porque es importante. Es complicado, pero no decaeremos.



El sociólogo antifascista Pankowsky, señalado por la extrema derecha polaca



Rafal Pankowski (NIDGY WIECEJ)

NO ES LA PRIMERA VEZ QUE EL SOCIÓLOGO RAFAL PANKOWSKY, QUE TRABAJA EN LA ORGANIZACIÓN ANTIFASCISTA NEVER AGAIN, RECIBE INSULTOS Y AMENAZAS DE LA EXTREMA DERECHA. LE ACUSAN DE 'ODIAR A LOS POLACOS' POR DENUNCIAR EL RACISMO, LA HOMOFOBIA Y EL ANTISEMITISMO QUE TODAVÍA PERDURAN EN EL PAÍS.



LA MAREA
redaccion@lamarea.com

La pasada semana, Rafal Pankowsky publicó en La Marea un artículo sobre la incansable lucha de Never Again (Nunca Más), la organización antifascista en la que trabaja desde hace más de 30 años. El artículo explicaba las dificultades de las luchas por los derechos humanos en un país tomado hoy por la extrema derecha. Por eso, Never Again trabaja contracorriente, para que en los colegios “contribuya a luchar contra los prejuicios étnicos”, y para “romper el silencio y crear consciencia de la existencia del racismo y la xenofobia, construir un movimiento inclusivo y amplio contra el racismo y la discriminación y fomentar la diversidad.”

Ayer recibimos un correo alertando del señalamiento del que había sido víctima el mismo Rafal Pankowsky en la cadena pública polaca TVP. El presentador de un popular programa de la cadena, Michal Rachon, junto con otros comentaristas, atacaron a Pankowsky y a Never Again por haber criticado el libro del conocido periodista ultraderechista Rafal Ziemkiewicz en el que tilda el Holocausto de ‘mito’ y asegura que ‘los judíos están trabajando para ganarse un nuevo Holocausto o, al menos, una nueva ola de pogromos’.

Las críticas de Never Again al contenido antisemita de este libro han provocado una ola de insultos y amenazas contra la organización antifascista y su portavoz, al que acusan de ser un agente local de una conspiración judía internacional. El autor, que se considera víctima de la censura (aunque su libro se sigue vendiendo), afirmó esta semana que «los judíos pueden prohibir cualquier libro, esta es la realidad diaria en la que vivimos».

El copresentador del programa, Krzysztof Feusette, animó a los televidentes a elegir improperios para dirigirse a Pankowski. Preguntó: «¿Cómo podríamos referirnos al Sr. Pankowski con una palabra, teniendo en cuenta que los niños están mirando?»

Ziemkiewicz, autor del libro antisemita, ya fue motivo de controversia en el Reino Unido en febrero de 2018, tras las

protestas de varios parlamentarios y activistas al anunciarse la celebración de varios actos en Bristol, Cambridge y Londres. Varios diputados llegaron a pedir que se le prohibiese la entrada al país por sus discursos homófobos, islamófobos y antisemitas. Ziemkiewicz decidió cancelar su visita a última hora.

No es la primera vez que Pankowsky recibe insultos y amenazas de la extrema derecha. Acusan al activista de ‘odiar a los polacos’ y de verter calumnias contra estos por denunciar el racismo, la homofobia y el antisemitismo que perduran en el país.

El pasado 15 de mayo, Never Again publicó un extenso informe titulado El Virus del Odio en el que denunciaba los ataques racistas contra asiáticos, judíos, negros y miembros de la comunidad LGTBI a los que la extrema derecha acusa de propagar el coronavirus.

Desde la redacción de La Marea queremos mostrar todo nuestro apoyo a Never Again y a Rafal Pankowsky ante este nuevo señalamiento de la extrema derecha, que sabemos, supone un grave riesgo para su seguridad y su integridad. Por esto, os invitamos a conocer el trabajo de esta organización y a mostrar todo el apoyo a quienes se enfrentan al odio en primera línea.

Síguelos y mándales tu apoyo en redes sociales:

[Twitter: @StowNIGDYWIECEJ](https://twitter.com/StowNIGDYWIECEJ) [Facebook](#)

Enseñar antifascismo en EEUU: la memoria de la guerra civil española

“MÁS ALLÁ DE LAS DEFINICIONES DE DICCIONARIO, RESULTA MÁS PRODUCTIVO PONER A LOS ALUMNOS EN CONTACTO DIRECTO CON LAS PERCEPCIONES, ANÁLISIS Y EXPERIENCIAS DE LAS Y LOS QUE VIVIERON EL AUGE DEL FASCISMO DE PRIMERA MANO Y SE LEVANTARON CONTRA ÉL”, DEFIENDE SEBASTIAAN FABER.

Abraham Lewis (r) del Brigade
Commissariat, con Louis Secundy en
diciembre de 1937. BIBLIOTECA TAMIMENT, NYU, 15ª
COLECCIÓN DE FOTOS DEL IB





.....

SEBASTIAAN FABER

redaccion@lamarea.com

.....

Son una pequeña panda de degenerados, enloquecidos en su afán por el poder,” afirmaba Canute Frankson. “Se les reconoce más fácilmente por su perversión deliberada de la verdad y de los hechos”, decía Henry Wallace; “sus diarios y su propaganda cultivan esmeradamente cualquier fisura de división”. Es más, “se sirven del aislacionismo como lema para esconder su propio egoísmo imperialista”. Aunque “pretendwn ser súper patriotitas... si pudieran, destruirían todas las libertadas que nos garantiza la Constitución”. “Son nuestro problema”, agregaba Hy Katz. Lo que representan “puede que nos llegue a nosotros, así como ha llegado a otros países”.

Por más actuales que suenen, estas advertencias tienen más de tres cuartos de siglo de antigüedad. Canute Frankson nació en Jamaica en 1890; había emigrado a los Estados Unidos cuando tenía 27 años y trabajaba como mecánico en una fábrica de coches en Detroit (Michigan). Hy Katz, nacido en 1914, era hijo de inmigrantes polacos en Brooklyn (New York). Henry Wallace, el mayor de los tres, nació en 1888 y sirvió como vicepresidente con Roosevelt (1941-45) y, antes, como ministro de Agricultura (1933-40) y Comercio (1945-46). Los tres hombres pertenecían a generaciones, etnias, clases y culturas diferentes. Lo que tenían en común era una aversión del fascismo y la convicción de que urgía luchar contra él.

Tanto Frankson como Katz se alistaron como voluntarios en la Guerra Civil Española. Los pasajes citados provienen de las cartas que enviaron desde España. La de Frankson, fechada en el 6 de julio de 1937 y escrita en Albacete, estaba dirigida a un amigo. La de Katz, del 25 de noviembre del mismo año, era para su madre, que acababa de enterarse de lo que su hijo hacía en Europa. (“Claire me escribe que sabes que estoy en España”, le dice. “Supongo que sabes que la razón por la que no te dije nada es porque no te quería causar dolor”). Las citas de Wallace provienen de un texto posterior y de carácter mucho más público: una tribuna de 1800 palabras publicada en el New York Times el 9 de abril de 1944, en que el entonces vicepresidente se propone advertir contra lo que él llama “el fascismo norteamericano”.

Estos tres textos se leen y discuten en numerosas clases de Historia y Español en escuelas secundarias en todo Esta-

dos Unidos. No porque estén incluidos en ningún libro de texto, que no lo están, sino porque las y los profesores están interesados en el legado del activismo antifascista en Estados Unidos y porque ese interés les ha llevado a uno de los talleres didácticos ofrecidos por Archivos de la Brigada Abraham Lincoln (ALBA), una organización sin fines de lucro afincada en Nueva York.

En noviembre de 2016, la palabra más buscada en la web de Merriam-Webster, el diccionario más popular en Estados Unidos, era “fascismo”. Fue la segunda palabra más consultada de ese año. Desde entonces, el concepto ha vuelto una y otra vez para describir las tendencias políticas de nuestro presente —como lo hacen en libros recientes Madeleine Albright, ex secretaria de Estado o el historiador Timothy Snyder. El 2 de junio, un artículo de Adam Weinstein en The New Republic, escrito a propósito de lo ocurrido estas semanas, lo dejaba claro: “Esto es fascismo”.

¿Cómo verter estas reflexiones en un formato didáctico apto para adolescentes? Más allá de las definiciones de diccionario, resulta más productivo poner a los alumnos en contacto directo con las percepciones, análisis y experiencias de las y los que vivieron el auge del fascismo de primera mano y se levantaron contra él. Los análisis, por ejemplo, de un maquinista negro de Detroit nacido en Jamaica o un joven judío de 23 años que decidieron viajar a España para defender la Segunda República; o de quien fuera mano derecha del presidente Roosevelt en la invasión aliada del 6 de junio de 1944.

La organización Archivos de la Brigada Lincoln, ALBA, lleva más de diez años organizando talleres para profesores de secundaria en Estados Unidos. Fundada en 1979 por un grupo de veteranos de la Guerra Española, ALBA se dedica a mantener viva la memoria histórica de la lucha antifascista de los años 30 y 40. En los talleres, se usan materiales provenientes del enorme archivo de la Brigada Lincoln en la Universidad de Nueva York: no solo cartas sino también fotos, autobiografías, carteles, panfletos, y grabaciones audiovisuales.

Estos archivos cuentan un relato que en los libros de texto norteamericanos suele brillar por su ausencia. Si apenas se toca la Guerra Civil Española, menos todavía se habla de los casi tres mil norteamericanos que participaron en ella. Esa ausencia no es difícil de explicar. Para empezar, la actitud de Estados Unidos ante el golpe de Estado de julio de 1936 —una política de neutralidad— no casa con lo que sigue siendo la narrativa dominante del relato nacional: la “generación más grande” se levantó contra el mal absoluto que fue el nazismo y logró librar al mundo de Hitler y sus secuaces. Enfocarlo en los norteamericanos que se movilizaron contra el fascismo en 1936 o 1937 plantea una pregunta incómoda: ¿por qué el gobierno estadounidense tardó unos cinco años más —¡hasta diciembre de 1941!— en sumarse a la lucha?

Pero, además, las biografías de las y los voluntarios norteamericanos en la Guerra Española son complicadas de narrar. Muchos eran comunistas o compañeros de viaje, por lo que en los años 40 y 50 fueron objeto de las cazas de bruja macartistas. Muchos de ellos siguieron una vida de activismo político poco conforme con los poderes de su momento: se involucraron en la lucha por los derechos civiles, por ejemplo, ya en los años 30 y 40. Como indican los expedientes que mantuvo sobre ellos el FBI, el simple hecho de que un blanco se asociara con amigos afroamericanos ya era motivo de sospecha para los hombres de J. Edgar Hoover. Otro dato significativo: el batallón Lincoln estaba racialmente integrado; oficiales negros mandaban a soldados blancos. El ejército norteamericano en la Segunda Guerra Mundial, en cambio, seguía estrictamente segregado, hasta el punto en que los servicios sanitarios tenían prohibido “mezclar” sangre en las transfusiones.

Para voluntarios afroamericanos y judíos como Canute Frankson y Hy Katz, además, su participación en la Guerra Española estaba íntimamente ligada a su experiencia como minorías raciales en un Estados Unidos profundamente racista.

“¿Cómo podría quedarme sentado a esperar a que las bestias lleguen a la puerta de mi casa?”, escribió Hy Katz a su madre. Porque, además, “como judío y progresista, sería entre los primeros en caer bajo el hacha de los fascistas”. “Solo hace falta”, escribía Frankson, “considerar las páginas de la historia de Estados Unidos manchadas por la sangre de los negros, envueltas en el hedor de los cuerpos quemados de nuestra gente colgando de los árboles, impregnadas de la amargura de los gemidos de nuestros seres queridos torturados cuyos cuerpos, orejas, dedos de la mano y del pie fueron amputados como recuerdos”. Katz murió a los 24 años cerca de Belchite; fue uno de los 800 voluntarios norteamericanos que cayeron en suelo español. Frankson regresó vivo de España pero falleció uno o dos años después en un accidente de carretera.

Por más que compliquen la historia, las experiencias norteamericanas en la Guerra Española tienen una enorme efectividad pedagógica. Resuenan con los jóvenes. Para ellos resultan enormemente emocionantes testimonios como el de Abe Osheroff, que en un vídeo de cinco minutos explica no solo por qué decidió sumarse a la Guerra Española sino por qué le costó no poco hacerlo ya que no se atrevía a decirles la verdad a sus padres y porque estaba enamorado hasta las cejas y acababa de perder la virginidad.

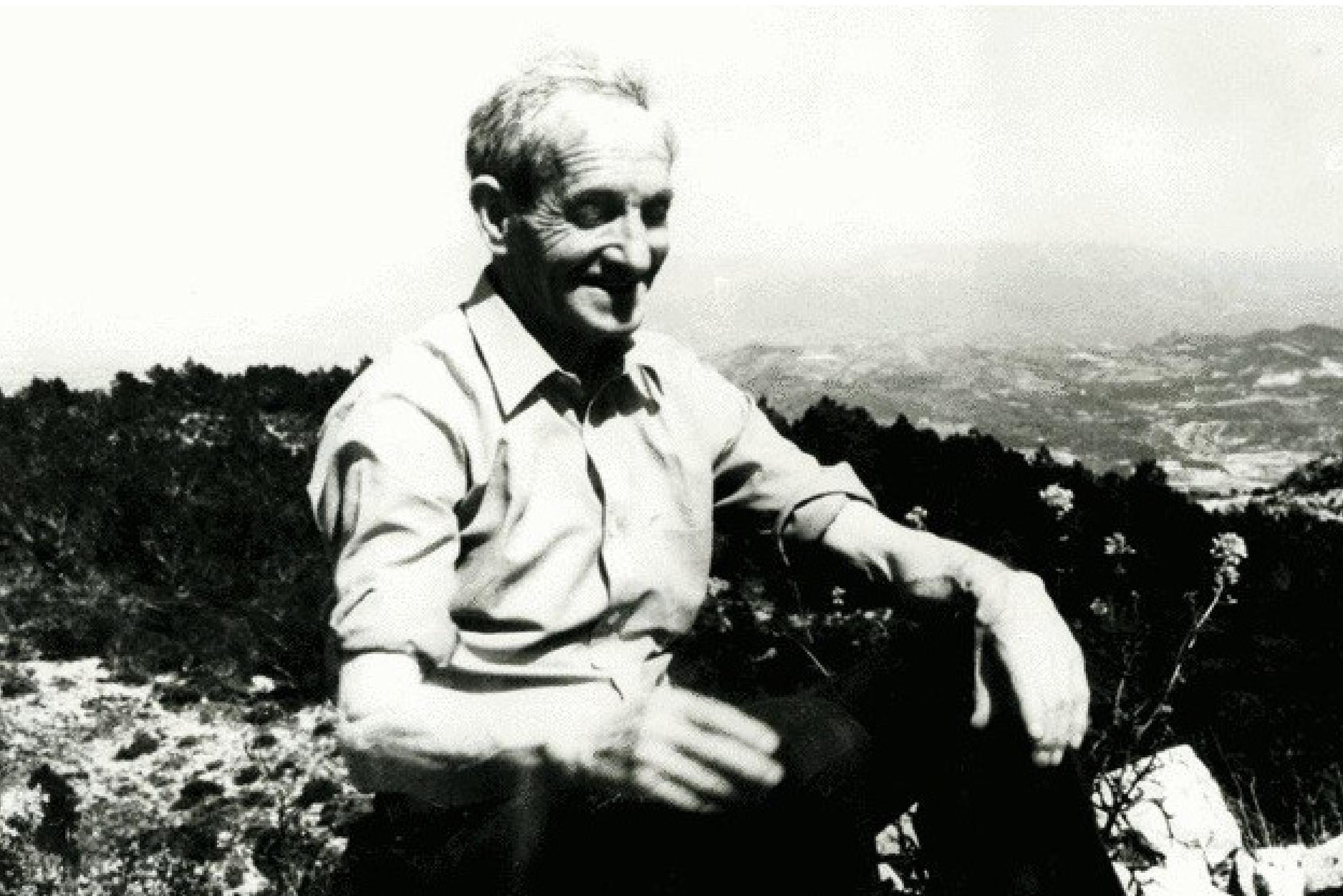
Además de proporcionar modelos de activismo político, entrar en contacto con la memoria tangible, humana de las luchas políticas del pasado les permite a las y los alumnos plantear y debatir una serie de preguntas esenciales: ¿Por qué debería preocuparse por cosas que ocurren en otra parte del mundo o que ocurrieron hace mucho tiempo? ¿Cuáles son nuestras obligaciones ante la injusticia? ¿Qué significa ser antifascista?



De los muelles de Liverpool a la Batalla del Ebro

LAS REIVINDICACIONES DE CLASE Y LA ADHESIÓN A MÚLTIPLES LUCHAS NUNCA HAN ESTADO REÑIDAS EN LA ESTIBA. EL ANTIFASCISMO Y EL ANTIRRACISMO TAMBIÉN TIENEN SU ECO EN LOS MUELLES.

Frank Deegan, estibador irlandés y voluntario en las Brigadas Internacionales
(WORKING CLASS MOVEMENT LIBRARY)



JUANJO PERIS

redaccion@lamarea.com

Liverpool, año 1915. Acero, fuego y hollín recubren una ciudad oscura, industrial y portuaria. En el barrio de Anfield reside Frank Deegan, un conocido sindicalista de los muelles del este. Deegan se dejaba la vida en el muelle. Se cuenta en The Liverpool Pub que reivindicaba que la lucha obrera debería ser siempre la lucha contra el fascismo. Irlandés, comunista, hijo de comunistas, siempre presentó batalla junto a sus compañeros, logrando, entre otras cosas, que los breaks (descansos) para el almuerzo fuesen parte de la jornada laboral y remunerados.

En 1917, Deegan dejó provisionalmente los muelles para viajar a Francia junto a los estibadores del puerto de Le Havre y unirse así al frente de resistencia estibador contrario al embarque de armas. Un siglo después, dicho gesto se repitió con los estibadores de Génova, Marsella o Le Havre, negándose a cargar buques como el Bahri Yanbu con armamento destinado a la guerra de Siria.

Los estibadores se plantaban a menudo ante los patrones y se negaban a cargar los buques. Me lo contó hace unos años Jaques Numbee, estibador del puerto de Le Havre. Cuando se negaban a estibar cargas conflictivas, sugerían al patrón que, si quería ser cómplice de asesinato por embarcar armas destinadas a alguna guerra, podía cargarlas él mismo. Esa carga nunca se embarcaba. El patrón no tiene ni idea de cómo se carga un buque.

Frank Deegan volvió a Liverpool en 1921, pero la empresa para la que trabajaba ya no contaba con él. En los años posteriores ejerció la profesión de camarero en el Liverpool pub junto a los muelles de la ciudad británica. Siguió acudiendo a las asambleas de los muelles y alertando sobre el peligro latente del fascismo. En 1936 se unió a las Brigadas Internacionales. "Si Hitler y Mussolini ayudan a Franco para que gane la guerra será una gran catástrofe para todo el movimiento obrero y para todo el mundo", clamaba el estibador.

La lucha en los muelles no cesó. En 1995, los estibadores de Liverpool se movilizaron hasta bien entrado 1998 contra las políticas liberales que había diseñado y promovido en los 80 Margaret Thatcher. En Liverpool, donde se encontraba el muelle más importante del país entonces, se libró una larga batalla en la que entraría de nuevo en escena Anfield de la mano de Robbie Fowler, un controvertido y joven jugador del

Liverpool, hijo de obreros y del barrio deprimido de Toxteth. Fowler, tras marcar un gol en un partido, se levantó la zamborra roja para mostrar otra camiseta con un lema que rezaba "doCKers" (estibadores, en español), haciendo un juego de palabras con el logotipo de una conocida marca de ropa. Esta iniciaría acciones legales contra el jugador. Faltaban símbolos y aquello fue una pequeña bocanada de aire fresco, aunque de poco sirvió entonces: los muelles fueron privatizados posteriormente.

Sin embargo, aquello recordó que la lucha seguía viva con el paso de los años. Ahora, de nuevo, los muelles de Liverpool se unieron a los paros por Black Lives Matter. Las reivindicaciones de clase y la adhesión a múltiples luchas nunca han estado reñidas con la estiba. El antifascismo y el antirracismo también tienen su eco en los muelles.

Las reivindicaciones de la clase trabajadora, tal y como nos enseña la historia, ha estado siempre ligada a la lucha contra el fascismo en todas sus formas. Y los estibadores así lo hemos demostrado. Conocer nuestras raíces es mucho más que conocer nuestra historia: es aprender a respetarla, con la obligación de mantenerla viva.

Deegan, el estibador irlandés, ya había combatido a los fascistas ingleses de Oswald Mosley cuando este realizó un acto en Liverpool. "El primer orador fue William Joyce, más tarde conocido como Lord Haw Haw. 'Cuando lo escuché, mi sangre irlandesa se desbordó (...) y me levanté y comencé a gritar. ¡Los matones camisas negras me agarraron y me usaron como ariete contra las puertas cerradas!' recordaba el estibador en una entrevista publicada en 1986. «La derrota del gobierno español fue un paso en el camino hacia el fascismo en Europa. La Segunda Guerra Mundial podría haberse evitado si Franco hubiera sido derrotado. Mussolini y Hitler ayudaron a Franco a fortalecer el fascismo en Europa. Se prepararon para la Segunda Guerra Mundial en España», explicaba Deegan en esa misma entrevista.

Deegan publicó sus memorias en 1980 bajo el simbólico título de "No hay otro camino". Participó en múltiples actos para recordar a las Brigadas Internacionales y alertar sobre el fascismo. La historia de Frank nos sirve hoy de ejemplo a todo el gremio de estibadores, ya que es una figura enormemente respetada en Liverpool, donde tuvimos el placer de escuchar su historia. Fue cuando un grupo de trabajadores fuimos a conocer la lucha de nuestros compañeros ingleses. Las historias de nuestros antepasados nos obligan a mantener despierta la memoria y aprender de los errores. La lucha antifascista también es nuestra, y existirá mientras exista el fascismo. En los muelles siempre lo recordaremos. Nuestra mera existencia es pura resistencia.



¡Que perdure la solidaridad!

EL SINDICALISTA ANTIFASCISTA RECUERDA LA HISTORIA DE SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA OBRERA DE LOS MINEROS Y ESTIBADORES DESDE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA A LA ACTUALIDAD, CON EL MOVIMIENTO BLACK LIVES MATTER.

Un minero durante la llamada 'Marcha negra' que recorrió Madrid en julio de 2012 contra el cierre de las minas de Asturias y León (JUAN MEDINA / REUTERS)



.....
GRAEME ATKINSON

redaccion@lamarea.com
.....

El 19 de junio, a lo largo de la costa oeste estadounidense y canadiense, 60.000 trabajadores portuarios, pertenecientes a la International Longshore and Warehouse Union (ILWU, el Sindicato Internacional de Estibadores), no fueron a trabajar en apoyo de la igualdad racial y la justicia social.

Desde las costas de Alaska y la Columbia Británica hasta el sur californiano y Hawái, los estibadores no pisaron puerto alguno: ni el de Anchorage, ni el de Vancouver, Portland o San Francisco. Un acto de solidaridad e internacionalismo en la lucha por los derechos humanos y el socialismo.

La solidaridad de los trabajadores ha sido, históricamente, la forma más dinámica de solidaridad, y normalmente la han practicado dos grupos colectivos: estibadores y mineros. Así ha sido siempre, por lo menos, en Reino Unido. Tres ejemplos. El 10 de mayo de 1920, los trabajadores portuarios de Londres se negaron a cargar el barco Jolly George con armas británicas que tenían como destino final Polonia. Iban a ser usadas contra el Ejército Rojo. La acción fue ampliamente respaldada por los sindicatos. Más tarde, en 1971, miles de estibadores de Liverpool organizaron una huelga a favor del Vietcong durante la guerra de Vietnam. Hace tan sólo unos días, también en Liverpool, los trabajadores organizaron un paro en apoyo al Black Lives Matter.

LA LUCHA A PARTIR DE ACCIONES

La lucha de los mineros británicos también ha mirado hacia España. La solidaridad empezó a raíz del levantamiento de los mineros asturianos en 1934, después de que 3.000 de ellos fuesen asesinados por las tropas franquistas. La guerra civil duró tres años y las fuerzas antifascistas fueron derrotadas. En este contexto, el único apoyo real que recibió la República Española provenía de la URSS y de las Brigadas Internacionales, formadas por voluntarios, miembros de sindicatos, partidos comunistas, partidos socialdemócratas, intelectuales y anarquistas de todo el mundo.

2.300 voluntarios y voluntarias llegaron desde Gran Bretaña, Irlanda y la Commonwealth para luchar en las Brigadas Internacionales. Más de 500 fueron asesinados. En el Reino Unido, la Federación de Mineros de Gran Bretaña (MFGB) brindó un apoyo incondicional a la lucha contra el fascismo franquista desde el principio, y un gran número de voluntarios se alistaron a las Brigadas. Procedentes de todos los rincones del país, pero, sobre todo, de Durham, Escocia y el sur de Gales. Uno de esos voluntarios era Will Paytner, quien más tarde se convertiría en el secretario general de la Unión Nacional de Mineros.

Los 110.000 mineros de Durham también jugaron un papel fundamental en la lucha antifranquista. A pesar de la po-

breza en esos años del hambre, los mineros y sus familias recaudaron dinero para enviar ayuda médica y alimentos a las fuerzas antifascistas. En 1938, la Asociación de Mineros de Durham (DMA) anunció que había enviado 15.000 libras para ayudar a las viudas e hijos de los 3.000 mineros españoles asesinados por los fascistas de Franco. Una fortuna para la época.

Desafortunadamente, todo ese coraje no fue suficiente para derrotar a las tropas de Franco y las fuerzas antifascistas en sí mismas tuvieron que sortear sus propias rivalidades políticas y divisiones ideológicas. La «no intervención» de las grandes potencias y la ausencia de entrega de las armas que las fuerzas republicanas y las Brigadas Internacionales pidieron socavaron cruelmente la lucha.

Fue entonces, en marzo de 1939, cuando la República democrática se derrumbó en un baño de sangre, incapaz de mostrar una resistencia militar efectiva contra el ejército franquista, respaldado por Hitler y Mussolini. La Brigadas Internacionales, agotadas, se retiraron con enormes dificultades; los españoles, por su parte, quedaron a la suerte del régimen.

Las represalias fueron horribles. Los sindicatos se abolicieron de manera inmediata y sus miembros fueron detenidos y ejecutados o encerrados en campos de concentración y cárceles. Los líderes sindicales y activistas fueron torturados con métodos de la época medieval y muchos murieron de forma agónica.

El trabajo forzado se impuso como castigo para todos los opositores de la dictadura y los tribunales del régimen dictaron más de 31.000 sentencias de muerte. ¡Robaron a los hijos de los condenados! Todos los bienes sindicales, como edificios, equipos e imprentas fueron arrebatados por los fascistas y las fábricas volvieron a las condiciones anteriores a 1914. En las zonas rurales, los campesinos tuvieron que subyugarse al poder de los terratenientes y se volvió a prácticas de épocas pasadas que rozaban la esclavitud. El fascismo mantuvo el control político hasta mediados de la década de los setenta y durante toda la dictadura franquista, los intentos de organizar la resistencia y los sindicatos libres fueron castigados con largos períodos de prisión, aislamiento, trabajos forzados, tortura y desapariciones.

Los mineros de Durham nunca olvidaron la represión que se sufrió en España y, cuando, en 2012, los mineros españoles se declararon en huelga para salvar sus pozos, su trabajo y la comunidad minera, la DMA ayudó a recaudar, en tan solo 24 días, 33.000 € para la lucha.

Representantes de las secciones mineras de CCOO y UGT se dirigieron a una audiencia de 70.000 personas en la Gala anual de los mineros de Durham.

Tenemos motivos para estar orgullosos de la lucha de nuestros padres y abuelos, y a ellos les debemos el asegurarnos de que el fascismo contra la clase trabajadora nunca vuelva a aparecer. En este cometido, la respuesta se encuentra en el internacionalismo y la solidaridad.

GRAEME ATKINSON ES SINDICALISTA, ANTI-FASCISTA E HIJO DE UN MINERO DE DURHAM.

COORDINACIÓN: MIQUEL RAMOS

TEXTOS: NOELIA ADÁNEZ, HIBAI ARBIDE, GRAEME ATKINSON, PABLO BONAT, PABLO CARMONA PASCUAL, INESS DIMNICH, JAVIER DURÁN, DANIEL GIL-BENUMEYA, SARA MONTESINOS, ÁLVARO MINGUITO, RAFAL PANKOWSKY, MARÍA LUISA PÉREZ COLINA, AURORA ALI, JUANJO PERIS, MIQUEL RAMOS, CARLES X. SENSO VILA, LAIA SERRA, ALBA SIDERA, PROYECTO UNA, PATRICIA SIMÓN, MIGUEL URBÁN, CARLES VIÑAS, SEBASTIAAN FABER.

DISEÑO: XAVI ISERN.

REDACCIÓN (Producción, Edición, Video e Ilustraciones): ALFREDO ALMENDRO, ATXE, OLIVIA CARBALLAR, DANI DOMÍNGUEZ, PATRICIA SIMÓN, MAGDA BANDERA.

EL ESPECIAL #LMANTIFASCISTA INCLUYE VIDEOS PUBLICADOS EN WWW.LAMAREA.COM. ENTRE ELLOS, LAS RECOMENDACIONES LITERARIAS DE ANTONIO MAESTRE Y CHARLAS ENTRE BOB POP Y MIQUEL RAMOS.



INFORME ESPECIAL #LMAntifascista
lamarea